

ENSAYOS

por

MIGUEL CANÉ

Virgilio Oscar Sordelli
1925

Dos palabras—Positivismo— . . . —Viejo tema—Música—Si jeunesse savait!—El canto de la Sirena—Honor moderno—Nessun maggior dolor!—La Africana—Jorge Travel—Cartas á un amigo—Fausto—Los músicos de la montaña—Rodophe Töpffer—Facundo, por Domingo F. Sarmiento—Dos partidos en lucha—Julian Gayarre—Una sombra en el espíritu—Ricardo Gutierrez—La voz de Dios—La selva de la Yerba-Buena.

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE LA TRIBUNA, CALLE DE LA VICTORIA N. 37

1877

Pertenece a la Biblioteca
del malogrado tribuno D.
Dr. Leandro P. Alem

José María Bordaberry

29/5/98.

DOS PALABRAS

Los artículos que contiene éste volúmen han sido escritos en varias épocas y bajo el imperio de circunstancias diferentes. Al reunirlos en un tomo, es decir, al tener el coraje de publicar un libro en mi país, obedezco á un sentimiento íntimo que me impone la debilidad de querer esos tristes hijos de mi espíritu, sobre cuyo mérito no me hago ilusiones.

Hace poco tiempo un hombre jóven, con todo el talento y la ilustracion necesaria para producir, se impuso la ingrata tarea de traducir un libro, rindiendo así un homenaje de respeto á uno de los maestros que han dado direccion al pensamiento moderno, Edgard Quinet, y creyendo hacer un servicio á la juventud argentina. Posse decia en las palabras con que precedió su trabajo, que no tenía esperanza ninguna de lucro y que se daría por satisfecho con cubrir los gastos de la

edicion. Si Quinet hubiera escrito su “Esprit Nouveau” en aleman ó en inglés y un literato francés cualquiera, hubiese traducido esa obra admirable, habria ganado en ese solo trabajo una suma séria. Es indisputablemente sensible que los conquistadores de la América del Sud no hablasen un idioma *vivo*.

Comprando fácilmente que cuando no se compra el “Espíritu Nuevo” de Quinet, no deben comprarse éstos cuentos ligeros que no tienen importancia ninguna y cuyo éxito completo seria, en caso que lo hubiera, distraer un instante al animoso comprador. Mas aun, si supiera que alguien ha comprado mi libro, no habiendo comprado el de Quinet, perderia por ese simple hecho, ante mis ojos, toda la consideracion que inspira regularmente al autor de un libro, aquel que le asegura haberlo leído.

No parezca extraño que hable en ese sentido, porque lo hago intencionalmente, siguiendo un objeto que me he propuesto hace muchos años.

La República Argentina no tiene en la actualidad literatura nacional. Es acaso porque faltan hombres de espíritu superior, capaces de dar vida á obras imperecederas? Basta recordar unos cuantos nombres para resolver la cuestion. Basta nombrar á Ricardo Gutierrez, el primero entre los primeros, á Pedro Goyena, á José M. Estrada, á Dardo Rocha, á José M. Gutierrez, de quien el pueblo solo conoce la brillante faceta del perio-

dista, á Cárlos Encina, que cantó á Colon y enmudeció, como si esa sola figura llenára el Universo, á Olegario Andrade, esa vida oscura que se revela de tiempo en tiempo por un magnífico resplandor, á Juan C. Varela, que hace quince años era una esperanza y hoy es un recuerdo, á tantos otros, á quienes la inteligencia estorba para incrustarse brutalmente en la vida vegetativa de nuestra sociedad!

Y entre los viejos? Creéis que es el cansancio ó un desencanto profundo, lo que ha paralizado la pluma de Vicente F. Lopez, Juan C. Gomez, Juan M. Gutierrez y tantos otros?

Los que habeis leído la “Nóvia del Herege”, los que habeis admirado el brillo incomparable de la imaginacion que ha creado los tipos que allí se agitan y la ciencia de historia americana que aquellas escenas revelan, no comprendéis que Lopez estaba llamado á dar cuerpo y vida á nuestras tradiciones legendarias y á imprimir en el espíritu del pueblo la epopeya argentina, por medio del romance y la novela?

Es que no hay estímulo ninguno para las letras y como la inteligencia se desenvuelve bajo la ley fatal de la actividad, Gutierrez se convierte en un médico admirable, Encina en ingeniero, Goyena y Gomez en abogados distinguidos, Lopez en un filólogo profundo y Del Campo, el autor de Fausto! en oficial mayor de un Ministerio.

Ahora dos años, encontrándome en Paris, emprendí la tarea de persuadir á Ricardo Gutierrez del deber moral en que se encontraba de publicar sus poesias. Aprovechaba el medio en que nos hallábamos, siempre bajo la influencia de un libro ó una comedia nueva, envueltos, en una palabra, en el movimiento intelectual que no cesa un instante en aquel centro sin igual. Del mismo modo que al salir de una galeria del Louvre ó de Florencia, los colores y los contornos persisten en la retina, del mismo modo que aun tres horas despues de contemplar las estátuas que nos ha legado el Renacimiento, se siente uno atraido al mundo encantado del arte, así, cuando veiamos á Victor Hugo en la imperial de un Omnibus ó á Dumas, hijo, en un teatro, parecíanos sentir robustecerse dentro de nosotros las inclinaciones á las letras y soñábamos en los tiempos en que pudiéramos mirar en las calles de Buenos Aires á algunos de nuestros compatriotas con el respeto con que mirábamos á aquellos dos hombres.

Al fin vencí, pero con una dura condicion. Gutierrez queria que á mi vez publicára éste volúmen insignificante; hubiera sido capaz de componer un poema (yo que jamas he podido armonizar dos rimas ó vencer un ritmo) con tal de dotar á mi pais de una obra que será para él un timbre de honor.

Hechos los cálculos de desembolso y resignado Gutierrez á perder parte de su clientela (porque segun

su idea, cada estrofa le costaria un enfermo) estalló la revolucion de Setiembre del 74. Con ésto fracasó mi empresa, es decir, Gutierrez no publicó sus poesias.

Decía al principio que no me hacia ilusiones sobre el mérito de éstos ligeros trabajos, destinados casi todos á la vida efimera de un diario. Desde luego, no hay plan ninguno ni hilacion entre ellos. Una lectura, una impresion, un recuerdo ó una esperanza, he ahí de donde han salido, incompletos, desaliñados, sin soñar jamas en el honor de verse encuadernados. Sin embargo, les he conservado su primera forma, con la conciencia de que es defectuosa y ésto por dos razones: la primera, por un deber de lealtad para con ellos y la segunda, porque, aquí, entre nosotros, creo sinceramente que la primer forma es la mejor.

En el caso de que llegue á cubrir los gastos de la edicion, y esta suposicion tiene mucho de paradoja, diré á Gutierrez que publique sus versos, á Goyena que escriba un libro y llevaré la buena nueva á todos los rincones en que se oculte un hombre de espíritu. Quien sabe si mis pobres artículos preceden algunas obras magistrales! Si á D. Clemente Diaz no se le hubiera ocurrido publicar un folleto estúpido, no tendríamos el inimitable artículo de Larra: de como, pues, D. Clemente Diaz se convirtió en benemérito de las letras españolas.

POSITIVISMO

Veo dibujarse una sonrisa sarcástica en los lábios de los semi-dioses de la bolsa.

Bellas artes, letras, pintura, poesía, música! dirá alguno de esos graves personajes vestidos de negro, serios y estirados: habládme de cupones, de sheckes, de empréstitos, cotizaciones y fondos públicos! Su cara espresará entonces una pequeñísima marca de animación y la turba de corredores y prestamistas, individuos que andan en tilbury, reventará de placer al oiros.

Sé que todo lo bueno, noble y jeneroso se vá; sé que las ideas elevadas no encuentran éco ya en nuestra sociedad mercachiflada; sin embargo, hay un deber sagrado de propender incesantemente al retorno de los dias serenos del reinado de lo bello.

Hemos tenido esa época: cuando se peleaba en toda

la América por la libertad, la lucha engendraba el patriotismo, y este sentimiento superior á todos, elevaba los espíritus y calentaba los corazones. Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas—Nosotros somos tenderos, mercachifles y agiotistas. Ahora un siglo, el sueño constante de la juventud era la gloria, la patria, el amor: hoy es una concesion de ferro-carril, para lanzarse á venderla al mercado de Lóndres.

Falta en todo el espíritu público, y por consiguiente, el elemento de vitalidad social. Dónde vamos por ese camino? Cuál es el brillante porvenir que nos espera, á nosotros, pueblo jóven, lleno de vida y riqueza? En esa senda, hay dias de grandeza que esperar?

Aun no os lo he perdonado, mis amigos: ambos teniais un espíritu elevado, generoso, y amabais lo bello con el entusiasmo de la juventud.

Mas de una vez oí de vuestros lábios la palabra de la ciencia y la verdad.—Habeis renegado de vuestro señor como el apóstol de Cristo.

“Milicia es la vida del hombre sobre la tierra” me decias tu ayer, amigo, repitiéndome las palabras de Job—Es una verdad la sentencia bíblica, dime, tú que vives entre los que dijieren, por no darte el trabajo de vivir con los que piensan?

Estábamos en una sala, delante de varias personas; las mujeres hablaban de modas, tiendas, etc.; tú oias atentamente y hasta creo que formulaste una opinion;

luego me llamaste aparte, léjos, bien léjos de los demás, y en voz ténue, casi imperceptible, y mirando á tu alrededor como el que vá á confesar un crimen, me dijiste: “he encontrado el Esquilo y estoy leyendo Prometeo, el primer grito de duda sobre la tierra”. . . . y callaste aterrado; ya creias haber visto la mirada terrible de tus cólegas, tus amigos políticos, tus lectores, posarse sobre tu rostro é imprimir en él el signo del réprobo—Yo te contesté muy bajito tambien:

“Y que libro nuevo has recibido? “Uno de un médico norte-americano, espléndido: un estudio del movimiento intelectual en Europa, tomando por base la fisiología.” Aquí levantaste la voz: fisiología es ya voz utilitaria, que se puede pronunciar sin temor alguno.

Ay, amigo! perdona la opinion, pero creo que serias capaz en un arrebató económico, de quemar todos esos libros que tienes ó debes tener ocultos tras una cortina, que se llaman Dante, Shakespeare, Gœthe, Corneille, Hugo, Manzoni, Musset etc. Oh! entónces serias electo por unanimidad—presidente de la cámara sindical de la bolsa—delegado del gobierno para inspeccionar compañías de seguros—gerente del banco nacional—gefe de la oficina de estadística, y serias encargado de levantar el nuevo censo. . . . pero, ay de tí, si el alma es inmortal!

En vano en el otro mundo buscarias ansioso la so-

ciudad de los génius poéticos y artísticos que han honrado al mundo: te verias rodeado por judios, prestamistas, usureros y encargados de revistas comerciales. Ay de tí, si el alma es inmortal!

Y tú, solemne bribon, que escribes en prosa como Chateaubriand y haces versos como Musset, *tú quoque, Petrus!* Un dia me dijiste: Qué lees ahora?—Taine y Macaulay—Deja esos metafisicos que *conducen a nada*. Quieres ser teniente alcalde por lo menos? Abierto tienes el camino: el Digesto, el Fuero Juzgo, las Pandectas, las Partidas y Recopiladas, el código civil y el de procedimientos te ofrecen ancha y segura via.—Te gusta el Hamlet de Shakespeare? Boberias! Aprende á entablar una demanda!

Y tú las entablas y deduces acciones legales, y te dicen doctor y tienes conferencias con vascos de Barracas y creo que has llegado á citar á Cuyaceo! Horror!

Dime ¿gozas de escelente salud? No tienes nunca indigestiones? No necesitas drogas para facilitar la inmersion de tanto tomo in fólio, de tanto fólio en tomo?

Y viven vds. casi juntos, y ambos son abogados, ó ninguno de los dos y toman la cosa á lo sério! Un dia voy á espíarlos: como se reirán mirándose mutuamente en la punta de la nariz, á la manera de los augures romanos!

Un bruto bruto, es perdonable, porque á nadie

se le ocurre pedir higos chumbos al sauce—pero un bruto . . . por conveniencia, merece la horca.

Te acuerdas cuando hablabas de la inmortalidad del alma, de Dios, de la creacion y del Universo? Con qué gusto te iba á oír, fastidiado de las sombras y penumbras, de los planos é intersecciones, de las elipses y asímtotas de la geometria analítica, y sobre todo, de las fórmulas de mecánica; el rostro se te iluminaba y hablabas con altura, con una nobleza digna de Leibnitz ó Reid en su cátedra;—enseñabas, pero en la enseñanza misma se traslucía tu espíritu generoso é idólatra de lo bello : cuando te oía, murmuraba para mí: *méme quand l'oiseau marche, on voit qu'il a des ailes.*

Quam mutatus ab illo! . . . perdona, no te habrás olvidado de Virgilio?

Y tú, especie de Camilo Desmoulins, espíritu enérgico y corazon recto, tambien has colocado un puesto en el átrio del templo?

Oh ! tiempos en que Cristo andaba sobre la tierra, cuando volveréis !

No importa : esperemos la reaccion, que no dejará de venir.

Dias pasados hicieron una cita—hoy la repito, con mas propiedad y con un íntimo anhelo : *Post multa venit una serena dies !*

• • • • •

—

La tempête sous un crâne —

(V. Hugo).

Quien, quién quiere entrar en mi alma?

Quién quiere hacer el sacrificio de arrojarse á ese abismo, y arrancar de allí el mónstruo que me envenena?

Es un sufrir contínuo, un eterno combate en que no hallo paz ni reposo.

Si tengo alma, mi alma está maldita.

Con fé, viviria:—hoy, me arrastro cobardemente en la senda de la vida, como el decrepito anciano que se aferra á los tristes dias de la vejez, sin enerjia para abandonar un mundo que lo rechaza.

No hay nada en la vida: la carne es una miseria, el

cariño una farsa que mata y envenena: la gloria. . . .
un hierro candente que abrasa el espíritu.

Dios. . . . sí, hay Dios, pero vive léjos, muy léjos del mundo. "Exento de envidia, el gran ordenador deseó que todas las cosas fuesen lo mas posible semejantes á sí mismo. Todo aquel que crea, todo aquel que admita ésto como la causa primera del mundo, vivirá en la verdad." Platon, Platon y nada mas! Grano imperceptible en el movimiento de los mundos infinitos, la tierra es la escoria de lo creado—los hombres la escoria de la tierra, y el alma la impura espuma caida de los mundos de luz.

Oh! maldito una y mil veces el dia que vine á la vida, el momento fatal de mi primer llanto, la formacion estúpida de mi ser!

Qué represento yo en la humanidad? Sirvo para los demás? Odio á los hombres, porque son imbéciles. Sirvo á mí mismo? Tiene un fin, un móvil, mi existencia?

No; mañana moriré; mi cuerpo se hundirá en la tierra y la sangre que siento hervir en mi corazon y el cerebro agitado por ideas espantosas, solo servirá para dar vida y vigor á la raiz de una planta infecta que nacerá sobre mi tumba como nace la peste en las maremas!

Bello es vivir! La vida es la armonia, dice un hombre á quien han llamado poeta.

Si la poesia es la estupidez, si esa inspiracion divina es el idiotismo, Zorrilla tiene razon.

Tambien habla ese hombre y muchos otros del amor; sabeis lo que es amor? Una maldicion.

Yo amo y hay momentos en que ahogaria entre mis manos á esa pobre criatura; es el único vínculo que me liga á la tierra y creo que hubiera vivido sumida en el profundo idiotismo que constituye la felicidad humana, si yo no me hubiera cruzado en su camino, como una maldicion sobre su blanca frente.

Lo que toco está maldito.

He dicho. . . . amo! Quiere decir que martirizar una pobre criatura con las ráfagas terribles de un carácter inesplicable, torturar su alma con el espectáculo constante de un porvenir sombrío y espantoso; mostrarle un corazón, que ella cree henchido de ternura y cariño, ulcerado de miseria y desesperacion, convertir, en fin, su vida en un infierno, es lo que forma el amor?

Entonces que es el odio? Qué son esas palabras vacias que significan una pasion, un sentimiento, un ímpetu del alma?

Todo es nada, todo es el vacío.

Y la muerte?

Es el aniquilamiento completo, la cesacion del movimiento y de la idea?

Será el alma un átomo de materia intangible pero

de condicion tan miserable como la corrompida carne del leproso ?

Dios . . . es materia tambien ?

Cerrad los ojos y aglomerad maldiciones sobre mi frente abrasada, tímidas criaturas ! Gritad: blasfemia !

Blasfémia !

Todo es sarcasmo en la vida, desde la pudorosa vírgen, hasta el ébrio moribundo !

Edgardo Poe murió entre el barro pútrido de una calle pública . . . y que espíritu !

Lamartine, decrépito, despreciable, murió en su cama

Byron y Musset, murieron en el infierno !

Y tú, idea exelsa, único destello puro de una hoguera corrompida, irás á morir en la frente del último y mas imbécil de los hombres !

Maldita sea la vida!

Eso has escrito, amigo !

Infeliz! Si hay un cielo, en él reposa —tu vida fué a del esclavo.

Sea tu inmortalidad la de un espíritu sublime !

VIEJO TEMA

--

A UN AMIGO

Pedre, hundido por la enormidad de su defeccion y agoviado por la justicia de mi queja, se ha callado; tú, siguiendo ese espíritu de lucha que te empuja en todo momento, te has vengado de mi ataque como se vengán los hombres de tu altura. He recordado esos niños que dicen en su media lengua una inocentada terrible, y á quienes acaricia el que ha recibido el golpe, jugueteando con su rubia cabellera y repitiendo con acento cariñoso: que criatura tan viva! Que inteligencia!

Tú, que conoces algo de cerca los soñadores, has querido ver en mi uno de ellos: tu bella imaginacion ha buscado uno de esos hombres que con las fauces

secas, la mirada ardiente y vaga, cruzan la vida sufriendo el contacto material con sus álas doradas !

Mis álas doradas !

Oh ! si hubiera dentro mí la fuerza del espíritu y la fuerza del corazon, si consiguiera vivir aislado de las miserias de la vida, crees que me quejaria ? Entonces si seria el ave de doradas álas que vive sola en el espacio; pero, como tú, me siento arrastrar y si caigo . . . un corredor marítimo será un jóven de Platon á mi lado.

Antes de ayer almorzaba, amigo, no como un hombre de álas doradas, sino como uno de buen estómago : no como un vago soñador que vive de idealidades, sino como un materialista que busca en la satisfaccion animal, la base del goce espiritual.

Tú, cuya constitucion exhuberante te hace apto para convertirte en ardiente prosélito de la secta sibirítica, y que llevas sobre tus hombros la cruz de la frugalidad, tú, que en tus ensueños vivirás entre los romanos, aquellos semi-dioses que cruzaban la tierra, comiendo recostados ; tú, que entre nosotros te privas de farináceos por su enérgica accion obésica ; tú, el mas frugal de los sibaritas y el mas sibarita de los frugales, comprenderás lo que vale en sí un buen almuerzo *chez* Sempé, y las consecuencias morales que se pueden deducir.

Mientras almorzaba, un amigo se me acercó : ha

vivido en la Bolsa, ha trabajado constante y prósperamente; creo que hubo un tiempo en que anduvo en tálburi, y habia leído mi artículo. Ya comprendes qué género de conversacion tuvimos. ó mas bien, nó, no lo comprendes. Tú creerás que me hizo una defensa en regla del comercio, del movimiento económico, del progreso material, no es así?

Bah! Bajó la voz, como tú en aquella famosa conversacion, y me dijo que tenia una quinta que era su delicia: que allí, cuando se alejaba del bullicio bursátil, cuando se veia desprendido de todos sus vínculos de comercio, se internaba solo con un libro en la mano, y pasaba momentos deliciosos, elevando el alma al cielo de la belleza eterna. Sin embargo, leia á Balzac. Si hubiera tomado uno de esos poetas verdaderos, que viven eternamente en el alma, como la idea en el cerebro, si leyese á Musset ó R. Gutierrez, la transicion hubiera sido violentísima, y en el rápido cambio del mundo material al idealismo, la violencia del choque hubiera debilitado el placer.

Balzac es otra cosa: es el hombre de las teorías sociales y económicas, el gran conocedor de las miserias humanas, el espíritu que vive en el fango con el mismo placer que Homero en las nubes.

Los estudios de Balzac son el resultado del trabajo continuo, violentando la naturaleza y el espíritu. La obra del poeta es el reflejo de la inspiracion. Cuando

Balzac quiere ser poeta, entra en el género erótico y si logra alcanzar á Rabelais y superar á Parny, queda siempre bajo Anacréon y Boccacio. Balzac es el tipo híbrido; hasta tú mismo puedes citarlo en público sin peligro.

Y sin embargo, mi amigo confesaba leerlo con cierta reserva. Oh! todos son iguales! Todos ocultan el diamante y enseñan el carbon!

Y yo los seguiré y me convertiré en cosa y renunciaré á mis únicos y delicados placeres, que nada me producen, es cierto, amigo, pero que me indemnizan de muchos de los martirios de la vida?

No creas que mi vida es la de un soñador, que solo piensa en idealidades, que vive constantemente en la region de las hadas y las nacaradas visiones: trabajo como tú, porque la ley eterna es el trabajo, y no ha sonreido la fortuna en mi primera hora para librarme de su imperio.

Otro comerciante, tal vez el mas ilustrado de todos ellos, me esplicaba ayer mi situacion moral—Decia que la enseñanza de los clásicos influia poderosamente en las tendencias morales de la juventud: que el imperio contínuo de la escitacion intelectual en la anti-güedad, mal podia avenirse con el espíritu eminentemente práctico y positivista de nuestra época. Que de esa completa desarmonia entre el pensamiento y el medio en que se desarrolla, nacia los mayores cata-

clismos sociales y el aniquilamiento del nervio y fuerza de accion, necesarios para la vida vigorosa de nuestro tiempo.

Esa es una opinion que tendria razon de ser en Europa, donde la enseñanza clásica imprime á los hombres ideas utópicas de buen gobierno y aun de sociabilidad: la Comuna, por ejemplo, es un reflejo adulterado y absurdo de la república platónica.

Pero ¿crees tú, que el Virgilio que nos hacen traducir sin comprenderlo, el Homero que leemos por recreo, ó Platon, á quien se cita en nuestras escuelas ecléticas como testo estravagante, puedan ejercer alguna influencia en nuestro modo de ser moral?

No ; la defensa del distinguido caballero de que hablaba, es ingeniosa y hasta cierto punto tiene sus esterioridades de exactitud, pero es querer atribuir á causas enfermas, efectos sanos y robustos.

Tanto tú como Petrus conocen bien las causas de este estado de cosas; pero de seguro que ambos las llamarán y me atreveria á creer que, como el panfletista Giboyer, serian capaces de hacer una refutacion en regla . . . aun sospecho que triunfarian y probarian hasta la evidencia que todos los males que han agitado al alma de la humanidad sobre la tierra, tienen su origen en las manifestaciones poéticas de los espíritus superiores que han brillado y sufrido en el mundo:

Antes de hacerse judio, un hombre de talento me

decia que no habia don mas envidiable que la inspiracion poética: que un relámpago de poesia ejercia sobre él una influencia moral tan dominadora, que se veia obligado á respetar la inteligencia de donde habia nacido. Y él, el judio de hoy, hace versos delicados y entre todos ellos, hay uno que en los momentos deliciosos, en los *amplessi* de amor y felicidad, viene á los lábios como un perfume íntimo que nace en el corazon, para embalsamar la frente de la mujer querida!

Oh! si yo fuera poeta! Si encontrára en mí esa fuerza creadora que concentra el mundo, el espacio, los cielos y todo lo creado en una idea, envuelta en armoniosa frase musical!

.....
De todas maneras, amigo, aunque te hundas en el mas compacto materialismo, aunque reniegues del culto divino, jamás perderás la alta intelijencia y el noble corazon.

Adios y gracias.

1872.

MÚSICA

Uno de los mas dulces placeres del espíritu, es la contemplacion de la belleza artística ; cuanto mas la impresion se aproxima al ideal íntimo, mas fija y penetrante es su influencia.

En general, son las manifestaciones artísticas, las que tienen el don especial de hablar al sentimiento con la misteriosa voz de la simpatía poética.

Todos conservamos en el alma, con mas ó ménos conciencia de ese depósito divino, el amor á lo bello, y la tendencia inalterable á la armonía. En algunos desborda ese sentimiento y es en los que crean ; en otros se perfecciona por la observacion, y es en los que juzgan.

Los grandes artistas de la escuela griega, nacian con el ideal impreso en el alma : la naturaleza que los ro-

deaba, perfectamente definida y bellísima, así como el delicado sensualismo de su mitología, determinaban las manifestaciones de ese ideal. En esa religión es-centa completamente de las abstinencias y eternos su-frimientos corporales del budismo ó de los terrores futuros del cristianismo, el alma de los griegos se pa-seaba por los cielos, recibiendo en su ensueño miste-rioso las inspiraciones elevadas.

Mas tarde, en la época de los Médicis, los grandes artistas aun estaban envueltos en las nieblas de la mística noche de la Edad Media. El mundo real desa-parecia y el génio buscaba la inspiracion en los senti-mientos íntimos del alma; eran fuertes y robustas como su fé, pero carecian de esa delicadeza aérea de los griegos, de ese *sens des nuances*, que ha caracteri-zado el gusto de los helenos.

Pero en las dos épocas, el artista no hacia mas que reproducir en la piedra ó en el lienzo el sentimiento general de la sociedad en que vivia : todos los griegos se figuraban á Júpiter grandioso de hermosura corpo-ral y de magestad, y Fidias amoldaba el mármol á esa idea.

Todos los italianos veian mas allá de la muerte, el dia de la justicia eterna, y Miguel-Angel trazaba su “ Juicio Final, ” pintaba sus “ Parcas ” y arrancaba de la tosca piedra la figura sublime de Moisés.

Seguian la corriente impetuosa de su tiempo : aque-

llo era un torrente de ideas de un mismo carácter, de un mismo origen y tendentes á un mismo fin.

El arte en esas épocas de uniformidad de pensamiento, ocupa un puesto culminante en el movimiento intelectual del mundo ; todos lo comprenden, y todos lo necesitan, porque en ese estado de escitacion del espíritu, las emociones agradables son como el fresco rocío de la noche sobre la frente del fatigado viajero.

Con los viejos tiempos, mueren la estatuaria y la pintura : entra el periodo moderno y otro arte, abandonado desde los griegos, la música, nace espléndido y brillante.

Ya el mundo moral no se encuentra en aquel estado de uniformidad de ideas y sentimientos fundamentales que determinaba el carácter artístico de la Edad Media : todo se debate, todo se discute y en esa controversia universal entran todos los ramos del saber humano, así como todas sus aspiraciones y creencias.

Empieza el hombre á no creer mas que en si mismo y la fé, esa inspiracion continua de los grandes artistas del Renacimiento, vá desapareciendo perdida en los infinitos dias de la historia como una vaga luz en medio de los mares.

Los griegos consagraban el arte á los Dioses como una emanacion de ellos mismos ; los génios de la Edad Media daban formas místicas á las imágenes de su imaginacion calenturienta.

Nosotros, que vemos alejarse el cielo cada vez mas, para quienes el reino de Dios, es una esperanza tan ténue é incierta como la reflexion de un niño, no buscamos ya las gradas de ese cielo para subir hasta lo bello. En el esclusivismo absoluto en que vivimos, en esta ráfaga de desesperanza que nos envuelve, los poetas cantan las pasiones humanas, se arrastran entre las tumbas de los hombres y circunscriben su ideal supremo á todas las miserias de la vida.

Los filósofos no hablan de Dios en aquel simple y sencillo estilo de Platon y sus discípulos ; aun á los teólogos de la Edad-Media han sucedido los psicólogos modernos.

Oid cantar en una hermosa noche de luna los versos del Tasso en ese idioma divino, único capaz de parangonarse al poético de los griegos, y luego de sentirnos impregnados por la suavísima emanacion de esas estrofas inimitables, abandonad el sitio en que las ois-teis, el rayo de luna que bañaba el rostro del que las recitaba y subid á vuestro gabinete, encended allí una lámpara y aun palpitando el corazon por la impresion de hace un momento, tomad á Balsac y leed una de sus páginas, al azar, el Père Goriot, la Eugenie Grandet ó una de las obras de Dickens.

El espíritu se siente oprimido, el corazon desfallece y el sentimiento, semejante á esas flores delicadas que cierran sus pétalos al venir el dia, se recoge en sí mis-

mo, esperando otro rocío poético que la refresque....

El arte, pues, no puede ser uniforme en el mundo moderno y es una de las causas porque va perdiéndose : nos queda la música y sobre todo, la música dramática, la que traduce las pasiones humanas.

Es á la única manifestacion que el criterio del positivismo moderno permite ser bella por sí misma ; lo utilitario penetra en todas partes, como el éter de los antiguos. Victor Hugo mismo, espíritu superior, ha tenido que difundir en su obra poética, algo de esa enseñanza utilitaria, indispensable á la sociedad moderna. Ya el arte no es bello por sí mismo, independientemente de las miras temporales de los hombres y en vano los partidarios y defensores de Gœthe trataban de demostrarlo á los discípulos de Schelegel y Schiller.

A la música sola le es dado brillar libre del ergotismo académico y de la enseñanza escolástica ; ella solo puede entrar en el alma y depositar allí el sentimiento de la belleza sin que turbe su límpida impresion la grosera materia.

Se ha levantado últimamente un hombre en Europa que ha querido revindicar todos los derechos de la música : ella no necesita para hablar al espíritu de las palabras que usan los hombres, su mision es mas elevada y su perfeccionamiento consiste en su completa independencia ; el dia que tal género de combinacion

armónica comunique al espíritu tal emoción, ó que una melodía de cierto carácter signifique algo determinado, la música estará próxima á su perfección — Wagner ha sido burlado por los áticos parisienses.

El Creador ha roto el molde en que forjó el génio de Miguel Angel, Fidias, Rafael, y Zeuxis : ojalá que Meyerbeer, Gounod, Donizetti y Bellini sean los precursores de otra raza de gigantes.

Nada nos queda ya : hasta en las simpatías y los íntimos y misteriosos amores entra el cálculo : oh ; viva eterna y bella la música, que simboliza todas las aspiraciones ideales de los que adoran la belleza divina !

SI JEUNESSE SAVAIT!

Hay muchas cosas en el mundo que no comprendo absolutamente, en parte por mi poco alcance intelectual y en parte por la incomprendibilidad misma de esas cosas. Hago esfuerzos sobrehumanos buscando el sentido, la razon, la causa de ellas y mi espíritu queda tan á oscuras como la honorable asamblea que presidia el mono de Florian en la famosa sesion de la linterna mágica.

Yo no entiendo, por ejemplo, lo que han querido decir la mayor parte de los filósofos alemanes. En ésta deficiencia mia entra en mucho mi educacion. He crecido leyendo libros tan bellos como claros: mi espíritu se ha enamorado de la luz y vive en el horror de las tinieblas.

Otra cosa que entiendo, porque veo, pero que no me esplico, es ese fenómeno moral que los franceses

han caracterizado admirablemente en esta frase gráfica : *Si jeunesse savait !* Es una contradicción de la naturaleza consigo misma.

Espero que Vds. no tendrán inconveniente en creer que ha habido una época en mi vida, mas ó menos lejana, en la que yo contaba diez y seis años, edad que todos envidian cuando la han pasado . . . envidia que entra en la categoría de las cosas que no comprendo.

Yo tenía una vecina, á mas de mis diez y seis años ; mi vecina tenía veinte y ocho, aunque había plantado en los veinte y cuatro, era bien parecida y sobre todo, me producía ese efecto magnético que ejercen las mugeres que se encuentran en el vigor de la vida, sobre las naturalezas jóvenes que recién empiezan á entrever ciertos mundos en los ímpetus irresistibles de una imaginación que quiere ensayar sus alas.

Mi vecina era italiana y bastante romántica ; pero con ese romanticismo que se traduce en trajes sueltos y vaporosos, en miradas lánguidas de aspiración continua, en posiciones somnolientas y en arranques poéticos de imaginación sobreescitada.

Como ésto sucedía en una quinta donde había ido mi familia á pasar el verano, me era fácil observar á la italiana en sus paseos vespertinos, por una hermosa calle de álamos, abierta en el seno de un profundo bosque de melancólicos sauces, aspirando las auras de la hora tranquila en que se adormece la naturaleza.

Generalmente, mi punto de observacion era una pared baja, que dividia nuestros respectivos dominios y á la que me trepaba con grave riesgo de trabar un sério altercado con unos malditos fondos de botellas rotas que habian puesto allí como guardianes leales contra los nocturnos merodeadores de fruta. En mi infantil inesperienza y con el sentimentalismo poético que domina siempre los corazones jóvenes, confundia los álamos con acantos, los sauces con mirtos y las agrestes madre-selvas que se elevaban apoyadas en los nudosos troncos, con los rosales bendecidos de las orillas del Cefizo; la italiana me parecia tener una extraordinaria semejanza con Vénus y hubiera dado cualquier cosa porque un amigo me hubiese detenido en media calle para decirme, mirándome entre los dos ojos: “Hombre! cómo te pareces á Anquises!”

Dos palabras harán comprender estas reminiscencias helénicas: era el mes de Febrero y dos meses antes habia dado exámen de historia griega.

No crean Vds. que yo estuviera enamorado de la italiana que se hacia llamar poéticamente *Gemma*; no; pero era tan buena moza, tan bien formada, tenia unos grandes ojos negros tan brillantes, era su boca tan fresca y rosada, sus dientes tan blancos y deliciosos, que cuando la miraba, sentia correr dentro de mí algo como lo que sentimos discurrir por nuestras venas durante el sueño de una noche de Ene-

ro, despues de una opípara comida, en la que hemos tomado trufas de Perigord ú ostras frescas de Ostende.

Gemma me conocia y siempre que me veia pasar me saludaba con cierto aire de amabilidad que halagaba mi jóven vanidad.

Una tarde hacia un calor sofocante. Se sentia venir una de esas noches lascivas de los trópicos, en las que la naturaleza entera se entrega á los transportes deliciosos del amor. Las aves trinaban lánguidamente, el murmullo de los insectos de la noche subia en un tono acorde, suave y se confundia con el lejano rumor de una brisa imperceptible vagando entre los árboles. La naturaleza empalidecia de placer, absorbia la voluptuosidad, como dice Musset. Todo convidaba al reposo, desde las serenas nubes que se deslizaban por el cielo dormidas sobre las alas del viento, hasta la callada superficie del estanque, en el que algunos cisnes flotaban como blancos capullos de espuma, con la cabeza escondida bajo el ála protectora.

En el comedor habia dejado á mi padre tendido en un sofá, cerrados los ojos y con una vaga espresion de recuerdo estendida sobre su fisionomia, soñando en las delicias de su pasada juventud ; mi madre adormecia un niño entre sus brazos, cuyo suave respirar alhagaba el corazon ; mis hermanas, recostadas en una ventana, cuchicheaban entre sí, contándose las íntimas y misteriosas aspiraciones de sus almas cándidas.

Yo vagaba por el jardín, perdido en las regiones de las ideas maravillosas : soñaba en las riquezas, en la gloria, en batallas, en la infinita sabiduría y en los desconocidos encantos del amor. De pronto sentí el preludio suave de un armonium y á poco la voz de Gemma que cantaba, acompañándose ella misma, esa melodía divina de Rossini que Desdémona llora en su Oteló : “*Asisa al pié d'un salice !*”

Subí á mi atalaya y la oí con esa mezcla de curiosidad y placer propia de la edad. Entonces tenía yo buena voz y una afición tal al canto, que era el azote de mis poco filarmónicos amigos ; aun hoy hay uno, para quien, en ciertas horas, soy insoportable.

Gemma concluyó su balada y quedó pensativa : reclinó su cabeza sobre su brazo y sus dedos reposaron silenciosos sobre las calladas teclas del armonium.

Juzgué que había llegado el momento de dar mi golpe y con voz suave pero penetrante, entoné la serenata del Barbero de Sevilla. Le gustaba Rossini y quise regalarle el oído. A mitad de mi canción, Gemma, que había oído asombrada, se levantó de pronto y vino derecho á mí.

No quiero mentir : tuve un ímpetu de pegar un salto para el lado de mi casa y salir á la carrera : me detuvo una séria consideración : mi posición topográfica. Cualquier movimiento habría producido una desagradable impresión de vidrios rotos.

—Me habia oido vd. cantar, jóven?—me preguntó Gemma con lánguida voz.

—Sí. . . . señora. . . . balbucí cortado.

—Vd. tiene una bella y fresca voz : quiere vd. descender y procuraremos armonizar un duo ?

Estas palabras de la bella italiana, fueron dichas con tal deliciosa dulzura, que cualquiera de vds. y yo mismo, hoy, hubiera dado un salto, contra vidrios rotos y marea y caido á sus piés, murmurando una dulce súplica. Entonces, yo era un cretino. Me hice de rogar y por fin bajé.

La dí el brazo y me condujo al banco en que reposaba el armonioso instrumento. Decidimos cantar el duo de Fausto.

La noche estaba embriagadora : la sangre hervia en las venas y los pensamientos brotaban del cerebro, como las chispas eléctricas de las puntas metálicas, en las noches de tempestad.

Gemma tenia su mirada fija en mí : me envolvía en ella y allá en el fondo de su órbita brillaba algo como un fuego intenso que me hacia estremecer deliciosamente.

Despues de un prelude dulce, inefable, como solo los escribe Gounod, canté con voz bastante baja pero con todo el sentimiento de que era capaz, el “Dame ancor” del tercer acto.

Cuando llegué á aquel verso que parecia escrito

para la circunstancia, tanto interpretaba mi pensamiento y tan bien pintaba la escena del momento:

*Al pálido chiaror
Que vien dagli astri d'or
E posa un lieve vel
Sul volto tuo si bel,*

los ojos de Gemma se cerraron, sus manos dejaron morir suavísimamente las últimas notas de la melodía y su bella cabeza se reclinó sobre mi hombro, embriagada por la voluptuosidad de la noche.

Me estremecí y un torrente de llamas corrió en mis venas: mis labios buscaron instintivamente los labios de Gemma y sentí gravarse en mi memoria el recuerdo del primer beso de fuego!

Gemma se levantó y mirándome de cierto modo, suplicándome con sus ojos solicitára perdon, se alejó poco á poco, como un fantasma vago que se aleja pesadoso del mundo de la luz.

Yo no la detuve!

.....

Aun siento cólera al recordarlo; tengo, ó mas bien tenia en mi casa un retrato mio sacado en esa época, que ha pasado un número infinito de humillaciones: le hé puesto colorete en las mejillas y lo hé peinado con raya al medio.

Hoy cuando paso por alguna galeria y veo una de esas espirituales caricaturas francesas, representando un jóven tímido al lado de una bella muger exhuberante de vida y de deseo, siento en el alma una sorda cólera retrospectiva y reflexiono sobre la profunda verdad que encierra la fórmula de la estupidez infantil: *si jeunesse savait!*

1872

EL CANTO DE LA SIRENA

No he conocido hombre mas enérgico que Broth. Era ruso, pero habia venido de un año y solo uno que otro rasgo de su fisonomía recordaba su origen.

Broth se habia ligado á mí en el colegio, donde tan necesarias son esas alianzas íntimas, esas amistades estrechas que se auxilian y consuelan recíprocamente. Tenia una cabeza admirablemente organizada y era precisamente en los estudios que requieren sobrehumana penetracion en los que se distinguía. Broth desesperaba á nuestro profesor de filosofia, distinguido francés que seguia humildemente las huellas de Cousin en la escuela ecléctica. Estudiaba en Platon; era delirio lo que experimentaba por el discípulo de Sócrates, Yo era mas amante de los modernos y entre ellos, Descartes hacia mi delicia.

Un dia, (faltaria un mes poco mas ó ménos para el exámen del último año de reclusion) habiamos estudiado diez horas seguidas mecánica racional, me dolia la cabeza, las sienes me ardian y como era avanzada la hora, el pobre cuerpo me pedia reposo y tranquilidad.

Estaba reclinado en un sillón, mientras Broth, con su eterna seriedad, su inmutable serenidad de espíritu, resolvía en la pizarra una intrincada fórmula.

—Broth, ¿quieres dejar un momento? Estoy rendido y no me haria provecho el estudio,—le dije con voz lastimera.

—Estás cansado? Bien, acuéstate. Yo no podria dormir; voy á leer á Platon.

Me acosté y siguiendo la eterna costumbre, que no hé perdido ni aun en mis noches de embriaguez profunda, tomé un libro para traer á mis ojos el fugitivo sueño. En el monton confuso y desarreglado de libros de todo género, mi mano tomó al azar uno que me habian mandado ese mismo dia y que Broth y yo solo conocíamos de nombre: eran las obras de Edgard Poe. Lo abrí y mis ojos se detuvieron en la cita de un escritor inglés que servia de epígrafe á uno de los originalísimos cuentos del sublime visionario. Decia así: “Qué cancion cantaban las sirenas? Qué nombre tomó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres? Cuestiones difíciles en verdad, pero no mas allá de toda investigacion.”

—Broth, mira que cita tan curiosa. Por lo que conozco del espíritu de Poe, me parece que es el compendio de toda su obra; el que ha elegido este epígrafe debe tener una poderosa facultad analítica, unida á una decision inquebrantable.

Broth tomó el libro silenciosamente, leyó la cita, sonrió y volvió á su lectura.

Yo continué leyendo;—era el Escarabajo de Oro, si mal no recuerdo; el estilo tan enérgicamente bello y sencillo me empezaba á absorber, cuando me fijé en Broth; ya no leía; el libro permanecía abierto sobre sus rodillas y su mirada vagamente fija, revelaba un pensamiento tenaz arraigado en aquel cerebro—Estos éxtasis eran familiares en él y yo los respetaba siempre; ejercia la altura de su espíritu tal superioridad sobre mí, que jamás tuve la idea de dirigirle una broma; respetaba hasta sus mayores extravagancias, como él perdonaba mis mas pueriles debilidades.

Broth seguia profundamente ensimismado; por fin, sin variar de postura, sin mover un solo rasgo de su fisonomía, murmuró levemente estas palabras, que parecian desprenderse de su idea—“ el canto de la Sirena! tiene razon. . . . porqué nó? Voluntad, perseverancia: he ahí las armas: el tiempo, he ahí el combate; la verdad, el triunfo! ”

—Broth,—dije suavemente.— en qué piensas ?

No me contestó ; resolví no hablar al hombre, sino á la idea.

—Crees posible tal fantasía ?

—Posible, dices ?—respondió instantáneamente ;— probable, hijo mio.

Broth me daba comunmente ese nombre cariñoso.

—Pero es posible, Broth, que te ocupes de semejante pequeñez? Toma á Platon, que es la verdad y deja á ese inglés, que es el ensueño, poético si quieres, pero ensueño al fin.

—Es un error, Daniel, (olvidaba decir que ese es mi nombre) es un error ; en el fondo de toda leyenda, de toda tradicion, hay siempre una base invariable de verdad. La leyenda es como la madre tierra : quita las capas de arcilla, greda y aun calcárea y encontrarás la base granítica. El espíritu humano, que vive del universo, no puede crear mas de lo que existe. Los pintores representan en todo la naturaleza y lo que es posible ver, por lo ménos en principio ; el poeta, ese pintor aéreo, no puede encontrar en un algo que no existe en él, las inspiraciones de su obra.

El sueño habia desaparecido ; estaba desvelado, sufriendo la influencia de Broth : era el magnetismo de la superioridad incontestable.

—Estrañas teorías para un discípulo de Platon! contesté. Observa que una teoría, para ser buena, necesita sufrir con éxito el análisis de todas sus conse-

cuencias. En la tuya seria cierto que la voz de Dios vibró sobre el Sinaí, y que las aguas del mar Rojo se abrieron ante la vara de Moisés.

—Son las adulteraciones, Daniel, la leyenda, la tradicion á que me referia. Porqué Moisés, en uno de esos entusiasmos febriles que produce la excitacion de la fé, no puede haber confundido la soberbia voz de la tempestad, que hablaba á su alma estremecida, con la palabra divina? Porqué se ha de haber visto exento de la preocupacion del milagro, impotente para darse cuenta de un fenómeno natural? No, Daniel; el germen de todo existe y en la elaboracion infinita de los siglos, bajo la influencia fatal de las fuerzas de la naturaleza, la materia vá cambiando y el espíritu girando sobre sí mismo, ya opaco, ya brillante. Un imbécil de Platon seria un talento de Gall tal vez y la sandalia de Diógenes puede ser la blanca perla que hoy adorna el cuello de una hermosa dama.

—Nunca te hé oido hablar así, Broth! Qué tienes hoy? Porqué esa sobreescitacion nerviosa? Vamos, calma, vuelve al estudio sereno y reposa.

—Temes por mi razon, pobre Daniel? Oh! es fuerte como una roca. Pero encuentro un encanto indescriptible en la audacia admirable de ese hombre que dice que nada hay imposible para la investigacion humana, me siento con fuerza para lanzarme á un estu-

dio profundo, á una observacion de toda mi vida !
Seria capaz

—De traducir en notas el canto de la Sirena ?

—Y porqué no ?

—Como ! Tu crees que han existido esas criaturas que detenan á los inespertos navegantes en medio de los mares, por el irresistible encanto de su voz armoniosa ? No te parece fuera de toda ley natural esa existencia híbrida, mitad pez, mitad muger ? Tu sabes que nada hay que p̄disponga á la creacion poética como la soledad de los mares en las noches de calma ; los marinos de entonces habran sentido en su espíritu la fuerte impresion de la armonia de la naturaleza y en la imposibilidad de darse cuenta de ese fenómeno admirable, han dado cuerpo al ensueño, vida á ese atributo armónico de lo creado y formado esas deliciosas voces que salen del medio de las ondas espumantes para atraerlos á las grutas misteriosas de los senos del océano.

—Y quién te dice que en otras épocas, tan léjos de la historia del mundo, que el pensamiento no las alcanza, no hayan existido peces dotados por la naturaleza de órganos vocales ? No tienes hoy el pescado que vuela ? Porqué negar en absoluto la existencia del pez que canta ? Cuál seria el encanto de su voz, cuando las imaginaciones, juveniles como los rayos del sol en los primeros dias de su formacion, han confundido un

pescado con la diosa de los mares? Oh! el canto de la sirena!

Callé: Broth me causaba espanto. Me parecía que la razón de aquel hombre era muy débil para contener el empuje de esa volcánica imaginación y de esa salvaje energía!

.....
Broth salió junto conmigo del colegio. Al abandonar las aulas, sabía más que todos sus maestros juntos.

Se había dedicado casi exclusivamente á la música y pasaba días enteros inclinado sobre el violoncello, que era su instrumento favorito.

Jamás frecuentó la sociedad: vivía solo, aislado, de una módica renta que había heredado. La juvenil cabeza empezaba á encanecerse en la aurora de la vida y el vigor del cuerpo parecía haberse refugiado todo en sus ojos que brillaban de una manera pasmosa, febriciente.

Era yo el único amigo que había conservado sobre la tierra. Cuando le iba á ver, tendía su mano hácia mí con una cariñosa mirada y murmuraba con acento desesperado: —“ Nada aun ” Luego no hablaba más y parecía no escucharme. Lejos del mundo como vivía, jamás le hablé de él, ni pretendí lanzarlo al torbellino social. Mis visitas eran retornos á los tiempos de estudio, de meditación y serenidad. Le hablaba de filosofía, historia, ciencias naturales, de los últimos des-

cubrimientos, de todo ese mundo intelectual que juntos habíamos recorrido. Me despedía sin haber obtenido mas que un afectuoso apretón de manos.

Un día recibí una carta.—Decía así :

Daniel:

Has sido mi único amigo:

Nada aun !

Parto, pero no desesperado : encontraré.

Broth.

Sentí un dolor agudo, pero cuando corrí á detenerlo, era tarde ! Había partido, sin que nadie supiera á dónde.

Broth era el hombre que mas había admirado en la tierra ; tenía para mí una aureola de génio sobrehumano, que hasta en mis sueños creía ver. Su magnífica inteligencia, aplicada á un solo objeto fantástico,—averiguar cuál fué el canto de las sirenas,—me había hecho una impresion terrible, que no podía borrar de mi alma.

Poco á poco, el recuerdo de Broth se fué convirtiendo en una de esas confusas reminiscencias que se conservan de la lectura de un cuento de Hoffman allá en la infancia.—Seguí el torrente de la vida y el nombre de Broth quedó en mi memoria débilmente iluminado por el cariño de mi corazón.

.....

Habian transcurrido quince años desde el dia en que recibí la despedida de Broth ; viajaba por Alemania, no ya con el entusiasmo del hombre joven, sinó con esa observacion serena que caracteriza la edad madura.

La Alemania es la tierra de los poetas, como la Italia es la patria de los artistas.

La poesia siempre es íntima y subjetiva : vive en el fondo del alma y los hombres que tienen ese huésped sublime, viven léjos del mundo, bebiendo las inspiraciones en las sensaciones misteriosas de su ser interno. Los italianos abren su alma, como las flores su cáliz, al calor del ardiente sol ;—los alemanes, como las modestas sensitivas, se expanden en el silencio de la noche. En Italia, el infinito es una forma : en Alemania es una idea.....

Un dia fuí invitado á visitar un manicomio en una de las mas pintorescas aldeas que duermen á la sombra de los castillos feudales que vigilan eternamente el Rhin. Un distinguido médico cuidaba el establecimiento, que solo contenia veinte ó treinta dementes.

Recorriendo el edificio, admirablemente dispuesto para su fin, mientras el profesor me explicaba diversas manias y los medios de curarlas, oimos el éco lánguido de un violoncello.

Me estremecí, porque una idea, una de esas miste-

riosas adivinaciones del alma, habia venido á sorprenderme. No me atreví á preguntar.

—Ese desgraciado que toca con tanta dulzura el violoncello, me dijo el profesor, es el maniático mas poético que hé conocido. Es anciano ya, pero hay en sus palabras, las pocas veces que habla, cierta frescura juvenil. Ha buscado durante toda su vida la solución de un problema curiosísimo : cuál habrá sido el canto de las sirenas !

Dí un grito y me apoyé contra un árbol para no caer.

La música seguía, tristísima y suave, como una de esas melodias que se creen oír durante los sueños de las noches de verano. Era rara; no habia oido nunca nada análogo. Tenia algo de la balada de los pueblos primitivos y al mismo tiempo se parecia á algun murmullo oído en el silencio de la naturaleza, durante las horas de reposo. Me sentia atraído y una nube de ideas arrebatában mi alma á otros tiempos, á otras sensaciones casi olvidadas.....

Era mí pobre amigo el que tocaba !

Broth, nívea la larga cabellera, vaga la mirada, abrazaba su instrumento como la barca en que vogára en el delicioso mar del infinito.

Oh ! lágrimas corrían por mis mejillas, pero no las vulgares lágrimas del dolor. Sentia un secreto placer ; creia que Broth era feliz y allá en lo íntimo de mi cc-

razon, bendecia al cielo que tan dulce locura habia enviado al querido hermano de mi corazon.

Me acerqué silencioso: Broth levantó su límpida mirada hacia mi y casi sin mover los lábios, sin conocerme, sin alterarse en lo mínimo su límpida mirada, como si su alma estuviese en el cielo de las delicias, murmuró misteriosamente, haciendo un signo de silencio:

—Callad, callad por Dios! Es el canto de la Sirena!

HONOR MODERNO

Indudablemente, las instituciones democráticas son las mas benéficas y las que están mas en armonia con el ideal del progreso humano.

Son dulces y fuertes, justicieras é implacables, generosas é inflexibles.

Digo que son muy buenas y lo repito una y mil veces, con el objeto de que no me confundan con los que las denigran, y para que se cercioren bien que, en caso necesario, mi afeccion á ellas llegaria hasta el entusiasmo.

Qué diferencia con aquel mundo antiguo, tan lleno de irregularidades, rijiéndose siempre por ese sentimiento vano que llamaban honor!

Pongámonos por un momento en la época llamada

del Renacimiento, es decir, cuando la Europa empieza á sacudir el letargo de la Edad-Media.

No os asustéis vá á ser cosa de un instante nada mas.

El sentimiento de la individualidad humana, introducido por los bárbaros en Europa, habia venido á sofocar ese espíritu de absorcion social estendido por Roma en todo el mundo antiguo—Los hombres comprendian ya que eran algo mas que instrumentos ciegos de la sociedad: que habia algo que no se cedia ni en virtud de un contrato, ni por la fuerza de una tendencia natural, y que ese algo era la conciencia y la libre espresion de la fuerza intelectual.

En medio de los horrores de la barbárie, que se precipitaba sobre la civilizacion corrompida del mundo romano, los bárbaros traian en sus salvajes costumbres un dogma sagrado que hoy rije en el mundo entero casi, y que hasta cierto punto, ha sido el oríjen de la grandeza de las razas sajonas: la conciencia individual.

Los bárbaros se fueron, pero su permanencia habia dejado huellas profundas en los paises hollados por su planta. Los scandinavos habian dejado en Inglaterra su espíritu emprendedor, su arrojo y su infinito amor al mar.

Los moros dejaron en España sus industrias, sus bellezas artísticas y el poético recuerdo de su historia.

Los sarracenos trajeron á Europa todo el brillo del Oriente, como los españoles trajeron á América el sombrío velo de la barbárie teologal de España.

Bellos tiempos vinieron entónces. El espíritu humano, habituado á la lucha constante, se ahogaba en el reposo y buscaba anhelante una senda por donde lanzarse á emplear la exhuberante actividad que lo animaba. En medio siglo, nacieron Miguel Anjel, Rafael, Perugino, De Vinci, Juan Bologna y tantos otros. La Italia era un foco de fuego : se hablaba, se discutia, se batian con el ardor del entusiasmo y la Europa entera parecia agitarse bajo el imperio del mismo sentimiento.

Los poetas cantaban los grandes golpes, las acciones caballerescas de las grandes personalidades de la época, y el pueblo, en medio de sus mismos sufrimientos, se movia en la plenitud de una vida henchida de sobrehumana actividad.

Todo confundido, mezclado, en un curioso hacinaamiento de hombres y cosas, ideas y teorías, llega á nosotros envueltos en una nube desumbrante que hiere la vista y atrae la imaginacion. En los momentos de íntimo delirio, el espíritu sueña haber nacido en la grande época y las misteriosas aspiraciones del corazon parecen concentrarse todas en ese mundo dissipado, destruido ya, y que duerme perdido en la inmensa tumba de la historia !

Entónces, una injuria traia el golpe enérgico y varonil de la venganza : el honor era como un depósito divino y guay del que á él tocára !

Los hombres tenian fé en si mismos y conociendo las miserías de la vida y la inconstancia de la justicia de aquí abajo, se hacian jueces por si mismos y juzgaban con el indomable golpe, la injuria inferida.

A que tribunales, á que juris. á que hombres fallibles como ellos obligados á tener la mirada serena de Dios, para conocer las cosas humanas ? No tengo brazo y corazon ?

Tu me has dicho ladron, tu debes morir ó yo quedar en la demanda de mi honor.

Hoy . . . me has dicho ladron, incendiario, falsificador ? Ven, paga y márchate.

Mañana, el honor de la mujer, la honra sagrada de la madre se debatirán ante un jurado y el miserable y cobarde insultador se irá riendo del infame y corrompido hijo ó esposo, despues de haber abonado un puñado de oro, por el placer de arrojar lodo sobre honra de mujeres.

Entonces, los desconocidos se sacrificaban por el honor de mujeres que no tenian vínculo alguno con ellos.

Hoy las injurias valen una onza de oro, los insultos cuatro y los bofetones cinco !

Por eso decia al principio que las instituciones democráticas eran muy benéficas.

Evitan la efusion de sangre !

1872.

.

NESSUN MACGIOR DOLOR.....

—

Me encontraba en Paris y tenia veinticinco años.

Pasaba allí la espléndida vida correspondiente á ese centro y á esa edad: sin cuidados, sin temores, libre el espíritu y el corazón, de saráo en saráo, de baile en baile, me dejaba arrebatar á la merced de aquel torbellino continuo: no era pobre, ni rico, pero mis medios me permitian hacer una vida cómoda, sin privaciones de ningun género.

Los que habeis vivido en Paris, sabeis bien que de tiempo en tiempo el recuerdo de la patria, nace en medio de la orgia ó entre el bullicio de la fiesta: se presenta como una sombra querida, que imprime al espíritu una suavidad exquisita, elevando el alma sobre

el materialismo que la ahoga: yo los tenía también, pero no como el anhelo de un bien deseado. La patria entonces me era fatal, porque había perdido en ella el ser más amado de mi vida. . . . Huía el recuerdo y me hundía en el torbellino.

Una tarde había ido al Bosque, solo, en mi noble caballo Antar, brioso como un hijo de la Arabia, tranquilo y sereno como un animal de carrera. Hacía ese paseo diariamente, volviendo á comer á las seis de la tarde, á la mesa redonda del Gran Hotel, donde la diversidad de tipos y la confusión de razas formaba un conjunto heterogéneo, cuyo estudio me agradaba sobremanera.

Había atravesado ya los campos Elíseos y al entrar á la Avenida de la Emperatriz, siento que Antar se estremece por el ruido de un carruaje lanzado á la carrera.

Lo tranquilizo acariciando su arrogante cuello y hablándole con el acento suave é insinuante que parecen comprender los animales.

Antar, puro fuego y nervio, era como esos hombres bravos sin pretensiones, que una palabra hace entrar en razón.

A pocos momentos siento pasar como una exhalación casi rozándome, un elegante landó tirado por dos hermosos caballos de raza, cuyo trotar violento igualaba á la carrera.

En un momento de impaciencia alzé el látigo para castigar al inesperto cochero que tan imprudentemente había estado á punto de llevarme por delante, cuando mis ojos se fijaron en la persona que iba dentro del carruaje.

Era una criatura de veinte años á lo sumo ; blanca y rubia como el ideal de un poeta del norte, iba lánguidamente recostada en el fondo del carruaje ; sus ojos adormecidos y su actitud abandonada, mostraban que gozaba en la carrera, como una de esas amazonas inglesas que viven y se exaltan en la rapidez del movimiento.

Yo conocia todo el mundo galante de Paris : sin embargo, nunca habia visto á esta muger en ninguno de los centros elegantes : ni chez Laborde, ni en Mabile, ni en Valentino.—Jamás la habia encontrado en los teatros, ni en mis diarios paseos al bosque la habia visto.

Puse al trote mi caballo y la alcancé casi al llegar al centro del bosque : me aguijoneaba una ardiente curiosidad, en la que se mezclaba un átomo de amor propio. Hubiera hecho un sacrificio por mostrar á mis amigos esa conquista.

Perdon, son vanidades de todos los hombres de esa edad !

Ya se habia formado al rededor del carruaje de la desconocida un círculo curioso que la miraba y cuchii-

cheaba entre sí ; ella no habia cambiado de postura y parecia gozar con la fresca brisa que venia murmurando entre los árboles. Yo me habia bajado y entregado mi caballo á un *valet de pied*, para poder pasearme á orillas del estanque, á cuyo lado opuesto está el bellissimo jardin del Pré Catalan.

La desconocida dama bajó del carruage y se dirigió al bote que conduce al otro lado ; era alta, esbelta y vestia uno de esos trages sueltos que revelan la belleza de las formas. Adivinando su intencion, me apresuré y bajé al bote un momento ántes que ella, ofreciéndola en seguida mi mano.

Cincuenta ó sesenta personas contemplaban ésta escena y yo comprendia que mas de uno de aquellos jóvenes brillantes hubiera dado su renta de un mes por encontrarse en mi posicion : si la dama hubiese comprendido en aquel momento mi estúpida vanidad, no habria dejado caer en mi mano la suya sin guante, blanca y tersa, despues de haberme mirado un instante ~~con~~ cierta intensidad. Comprendí que muchos iban á bajar al bote, y dándole un fuerte empuje lo lancé á cuatro varas, poniendo un luis en la mano del barquero que se preparaba á objetar.

La desconocida no hacia caso de mi presencia y parecia estar abstraída completamente por la lánguida belleza de la tarde. El ruido de Paris se perdia á lo léjos como un murmullo indefinido ; todo era tran-

quilidad y paz. Las pequeñas olas rizadas por el aura suave de la tarde, formaban graciosos giros sobre la tersa superficie del lago. La blanca desconocida se habia adormecido reclinada en la popa del botecillo y una de sus manos pendia fuera de él, tocando apénas con sus dedos las aguas cristalinas.

La contemplaba silencioso, admirado de la belleza de aquella muger : sus lábios parecian moverse imperceptiblemente y un momento oí claras y distintas estas palabras, dichas con una dulzura infinita :

*Un soir, t'en souvient il? Nous voguions en silence :
On n'entendait au loin, sur l'onde et sous les cieux,
Que le bruit des rameurs, qui frappaient en cadence
Tes flots harmonieux.*

El bellissimo verso de Lamartine venia como una ráfaga de poesia á unirse á las frescas brisas del lago.

Aquella hermosa muger, yo, jóven, lleno de vida y entusiasmo, el verso misterigso del amante de Grazie-lla, la hora voluptuosa de la tarde, mi soledad con aquella criatura, me hacian un efecto curioso é inesplicable—No podia comprender como no tomaba aquella mano entre las mias y en ardientes palabras dejaba desbordar el torrente de delicias que henchia mi alma. Insensiblemente caí en una especie de extásis y mis lábios dejaron escapar este verso del poeta del dolor y de la duda eterna:

*Point d'amour et des fleurs, et la nuit qui murmure
Et le vent qui frémit et toute la nature
Qui pâlit de plaisir, qui boit la volupté !*

.....
Point d'amour et partout l'espectre de l'amour !

Un suspiro cortó mis palabras : la desconocida me miraba intensamente: sus ojos estaban húmedos y su seno palpitaba acelerado.

—Tambien dice Musset, caballero, *pourtant, ils ont aimé !* me dijo con un acento dulce é impregnado de sentimiento.

—Musset, señora, el triste desterrado del mundo del placer, veia la felicidad en todas partes, fuera de su alma y hasta sus criaturas mas desgraciadas tienen un momento feliz.

—Felicidad desgracia . . . placer
words, words, only words !

—Hamlet soñaba, señora y Musset sufría !

—Llegamos, dijo en éste momento la ruda voz del barquero.

Como el que despierta de un sueño, sacudió la blanca dama su frente nacarada.

Descendimos, y como yo dejára ver mi intencion de seguir acompañando á la desconocida, ésta me saludó cortesmente, quedando de pié hasta tanto me encontré

léjos de ella. Entonces se internó lentamente en los jardines.

La noche caía, y yo estaba embebido mirando hácia el costado por el que habia desaparecido la blonda criatura.

.....

No volvió.

En vano la esperé hasta entrada la noche ; sin duda se habria hecho esperar por el carruaje del lado opuesto del jardin. Cruzé el lago, monté en mi caballo, que me esperaba impaciente, y, paso á paso, sumido en un mundo de reflexiones, gané la barrera y de allí mi hotel.

Aquella muger me atraia : no me perdonaba haberla perdido de vista ; soñaba con ella !

Me propuse encontrarla : tomé *l'Entr'acte* y recorrí los anuncios de teatros. En los Italianos, la Patti cantaba la *Sonámbula*, en la Opera, la Sass daba el *Trovador* —Verdi y Bellini !

Oh ! esa naturaleza aérea, delicada como un copo de espuma, no puede amar los arranques terribles del autor de *Nabuco* ; necesita la poesía suave y misteriosa, impalpable, del dulce poeta del corazon :—á los Italianos, pues.

Llegué tarde, y como no era mi noche de abono, no encontré localidad.—Recordé entonces que un amigo, jóven, hijo de un banquero, tenia un palco por tempo-

rada ; al entrar á él, noté que el palco contíguo estaba vacío.

Mienten los presentimientos, esas adivinaciones misteriosas del corazón ? Oh ! jamás me han engañado ! En las horas de dolor, siempre han cruzado mi alma, como esas aves de la noche, mensajeras de desgracias, que se posan en las ruinas, en medio de las tinieblas !

A los cinco minutos de entrar, se abrió la puerta del palco de al lado y mi bella desconocida, dando el brazo á un hombre de cuarenta años, grave y de noble fisonomía, entró sin hacer ruido alguno y silenciosamente se sentó en la primera silla, dando la espalda al sitio en que me encontraba.

—Qué tiene V. ? me preguntó mi amigo. Está V. pálido como la muerte !

—El cansancio, la fatiga . . . qué sé yo !

Los deseos habían huido de mí : aquella muger embriagaba mi espíritu.

La Patti estaba cantando como un ángel : su voz melodiosa impregnaba mi alma y en el estado de excitación en que me hallaba, me parecía que estaba viviendo un siglo en un segundo

Por fin bajó el telón : mi amigo salió del palco y quedé solo. Oía hablar al lado y una curiosidad irresistible me atraía ; presté el oído.

—Parte V. siempre, Vilda ?

—Sí, coronel, parto próximamente;—me ahoga Paris. Voy á Italia.

—Sola como siempre ó piensa V. esperar á Cristian ?

—Sola ; estoy ya tan habituada, que uno de mis mayores placeres es la soledad.

—Y dónde va V. directamente ?

—Conoce V. la Italia, coronel ?

—No, Vilda ; pienso visitarla próximamente.

—Desde Alá al estrecho de Mesina aquello es un paraíso—Jamás al entrar á esa tierra bendecida llevo rumbo fijo. Me arrastra el viento. . .

--Como á la nube. . . .

—O la golondrina.

No oí mas : entraron algunas personas al palco y en el movimiento de los saludos de etiqueta, perdí el resto de la conversacion.

Me era bastante : mi viage á Italia estaba resuelto.

Durante el resto de la funcion, una idea fija dominó en mí : Cristian. Quién era ese Cristian ? Padre, hermano, esposo ?

Me confundia.

Cuando la Sonámbula va á cruzar el puente, en ese momento terrible, Vilda varió de asiento, ocupando el que daba la espalda al proscenio : entonces sus miradas se fijaron en mí ;—su rostro manifestó profunda sorpresa y una ráfaga rosada coloreó sus megi-

llas. La saludé cortesmente: en un instante se repuso y contestó al mio con un saludo amable y sin afectacion. El coronel, absorto con la Patti y Naudin, no notó nada de ésta escena muda.

Salimos del teatro y á pesar de mis ardientes deseos no seguí en el mio el carruage de Vilda que habia partido de los primeros.

Eran las once y media de la noche: por costumbre, mas que por deseo, ordené á mi cochero dirigirse á Mabile.

La idea de encontrar allí á Vilda, me oprimia el corazon; creo que la hubiera insultado, despreciado..

Estaba loco.

Mabile se encontraba en todo su apogeo. Al entrar, Corisandra, la *bouquetière*, se me acercó misteriosamente y con esa voz de insinuante confianza que quiere establecer un vínculo de solidaridad, me preguntó:

—Monsieur Charles (habia olvidado decir que me llamo Cárlos) hay que hacer algo para vuestro servicio?

Una ráfaga de fuego cubrió mi rostro: habia tenido un segundo la mezquina idea de hacer á Corisandra mi mercurio acerca de Vilda.

—Nada, hija, nada. Estoy arruinado de bolsa y vida. Donde faltan esos dos elementos, ya no hay esperanza.

—No dice así Aubépine, la linda rubia.

—Y qué es lo que dice?

—Que hace tres noches ha ganado V. quince mil francos en una partida de baccarat.

Fra cierto: en uno de esos centros elegantes de fomento al vicio, cuatro días ántes, habia sido invitado á tomar parte en una partida, habiendo ganado la suma indicada.

En ese momento, Aubépine, preciosa criatura, fresca como la flor cuyo nombre habia tomado y rubia como el dorado fleco de la planta del maiz, se acercó á mí cariñosamente, con ese rostro lleno de amor que nunca falta para un hombre que ha ganado quince mil francos al juego.

Yo la habia conocido tres meses ántes y mas de una vez la habia tratado.

—Mi querido Cárlos, que felicidad ver á vd. ésta noche por aquí, fué la frase de entrada.

—Si para tí es una felicidad el verme en este sitio, debes pasar la vida muy feliz, porque casi nunca falto.

—No, hablo de hoy exclusivamente. Es vd. el hombre á la moda.

—Será por mi suerte al juego, donde he ganado la miseria que se pierde cien veces en un minuto?

—Quién habla de dinero? Creiamos que no viniera vd. á Mabile en adelante. Su centro debe ser las

Tullerías, las embajadas, los salones del Faubourg Saint Germain, el mundo aristocrático, en fin.

—Te burlas, Aubépine? A no ser que te hayas inscripto en el libro azul, y que lleves cuarteles y leones en campo de gules en tu carruaje, no conozco ninguna aristocrática dama, ó por lo ménos, no tengo con ninguna las relaciones que tú supones.

—Y la rubia del bosque?

—Ah!

Desde ese momento, mugeres, amigos, todo el mundo me trataba de hipócrita por no haber confesado ántes que la bella rubia era mi querida. En vano negaba y juraba que era la primera vez que la veía. En Paris, donde esas relaciones se forman en un segundo, no se comprende que un hombre dé la mano á una muger, sin que por este simple hecho se constituya en amante.

Por lo demas, nadie me daba un solo dato acerca de Vilda, nadie la conocía y solo algunas personas recordaban haberla visto el verano anterior pasar dos ó tres dias en Paris y desaparecer.

Me fastidié en Mabille y me retiré á preparar mi saco de viage; creía partir de un momento á otro.

Al dia siguiente busqué á Vilda en todas partes, sin conseguir encontrarla. Llevaba la idea de constituirme en su sombra y seguirla donde fuera. Ya era para mi una necesidad su presencia.

En vano la busqué cinco días consecutivos ; Vilda habia partido.

Desesperado, esperé un día mas. Por fin, el anhelo de mi alma me arrebató y me lanzé á Italia á buscar aquella muger entre veinte y tres millones de habitantes.

Yo conocia la Italia y la amaba como á uno de esos recuerdos puros de la infancia que refrescan el espíritu en las tristes horas de lasitud moral. Habia vivido un año en ella, haciendo la vida errante del artista ; me eran familiares sus bellezas y conocia la historia de cada uno de sus sublimes trozós de mármol, como los rasgos de mi propia vida.

Cuando se ama, siempre se supone en la persona querida una armonia completa de sentimientos y afeciones con los nuestros; yo amaba á Florencia como á la patria ideal y suponía que Vilda.....porque yo me habia enamorado de aquella muger ! Su presencia me causaba un sufrimiento dulcísimo, inefable, algo como esa sensacion misteriosa de que habla Santa Teresa, cuando describe en la mas admirable de sus páginas, su éxtasis divino.

Llegué á Florencia á la caída de la tarde de un bellissimo día de Mayo, cuando la naturaleza italiana sonrie orgullosa en el *amplesso* de su voluptuosidad. Las brisas del Arno y de las bellísimas alturas de Fiesole

venian á acariciar mi frente, como un saludo íntimo al amigo de la poética ciudad.

Tomé un caballo y me fuí á las Calscinas: un mundo poblaba el lindo paseo que se extiende á lo largo del correntoso rio Arno; carruajes lujosísimos, misteriosos coupés, coches de todo género cruzaban en todas direcciones. Mi mirada anhelante buscaba ansiosa á Vilda : parecia que habia sido un sueño para mí : no la veía.

Esa noche se cantaba la condesa de Amalfi en la Pérgola, por una compañía bastante mala, y Salvini hacia *Otello* en el teatro Pagliano.

La condesa de Amalfi, esa vulgar creacion de Petrella, no podia atraer á Vilda.

Salvini, la estatua de la tragedia clásica, el génio creador, debia simpatizar con su espíritu ardiente.

Ni en la Pérgola ni en Pagliano!

En vano saludaba cariñoso á todas mis antiguas amistades florentinas : el soberbio David, elevándose esbelto en medio de la plaza de la Señoría, el palacio de los Médicis, la calle habitada por el Orgagna, Donatello, Vespucci el sublime usurpador, y el divino Buonarrotti, no tenian ya para mí aquel encanto misterioso que en años anteriores inundaba mi alma á su aspecto.

A cada momento creia ver á Vilda en la galeria Degli Uffizi contemplando la Vénus de Médicis, ó absorta ante la Madona de Sassoferrato : en la galeria

Pitti mi deseo la veia en un cuadro del Ticiano ó en una de las místicas creaciones de Andrés del Sarto.

Abandoné Florencia, recorrí toda la alta Italia, y por fin, cansado y perdida ya mi dulce esperanza, me dirijí á Roma.

Roma se encontraba aun bajo la dominacion eclesiástica y presentaba el aspecto mas pagano de todas las ciudades de la cristiandad. Ninguna de las villas de Italia, ninguna de las capitales europeas tenia aquella idolatria por la forma que caracteriza profundamente el culto jentílico, y que se ostentaba entonces en todo su esplendor en la ciudad de los Césares.

Por ese motivo era tan curioso el estudio de la sociedad romana, como la contemplación de sus ruinas gigantescas ó de sus soberbias obras de arte : en Roma habia algo nuevo, insólito ; un presentimiento me arrastraba á ella ; estaba convencido que encontraría allí á Vilda.

Mis presentimientos jamás me han engañado : la encontré.

.....

Una noche me habia dirijido á las ruinas del Coliseo : un cardenal, hombre de mucho talento y de ese tacto poético que distingue á los italianos, me habia aconsejado visitára la inmensa ruina á la luz plateada de la luna. Habia ido varias veces durante el dia, y

siempre habia salido con el espíritu dominado por la grandeza y majestad del anfiteatro.

Era una noche clara de luna; una de esas noches italianas, en las que el cielo, puro y sin nubes, se extiende bellísimo sobre la naturaleza adormecida voluptuosamente. Caminaba silencioso en direccion al Coliseo, fuera ya de la ciudad, contemplando estático las sombras colosales de la gigante ruina, tendidas á lo largo de la muerta campiña romana. Los poetas han querido ver en aquellas sombras los mil paisajes caprichosos que enjendra su imaginacion sobrecitada por la grandeza del cuadro; los artistas sueñan con las sombras, y los que tienen dentro del alma el amor á lo bello, viven la vida del placer, frente á esa soberbia manifestacion de grandeza.

Yo pensaba en Vilda: en los momentos de escitacion, lo vulgar desaparece del espíritu y queda sola, fija y brillante, la idea dominadora. El prisionero en esos momentos piensa en la libertad, el artista en su ideal, el hombre que ama en la muger querida. Yo amaba á Vilda, como no habia amado nunca en la vida: cuando arrastraba una existencia material y torpe en Paris, creia que las desgracias que en mi patria habian pesado sobre mí, la muerte de mis amigos en un momento tremendo, la maldicion que pesaba sobre mi frente, habrian agotado dentro de mi corazon todas las fibras delicadas del sentimiento....

y aquella muger habia revelado á mi alma la vida del amor, dulce, inefable, como su lánguida mirada! . . .

Penetré en el Coliseo y me senté en el centro, en la ridícula cruz que la esplotacion católica ha puesto en ese pedazo del pasado. La mitad del edificio estaba hundido entre las sombras, y la otra mitad brillaba al resplandor de la luna. No habia notado ningun otro visitante, cuando mis ojos se fijaron en una de las entradas que dá al Sud: —sobre un trozo de granito estaba sentada una muger, contemplando silenciosa y en místico recojimiento, el divino cuadro: la luna bañaba su rostro: era Vilda!

—Hace un mes, señora, en Paris, en uno de los pocos momentos de tranquilidad que ofrece aquel torbellino humano, encontré á vd. una tarde en medio de un lago; hoy, á la luz de la antorcha de las ruinas, como llamó Mme. Stäel, á esa blauca luna que va pasando sobre nosotros como un sueño de felicidad, encuentro á vd. en medio del pasado. Creeré que hay simpatias de afecto en nuestras almas?

—Porqué no, caballero? Amo el pasado con delirio, porque encuentro en él ese soplo misterioso de poesia que va muriendo en nuestras sociedades modernas. Amo el Coliseo, amo á Florencia y Roma, porque esta es la antigüedad y aquella la Edad-Media.

--Y sola siempre, señora? No encuentra vd. en la expansion la mitad del placer de la contemplacion?

—Y cuando no se encuentra quien comprenda nuestras ideas, caballero?

—En esa situacion, señora, los espíritus débiles pasan una vida miserable y desesperada, los que son fuertes se alimentan de sus propias inspiraciones y viven en sí mismos, como el águila en las soledades del espacio. Seguramente, vd. no vive desesperada, señora.

—Es una galanteria ?

—No, es una observacion. Jamás he podido ser galante, y si lo fuera, no cometeria la ridiculez de ostentarlo en éste sitio y á éstas horas.

—Y á qué casualidad debo, caballero, el encontrar á V. en Italia y de una manera tan inesperada? Creí que su centro fuera Paris, Lóndres ó Viena.

—Amo la Italia, señora, y hoy tal vez mas que nunca. He perseguido un ideal y creo encontrarlo.

—En Italia?

—Talvez.

—Es V. español, caballero? De tal es su acento.

—Mi patria, señora, se encuentra perdida en uno de los últimos rincones del mundo. He nacido cerca del polo Sud, en medio de inmensas llanuras sin límites.

—Americano.....

—V., señora, debe ser de otra raza. Sus ojos, su fisonomia, revelan la criatura del Norte.

—He nacido en Suecia, caballero.

Mi posicion se iba haciendo violenta: aquella mujer, sola conmigo en medio de la noche y de las ruinas, me hablaba con la misma sencillez que á un hermano: me encantaba, ponía en agitacion mi alma entera. No podia decirle una palabra: un sentimiento de profundo respeto me contenía.

De pronto una nube se posó en mi frente: habia recordado un nombre, oido una noche en los Italianos, en Paris: Cristian! La duda me asaltó.

—Señora, la circunstancia escepcional en que nos encontramos seria suficiente título para autorizarme á dirigir á V. una pregunta?

—Pregunte vd. señor.

—Es vd. soltera?

—No, señor; soy viuda.

—Viuda. . . . á esa edad. . . .mucho habrá sufrido vd. La muerte de la persona querida en la edad de las dulces ilusiones, es el golpe mas terrible que puede sufrir el corazon.

—Ah! caballero, tenia diez y siete años y mi familia me casó con el baron de Osnabruck, á quien no conocia y que se encontraba de embajador en Lóndres. Me casé por poder, y el baron murió al emprender el viaje de vuelta. No lo he conocido; era segun me han dicho, un respetable anciano, estimado por todo el mundo y que al morir me dejó nombre y fortuna.

Callé: un torrente de alegría inundaba mi alma. Hubiera deseado morir en aquel momento, oyendo una palabra de amor de los labios de Vilda.

—Y . . . nunca ha amado vd. señora?

—Nunca, caballero. Dicen que es muy bello, murmuró fijando su lánguida mirada en el astro de la noche, la pálida viagera que cruzaba el espacio bellísima y tranquila.

La contemplaba mudo . . . yo, el hombre habituado á jugar con todos los sentimientos del corazón, no encontraba valor en mi alma para revelar mi cariño á la dulce criatura.

—El ser que ama las ruinas, el pasado, todo lo que encierra una idea poética, tiene que tener en el alma un ideal, una imágeu que adora en el misterioso silencio del corazón. V. ama, señora.

—Amar . . . ser amada y comprendida ! Oh ! Sus ojos se cerraron y su seno palpitó acelerado ; estendí mi mano hácia la suya, y en el momento de ir á tomarla, Vilda se puso de pié y sin emoción, sin que su voz revelase ninguna sensación violenta.

—Caballero, me dijo, tendría vd. la bondad de conducirme hasta el carruage ? El frío de la noche me hace mal.

Al subir al carruage que la esperaba fuera del coliseo, me dijo :

—Si no nos encontramos mas, crea vd. señor, que no olvidaré el dulce momento que acabo de pasar.

Balbuicié una frase convencional y el coche partió.

Volví á mi hotel desesperado.

.....
A la mañana siguiente me encontré con una invitacion para una fiesta que daba el embajador de Portugal en una de las villas de Roma.

El embajador era entónces el duque de Saldanha, cuya celebridad como diplomático y hombre de mundo se estendia ya por todas las córtes europeas; era una dicha conseguir una invitacion para sus fiestas, y un crimen de leso-buen gusto faltar á ellas. Yo me habia ligado con el Secretario de la embajada en Paris, y al saber que estaba en Roma, habia tenido la delicadeza de enviarme un billete de invitacion.

No es del caso hacer una descripcion ni de la bellísima villa Paulatti, ni de la fiesta. Figuraos todo lo que el espíritu humano puede idear para hacer gozar los sentidos y lo encontrareis allí. Saldanha sabia hacer las cosas, algo á disgusto de la corte de Lisboa, que mas de una vez tuvo que pagar las inmensas deudas del noble duque, para poder emplearlo en otro destino.

Entré en los salones tarde ya, del brazo de Esteban de Pinto Moura, el Secretario. A primera vista, dos figuras me llamaron extraordinariamente la atencion.

Eran dos hombres altos, esbeltos, y de altiva fisonomía. Uno era rubio y tenía su cara un parecido tal con Vilda, que un nombre vino al instante á mis labios : Cristian. El otro era moreno ; ojos negros y profundamente concentrados ;—su mirada entraba en el alma.

Me estremecí : Vilda debía estar allí !

En efecto, á pocos momentos Vilda entró en la sala, acompañada por el anciano Coronel que habia estado con ella en Paris, en los Italianos.

—Conoce vd. esa dama, Esteban ? pregunté á mi amigo.

—No ; es hoy la primera vez que veo su bellísima figura. Sé que se llama la baronesa de Osnabruck, y que aquel hermoso jóven que habla en este momento con Gustavo de Rosbek es su hermano.

—Ese caballero que vd. llama Rosbek, es acaso sueco ?

—Sí, y segun tengo entendido, no es del todo insensible á los encantos de Vilda.

—Ah ! Como conozco á esa dama, me permitirá vd. que me acerque un instante

—Hola ! y porqué tan pálido . . . acaso . . . perdon, amigo.

Moura pronunció estas palabras por una suplicante mirada mia : me habia comprendido.

Me acerqué á Vilda en un momento en que quedó

sola; me saludó sencillamente : creí notar, sin embargo, una mirada recelosa dirigida al punto en que se encontraban Cristian y Rosbek.

—Señora, me permitirá vd. ofrecerla mi brazo para hacer un paseo por el jardín ?

—Con gusto, caballero.

Cruzamos el salón, blanco Vilda de todas las miradas : su soberana belleza atraía como el brillo del diamante, como un cuadro del Ticiano.

Llegamos al jardín, admirable de arte y naturaleza, lleno de árboles y enredaderas, por entre las que se escapaba misterioso el débil fulgor de un farolillo de la China, ó una débil hebra de luz eléctrica que venía desde el estanque jugueteando entre las ramas de los árboles, confundida con el suave resplandor de la luna.

Mi corazón estaba oprimido, y Vilda, por primera vez, dejaba ver cierta emoción.

—Vilda . . . y vd. me permitirá usar este nombre . . . teme vd. algo á mi lado ? Vd. no me conoce y creo que sabe mi nombre desde ayer . . . mi nombre ignorado que no encontrará vd. en el libro de oro de la nobleza europea. Yo creo conocerla desde que he sabido sentir, desde que he conocido ese arrullo indefinible del corazón que llaman simpatía.

—Por qué temer, caballero ? Una mujer que recorre el mundo sola, temerá algo del brazo de un

hombre que le habla de simpatia en medio de una fiesta ?

Habíamos llegado á un banco de césped, colocado en medio de una glorieta—Vilda se sentó allí y yo á su lado. Comprendia que mi posicion no podia durar ; tomé una resolucion.

—Vilda, dije : he recorrido gran parte del mundo en busca de un ideal.—Desde las llanuras de mi patria, hasta las brumosas rejiones del Norte, mi corazon solitario ha buscado un éco. Por fin, el cielo sonrió para mí : hé visto una mujer y la he amado. Amo con delirio, y mi amor es mi vida. Esa mujer es vd., Vilda !

Vilda callaba : sus ojos azules, impregnados de una dulzura exquisita, vagaban por el cielo, como una de esas risueñas ideas que en medio del sueño vagan por la imaginacion. Pedia una de sus manos ; la tomé y la llevé á mis labios.....

Oh ! porqué entónces, en la expansion de mi alma, no se acabó mi vida ? Por qué vuelve á mi ese recuerdo ? Oh ! Dante, si ! *nessun maggior dolor !.....*

—Amor, murmuró Vilda.....eterna aspiracion de mi espíritu, eres, pues, una realidad ? Este éstasis divino, esta voluptuosidad del corazon, es la vida en toda su plenitud.... Oh ! Cárlos....creo amar, creo ser feliz en este momento !

Algo como un jemido de agonía se oyó tras de nosotros, y apareció Gustavo de Rosbek desencajado, lívido y vacilante.

—Vilda, dijo á la pobre criatura que lo miraba espantada : te he dedicado mi vida, te he amado como se ama á Dios, y no has aceptado mi amor. He cruzado el infierno del mundo con la cruz del martirio— solo una esperanza me alentaba—me decias que no amabas ni amarias á nadie! Eres perjura !

—Eres mi sombra maldita, y al ponerte Dios en mi camino desde niña, marcó en mi frente el sello de los réprobos. Has amargado la única ráfaga feliz de mi vida. Maldito seas !

Y Vilda, ríjida y pálida como la muerte, se dirigió hácia el palacio como un fantasma, como una sombra.

Gustavo ahogó un grito y llevó la mano al corazón : vaciló un momento y sacando rápido un puñal, lo hundió dos veces en su pecho.

Cayó en mis brazos, moribundo ya ;—helado, con la razón casi estraviada, contèmplaba el cuerpo de Gustavo, que se debatía en la agonía. Sus últimas palabras, fueron : “Vilda, te amo” y murmurando el dulce nombre, espiró !

.....

Dos días despues, Moura me entregó, en el lecho donde me habia postrado una fiebre violenta, que habia trastornado mi razón, el siguiente billete :

“Cárlos :

“Hay un cádaver entre los dos : la felicidad no se ha hecho para mí !

“He partido y mi vida en adelante será un tormento.

“No nos volveremos á ver mas en el mundo. Dios lo haga feliz, y no olvide nunca á la mujer que le debe el único instante de dulzura de su árida existencia.

“Adios, Cárlos : Dios lo bendiga !”

Vilda.

.....

Han pasado diez años : mi cabello va encaneciendo, y Vilda es aun para mi el único astro que brilla en la noche de mi pasado. Hoy me arrastro en el mundo, como un cuerpo sin alma : un momento de expansion y tranquilidad me ha permitido escribir éstas líneas.

Son páginas de la vida íntima del corazon.....y gozo en el dolor que me causan.

Son para mí !

LA AFRICANA

—

DOS OPINIONES

—No llegarás á convencerme nunca.

—Ni tal es mi intencion. Lo que pretendo es, unicamente, destruir la idea que tienes respecto de la *Africana*.

—Te digo y repito que es música que no llega al alma: muy sábia si tú quieres, mucho ruido, muchas notas, pero exenta completamente de ese delicioso tinte de sentimiento, que hace encantadoras las melodías italianas.

—Ya tenemos al latino en todo su esplendor! Lo que tú amas es la forma: te gusta la escuela italiana porque su estilo es claro, neto, y porque tu intelijencia lo comprende instantáneamente. La música de

Meyerbeer, te lo repito por centésima vez, responde á otra manifestacion del intelecto humano : es la poesía íntima, subjetiva, la que se confunde con nuestras aspiraciones vagas, indefinibles. Es la expresion exacta de la idea y del sentimiento.

—Filosofía, retórica y metafísica musical ! Deja eso para los alemanes, y no te asombre que busque en el arte la concordancia con el ideal de la índole y carácter de la raza á que pertenezco.

—Ya apareció el ideal, la palabra, la frase ! Esa si es retórica, amigo. Cuándo entrará en el espíritu la idea que la belleza tiene sus leyes fijas é inmutables, como la gravitacion, como el sistema solar ? No hay tal independencia de gusto, que formula un precepto inapelable para el individuo mismo que lo profesa. El ideal del arte es uno, eternamente igual, independiente de las simpatias de razas, ni de épocas. En la escultura, es la expresion de un carácter fundamental é invariable. Siendo el objetivo el cuerpo humano, como en la pintura, la perfeccion de la forma y el destello de la idea forman el conjunto, y de ahí el grado de bondad. En música, el ideal es otro : no constituye la perfeccion una melodia sentimental que arranque lágrimas : en ese sentido, es mil veces mas perfecto un triste de nuestra campaña, tocado á media noche, en una meláncolica guitarra, por un gaucho desheredado. A mi juicio, el ideal en música es la armo-

nia perfecta entre la idea dramática y el sonido que la revela.

Toma una de las óperas mas celebradas de Verdi, “Un ballo in maschera ” por ejemplo, y observa el duo de Ricardo y Amelia : si oyeras al piano esas melodias, creerias que era el acompañamiento de una *tarantella* napolitana ó de un *solo* inglés. No hay allí la revelacion del sentimiento ni de la idea. Aquella agitacion continua está lejos de representar el estado del espíritu de una mujer que ama y contra todos sus deberes sociales y de esposa va á declarar su amor. Bajo cualquier clima, en cualquier instrumento, oye el duo de Vasco y Sélíka. . . . lo comprendes ? Necesitas las palabras, para aspirar el perfume de amor que se desprende de esas notas deliciosas ?

—Elijes precisamente el trozo mas comprensible de la ópera. Pero toma el tercer acto, toda esa escena insípida del buque y. . . .

—Ya te veo venir. Es decir, que querrias que esos marineros, hombres toscos y groseros, cantaran en el mismo tono que los sencillos paisanos de Bellini en la Sonámbula, cuando en medio de su supersticion, contaban haber visto un fantasma ? Quisieras, en vez del *Su, su, marinar ! el á fosco celo, á notte bruna ?* Quisieras que la cancion del “ truce Adamastor ” ese génio de las tempestades de Camöens, fuera un “ Infelice, tu credebi ” del viejo Silva ? Vamos, sé justo,

observa, oye con paciencia y cuando se te revele el tesoro de grandeza que hay en esa partitura, comunícame tus impresiones y las encontrarás análogas á las mías.

— *Difícil il credo.* No soy científico, ni sábio y no me gusta digerir una ópera como una droga disgustante para que no me haga bien.

¿ Crees que idolatro la forma ? Convenido : prefiero y ensalza á Meyerbeer y Gothe en la literatura; yo me quedo con Donizetti y Manzoni.

— No estaremos nunca de acuerdo, entónces ?

— Creo que nó . . . aunque, espera. Que te ha parecido la ejecucion de la Africana ?

— Detestable !

— Venga esa mano : solo las montañas no se encuentran . . . et encore !

JORGE TRAVEL

Los que sabeis inglés ¿ quereis curiosear un poco ?
Tomad el "Times" y fijaos al principio de la segunda columna de la primera página.

Allí encontrareis los avisos mas estravagantes y las mas fecundas inspiraciones para dar á las alas á la imaginacion.

Leed éste : "A. M. Ven : todo se olvida y el perdón es mas grande que el rencor. En donde estés, acuérdate de los tiempos en que eras querido y sabias amar ; si eres desgraciado, ven. todo se olvida—L. H. Casita blanca."

Aquí hay otro : "La nieve cae, y descendiendo aislado la pendiente de la vida ; entreveo el sueño eterno. Hijo, hijo, dónde estás ? Bajo solo á la tumba. Richard,

Richard, no dejes al pobre viejo morir solo y miserable
J. B. 15 de Julio, 43.”

Asistis de léjos al desarrollo de tremendos dramas del corazon, veis vacios inmensos en almas condenadas al martirio de la vida y empapándose el pensamiento en las propias desventuras, el cuadro toma en la imaginacion las proporciones de un dolor titánico.

Siempre en Inglaterra habia leido con cierta curiosidad los avisos á que me refero, sobre todo en mis dias de melancolia. Entónces hubiera querido unir mi alma al alma de los que sufrían, unir mi dolor al dolor ageno y aspirar con ellos á la esperanza.

II.

Harian unos seis meses que habia abandonado la Inglaterra y me encontraba en Edimburgo, la poética capital de la Escocia y una de las mas bellas ciudades del mundo, por su situacion.

No iba á la Escocia á buscar las maravillas de la industria moderna ; Lóndres, Liverpool y Manchester me habian cansado, con sus máquinas, sus algodones, sus fábricas y sus mil géneros de manufacturas. No ; lo que buscaba era el complemento de mi viage á Italia ; queria conocer el poético pasado de las razas del Norte, como me habia empapado en las gloriosas tradiciones de las razas meridionales.

Werther, en uno de sus momentos mas escépti-

cos, decia que Ossian habia reemplazado á Homero en su alma.

Yo buscaba á Ossian en las cumbres de los Highlands en reemplazo de Virgilio, cuya poesia aun vive y palpita en las encantadas grutas de Nápoles y en los maravillosos paisajes de Sorrento y la Merghellina.

A Virgilio le falta algo de la virilidad antigua ; sus héroes son sábios, sus sábios son héroes.

Ossian es el hijo del trueno y sus héroes alimentan nobles pasiones, magnificas en su prodigiosa intensidad.

El poeta de Augusto canta en arpa de oro á la sombra de laureles y acompañado por las suaves brisas que vienen impregnándose de perfumes en los naranjos y jazmines de las villas romanas.

Ossian pulsa su lira de bronce entre los combates y el rugido del viento, azotando los seculares pinos clavados en la montaña.

Eneas divide su vida en engañar á una mujer y oprimir un escapulario contra su corazon, en medio de contritas oraciones.

Fingal vive como un héroe y cuando cae, blanca ya la noble cabellera por la nieve de los años, cae como un titan, entre el fragor de las armas y de los cantos de victoria, embriagado aun por el inspirado acento de sus bardos que cantan sus hazañas.

Virgilio escribía en dorada alcoba sobre el terso papiro.

Ossian cantaba en medio de las selvas, uniendo su voz al himno de la naturaleza.

III

Noche á noche iba á visitar en Edimburgo las ruinas del Palacio Real.

Oh! no tienen la indescriptible y grandiosa magnificencia del Coliseo, como los pueblos de la vieja Caldonia no tienen la gigantesca historia de los romanos.

Pero hay allí una suave y misteriosa poesia, que viene del pasado, trayendo el nombre de una mujer y el vivo reflejo de su vida, llena de belleza, luz, amores y martirios.

Dos nombres pueblan la Escocia moderna, los dos se ligan en la imaginacion por el vínculo divino de la poesia : Maria Stuard, Walter Scott.

Todo lo demas, héroes, poetas, oradores, políticos y estadistas son raquíticos satélites que giran al rededor de los luminosos astros en la órbita de la mediocridad.

Maria llena los corazones y Walter la imaginacion.

Quando los jóvenes escoceses, á la caída de la tarde, se reclinan en la montaña donde han nacido, fijando la mirada en el mar inmenso que se extiende ante sus ojos, ese mar de Irlanda tantas veces surcado por las

victoriosas naves de Fingal, una dulce melancolía se apodera de su alma y sueñan con la gloria del pasado— Esa dulce criatura, esa Maria Stuard, tan amada, es el ídolo de sus sueños y en el movimiento febril de su mano, que se estremece sobre la *claymore*, se advina cierta envidia secreta por la muerte del noble Mortimer.

Walter Scot habla al espíritu; Ivanhoe, Robin Hood, Quentin, Amy Robsart, Rebecca y las mil figuras de su inmenso cuadro, aun viven en la Escocia y aun agitan las imaginaciones sobrecitadas, en medio de las noches tempestuosas.

Yo tambien me dejaba llevar por el vago fantaseo y durante las noches de luna entreveia en el confuso torbellino que cruzaba mi imaginacion, figuras llenas de luz, que me recordaban los seres queridos, tan léjos entónces de mí.

No hay nada como la soledad y el silencio en medio de las ruinas, para dar la calma á los espíritus conturbados. El que viaja, como todo el que busca los placeres de la vida, encuentra dolores infinitos en cambio de efimeros goces. Las horas de tristeza, léjos de la patria y del hogar, son un prelude de las penas eternas. Sin un amigo, sin un corazon que os ame, os veis solo ante la naturaleza, eternamente silenciosa y ante Dios, eternamente oculto é impasible, reinando

en las regiones desiertas, mas allá de los límites de la creación.

Es triste el placer de la melancolía; jamás en ese estado del espíritu, se presentan risueñas imágenes que alegren el alma; vienen siempre los recuerdos dolorosos, las amarguras pasadas á confundirse con los tristes presentimientos.

Y hay cierta delicia en ese sufrimiento delicado !

Musset cuenta que ese desventurado á quien ha llamado el “Hijo del Siglo”, llevaba el retrato de la mujer querida sobre su pecho, en un marco rodeado de aceradas puntas y en el dolor físico de la herida encontraba infinito placer.

Es que en ese momento íntimo, el alma reconcentra en sí misma sus fuerzas, como el mártir que llama á sí toda la energía del espíritu para ir á morir tranquilo y sereno.

IV.

Una noche tuve un encuentro curioso al entrar á las ruinas de la capilla.

Un hombre estaba sentado, de espaldas á la luna y mirando de frente las rotas columnas y los chapiteles destrozados del antiguo templo.

Era la primera vez que encontraba un compañero en mis largas noches de velada, y esta circunstancia ejerció cierta influencia rara en mi espíritu; presen-

tia que aquel hombre lo ligaba conmigo algun vínculo en la vida; que nuestra reunion allí era providencial, esas mil ideas entravagantes, en fin, que nacen de un espíritu agitado.

Al acercarme, noté que el individuo tenia una carterera de dibujo en sus rodillas y se ocupaba de trazar la vista de la capilla, sirviéndose de la blanca luz de la luna, que iluminaba la escena *á giorno*.

Su fisonomia era atrayente y hermosa; grandes ojos, rostro ovalado, boca gruesa y graciosa y cierto tinte de indescriptible mansedumbre esparcido en toda su cara.

No habia notado mi llegada ; hacia cinco minutos que lo contemplaba silencioso, sin que hubiera cambiado de posicion.

La veia trazar un golpe de lapiz, levantar la cabeza, inclinarla con el gracioso ademan del artista que quiere contemplar un detalle, hacer un jesto de aprobacion y luego volver á su trabajo, que parecia absorberlo en un éxtasis de placer.

Sentia vehementes deseos de hablar á aquel hombre, pero me parecia un crimen interrumpir su dulce tarea.

Por fin me decidí y con la estúpida banalidad comun á la gran parte de los hombres que quieren emprender una conversacion dificil, le pregunté:

—Si no interrumpo á V., ¿podré saber que es lo que está dibujando ?

El hombre dejó caer el lápiz que empleára en ese momento en sombrear un zócalo, levantó la cabeza con una espresion de profundo disgusto, fijó en mí sus grandes y mansos ojos y dijo con dulce voz y templado acento :

—Bueno : me iré.

Y lanzó un suspiro, empezando á recojer sus útiles con admirable sangre fria.

—No, caballero, no, por Dios! Nunca me perdonaria mi imprudencia. Si ama vd. la soledad, estoy pronto á retirarme, y puedo garantir á vd. no haber tenido la mas leve intencion de molestar á vd.

—No se ajite vd. señor ; esto es muy sencillo. Desde que yo dibujo de noche, debe ser prohibido en Edimburgo dibujar á esta hora, luego tengo que irme : es natural.

—Primeramente, señor, siendo estrangero como soy, ignoro si hay alguna disposicion prohibitiva respecto á dibujar ó trabajar de noche, y en segundo lugar yo no encuentro ningun género de naturalidad en que vd. se vaya ahora mismo.

El nocturno dibujante me miró con cierta espresion orijinal ; habia en ella algo de la compasion que experimenta el hombre que habla á otro de cosas que no comprende.

Luego sonrió dulcemente, y dijo :

—Conoce V. la leyenda del Judio Errante?

—Si, señor.

—Cree V. en ella ?

—No.

—Pues . . . míreme V. y crea.

En efecto, creí ; pero lo que creí fué que me las había con un loco ó por lo ménos con un monomaniaco.

Empezé á arrepentirme de haber hablado á aquel hombre ; siempre la locura es un espectáculo triste y sombrío ; la criatura que ha perdido la razon, es como el astro cuya luz se ha estinguido ; jira en el espacio envuelto en las tinieblas !

El hombre me miraba ; prosiguió :

—Loco, no es verdad ? no, señor. V. es extranjero ?

—Americano . . . del Sud.

—Perdon si pregunto : ha estado V. en Lóndres ?

—Quince dias.

El hombre respiró libremente ; se levantó ; vino á mí y tendiéndome la mano, me dijo :

—Soy un hombre honrado ; me llamo Jorge Travel (1) y mi nombre es una predestinacion. Estoy solo en Edimburgo, donde me llamo Maximiliano Price. Contaré á V. mi vida, sencilla, pero curiosa, si quiere V. ser mi amigo.

(1) *Travel, viage.*

Una mala idea cruzó mi espíritu: tendría delante de mi un aventurero vulgar, de esos que tantas veces habia encontrado en Viena, Paris, Roma ó Nápoles?

Talleyrand decia que era necesario desconfiar de las primeras impresiones, porque eran las mejores; yo desconfié de la mia porque era baja y mala.

Miré aquella frente ancha y abierta, aquella franca mirada y siguiendo un impulso irresistible de mi alma, tendí á mi vez la mano.

Eramos amigos.

V

Fácil me fué al dia siguiente cambiar de hotel, yendo á vivir en el que se habia alojado Jorge, algo mas modesto que el mio.

Por espacio de cinco dias, recorrimos juntos la ciudad y sus alrededores, estudiando las ruinas, buscando el pensamiento del pasado al través de los monumentos históricos y haciendo vida de artistas y poetas.

Jorge era un carácter anjelical y una inteligencia clara y serena. A mis arranques, oponia sus reflexiones; á mis reflexiones, oponia su fé.

Habiamos ido á comer una tarde á una pequeña aldea, que dá sobre el mar, que si mal no recuerdo, se llama White Cottage, célebre por las encantadoras perspectivas que ofrece á la vida.

Comimos alegremente hablando de viages y artes y discutiendo sobre dos escuelas de pintura : la Flamenca y la Italiana. Naturalmente, yo sostenia la última y hacia lo posible por desacreditar la inspiracion de esos honrados holandeses, buenos bebedores de cerveza, excelentes padres de familia, sábios ciudadanos, pero poco iluminados por el fuego divino, apesar de Rubens, Teniers, Van-Dick, Quentin Massys y muchos otros que Jorge exaltaba al rango de dioses, en su tranquilo entusiasmo.

Cuando discuto, me acaloro. Recuerdo que en es Colegio, donde formé constantemente en las filas de Cartago, tuve una lucha á puñetazos á consecuencia de haber insultado á un Romano en mi teson de defender á Anibal contra Scipion.

Jorge calmaba mis arrebatos con su plácida fisonomía y su palabra suave.

Natural era pues, que gustase mas de las sencillas escenas religiosas de Quentin Massys ó de Huber-Van-Dyck, que de las batallas de Salvator Rosa ó los martirios del Spagnoletto.

Las cándidas diabluras del pincel jugueton de Gerôme Basch, hacian su delicia y no comprendia que pudiera llegar mas allá la malicia humana.

A Miguel Angel lo consideraba como el cobarde considera al valiente ó el valiente al cobarde : sin comprenderlo.

La ley eterna del contraste nos unia : dos espíritus semejantes se rechazan : dos opuestos se atraen ; es el principio eléctrico.

Habíamos concluido de comer y ya estábamos concluyendo de discutir, á consecuencia de un arrebato mio, cuando trajeron el “Times” que acababa de llegar.

Lo recorrí, leí las noticias y telégramas, uno de los cuales se referia á mi tierra, aunque bajo el título de ‘Brazils,’ y, segun mi costumbre, busqué los anuncios caprichosos.

Estuve feliz, porque topé con uno original que luego de recorrer con la vista, leí en voz alta á Jorge.

VI

Decia así :

“ J. T. en el mundo—Pobre hijo mio, el cielo ha sonreido, vuelve ya. M. ha partido hace un mes para las Indias con H. que la ama. La infinita bondad de tu alma ha encontrado recompensa. Desde hoy la vida te sonrie. Vuelve, vuelve á abrazar á tu anciana madre. M. 3 de Mayo de 1846.”

Cuando concluí de leer, miré á Jorge ; su fisonomia estaba agitada y dos gruesas lágrimas caian de sus ojos elevados al cielo, como si levantára una ardiente plegaria.

—Jorge, Jorge, qué tiene V ?

—Tengo, amigo mio, que la hora de la tranquilidad ha llegado : es á mí quien llama mi santa madre.

—Luego este anuncio ?

—Sí, á mí se refiere. Esa fecha es la del día en que nací.

Quedé profundamente impresionado mirando á Jorge; una espresion de íntima alegría se pintaba en su rostro ; era feliz.

Como yo lo mirase tenazmente, pareció comprender mi pensamiento, y me dijo:

—Esto necesita una esplicacion, no es verdad? Creo que ha llegado el momento de narrar á V. los pocos episodios de mi vida, sencilla, pero agitada. Oígame usted.

Como V. sabe, he nacido en Lóndres. Mi padre era un honrado y pobre comerciantè, que murió dejándonos una pequeña fortuna á mi madre, mi hermano Harry y á mí. Tenia yo veinticinco años cuando murió, siendo Harry dos años menor que yo. Viviamos felices y tranquilos, cuando un dia Harry nos comunicó que se casaba. Fué un golpe para todos, que no esperábamos semejante cosa.

Yo amaba á Harry como á un hijo: mi naturaleza es esencialmente cariñosa y expansiva y uno de los mas grandes placeres de mi vida es encontrar una persona mas en el mundo á quien amar.

Harry era digno de ser querido : cariñoso, franco,

con cierto tinte caballeresco y de una dulzura de carácter admirable. Me interesé como era natural, en que me contára cómo se habia enamorado y con quién pensaba casarse. Entonces, con ese placer con que los amantes cuentan la dulce historia de sus amores á las personas que saben las oyen con placer, me narró que en una de las mas bonitas villas que rodean el Palacio de Cristal, habia conocido á una bellísima criatura, á quien habia tratado, visitado y pedido, sin comunicarnos nada por el placer de la sorpresa.

Para abreviar, diré á V. que Harry se casó y vino á vivir á casa con su bella esposa. Margarita era buena indudablemente; pero tenia un defecto, que en las mujeres de la época y sobre todo en las niñas inglesas, es capital:—era romántica. Habian llenado su cabeza de fantasmas é ilusiones los libros que habia leído, y no podia conformarse con ser una buena esposa y mejor madre, sin que un solo sacudimiento agitase su vida celestialmente tranquila.

A los seis meses de casado, Harry tuvo un pequeño disgusto con Margaret: esta se empeñó en que Harry la llevára, disfrazada de hombre, á una lucha de *box* que se anunciaba en el condado de Lancaster, aunque el sitio era oculto. Harry primero la quiso disuadir suavemente, luego se burló de ella y por último, ante su insistencia, se negó categóricamente.

Margaret cambió para él desde ese dia y no sin

cierto desagrado, noté que buscaba mi compañía más á menudo que ántes. Mi madre observaba y sufría en silencio.

Yo hacia todos los esfuerzos imaginables por venir á casa lo ménos posible ; creía comprender la venganza de Margaret y á la vez que me indignaba, sentía un agudo dolor. Margaret era una mujer soberbia y su viciada educacion intelectual le allanaba el camino de todos los caprichos y estravagancias.

Una tarde dibujaba en el jardin. Harry habia ido á Richmond y mi madre estaba en su cuarto algo enferma. De pronto sentí pasos tras de mí y vi á Margaret que se adelantaba algo agitada. La saludé con una sonrisa y seguí mi trabajo.

Margaret llegó hasta mí : se apoyó con ambos brazos en el respaldo de mi silla y abrazando mi frente con su aliento, mientras sentía su seno palpitar sobre mi hombro, me dijo con dulce voz :

— Qué pintas, Jorge ?

— Una escena pastoril.

— Sí. . . . — prosiguió con voz entrecortada, — ahí hay vida, hay alma, se siente, se sufre, se ama. . . . Jorge. . . .

Yo me levanté haciendo un esfuerzo ; los oidos me zumbaban ; tenia la vista nublada y la miserable condicion de nuestra raquítica envoltura, luchaba con la voz soberana del espíritu.

Cuando levanté los ojos, ví á mi madre que me

llamaba de una ventana. Corrí á ella y la encontré sollozando en un sofá.

—Jorge, eres bueno y me amas. Tú no quieres que yo muera desesperada, que este hogar tan sereno ántes, se convierta hoy en un infierno. Hoy mismo vas á partir, hijo mio ; tu madre, en nombre de la paz de tu vida y la de mi otro hijo, te lo ruega.

No necesitaba tanto : á la mañana siguiente partí para Liverpool, donde me embarqué para Nueva York. Tenia allí un tío comerciante y resolví ir á trabajar con él.

Desde este momento, amigo mio, mi vida ha sido una contrariedad no interrumpida. Figuraos que yo, el mas tranquilo de los hombres, he tenido un duelo en Estados-Unidos. Un impertinente tuvo la peregrina idea de suponer que yo pretendia enamorar á su mujer : el hecho era que mas de una vez, inocentemente, habia acompañado á un compañero de oficina en sus escursiones amorosas. El marido ofendido me dió un bofeton en un hotel, tuve que romperle un brazo de un tiro y salir de Nueva-York naturalmente.

Me embarqué para Francia y llegué á Burdeos, sin tener una sola relacion y muy escaso de fondos : me emplée en un diario satírico, político, el que fué recogido al mes, deportados sus redactores, escapando yo milagrosamente. Tuve que abandonar la Francia y pasar á Venecia, donde, haciendo detestables cópias

logré ganar algo para vivir. Los austriacos, que quisieron complicarme en una conspiracion patriótica, me quitaron mis pobres medios de subsistencia, lanzándome á recorrer la Italia, ya de pintor ambulante, ya de profesor de inglés.

Por fin, en esa necesidad fatal que hay de ver la patria, me embarqué en Génova en un buque con destino á Glasgow. Desde allí he venido á Edimburgo, donde, como V. sabe, hace pocos dias me encuentro.

En todo el tiempo de mi peregrinacion, no he tenido una sola noticia de mi familia. Creí un deber evitar toda comunicacion que pudiera hacer fracasar el resultado de mi sacrificio.

Hoy, Dios me ha sonreido y mi buena madre me llama á sí.

Bendito sea el nombre del Señor!

VII

Al dia siguiente, nos embarcámos juntos con Jorge para Lóndres.

Me ligaba ya con él una verdadera amistad.

Muchos años han pasado ; aun hoy, recuerdo con placer el plácido carácter del escelente amigo y cada carta suya es un soplo de cariño que liga nuestras almas á través del Océano.

CARTAS A UN AMIGO



PRIMERA

Poco ántes de ir á tu estancia, á emprender la vida patriarcal del hombre de campo, me pediste te escribiera continuamente sobre los sucesos que ocurrieran las novedades que imperaran ó la corriente de ideas que prevaleciera.

Serán ráfagas de vida que llegarán á mi sepulcro, me decias—No olvides á éste infeliz asceta, que en las horas tristes, cuando la naturaleza se entrega al reposo y todo respira el sopor melancólico de la tarde, tiene forzosamente que caer bajo el imperio de esa poesia profundamente desconsoladora que preside las grandes escenas de la soledad y el silencio.

No te he olvidado, no.—Pero entre las evoluciones de la política, el vaiven de los partidos y las repugnan-

cias de la prensa, se ha formado un conjunto tan positivamente desagradable, que he preferido abandonarte á tus ovejas y novillos, que impregnar tu espíritu del desaliento que me anima.

Esa determinacion tiene por oríjen la idea que te has formado de mi fuerza intelectual; tu naturaleza dulce y cariñosa, tu amistad inalterable por mí, te han impulsado á darme en tu espíritu un puesto tal, que temo te habitúes á vivir de mis pensamientos, aceptándolos de lleno, sin entrar á analizarlos.— Esa indolencia mora es perniciosa: te aconsejo que la abandones.— Ten siempre tu juicio propio, aunque para formar lo tengas que desplegar todas tus facultades, cuyo reposo guardas con demasiada solicitud.

En tu última carta me pedias no te hablára de bailes ni de manifestaciones: prefieres libros y música.

Eres bondadoso: no solo sufres que te hable constantemente de mis cominos, sino que tú mismo me sacas la conversacion! A ese paso, serias capaz de pedir á un General te narrará sus campañas.

El último libro grave que he leído, viene de Francia... siempre el espíritu ha de irradiar de ese cerebro!

Es de Victor Hugo y se titula "Noventa y tres."

Tienes el autor y el título de la obra: creo que esto me exime de darte un análisis—A mas, no te enviaré ese libro, siguiendo la vieja costumbre establecida

por tí mismo de no leer sino lo que yo te recomiende —Conoces de Hugo sus poesías (las primeras, se entiende, las Odas y Baladas, Cantos del Crepúsculo, etc. y no esos estremecimientos sibilinos, espasmos nerviosos que ha publicado bajo el nombre de “Castigos”, “Napoleon el Chico” etc.) conoces sus buenas poesías, sus buenos dramas y el libro colosal que quedará como un timbre de honor para la raza humana: “Nuestra Señora de París.”

Royer-Collard, siendo decano de la Academia Francesa, recibió un día la visita de Alfredo de Vigny que, con su “Chatterton” y su “Otello” en la mano, aspiraba á una de las cuarenta banquetas que inmortalizan.

Viejo en regla, de aquellos que sostienen que en sus tiempos las mugeres eran mas lindas, los hombres mas bravos y los pepinos mas sabrosos, Royer-Collard rechazó las obras de Vigny, diciéndole por toda explicacion—“A mi edad, señor, no se lee; se relee.”

Esa frase como el “J'ai vécu” de Sieyes, me ha parecido siempre una tontera, una nimiedad, una . . . frase, en fin.

Decir “á mi edad, señor, solo se relee” en momentos en que Manzoni, Leopardi y Giusti cantaban en Italia, Macaulay aparecía en Inglaterra, Heine embalsamaba la Alemania y Hugo, Dumas, Musset, de Vigny, Balsac etc. improvisaban un mundo al lado del cual el

Siglo de oro (Racine, Corneille, Molière, etc.) se desvanecia en el horizonte, me parece tan pobre idea, como la del que rehusára ver los “Macabeos” de Cesari por haber contemplado una vez la “Acension” de Rafael.

Como algunos de nuestros viejos políticos que se han plantado en el año 52 y que fruncen el entrecejo cuando los que hemos venido á la vida sin ódios ni rencores, aceptamos el concurso intelectual de Lopez, Irigoyen y Saenz Peña, los viejos clásicos franceses se hubieran sacado los ojos ántes que oír decir en la escena del Teatro Francés, el enérgico verso de Hugo, en “Hernani :”

Trop pour la concubine et trop peu pour l'épouse.

Royer-Collard, metido entre los griegos y sus imitadores franceses, no esponia su frente por nada á las ráfagas viriles del espíritu moderno, ni aun asomaba su cabeza para ver desflar el magnífico panorama de Shakespeare. . . .

Cuando te cité la frase del viejo académico, queria decirte que si bien la idea que encierra no debe aceptarse en absoluto, sea cual fuere el número de años que hayamos vejetado, hay momentos en que debe aplicarse y es uno de ellos el caso presente: en cuanto á Victor Hugo, no leas, relea.

Y mucho me engaño, mi buen amigo, ó los que son jóvenes, no tendrán que leer en su vejez, si el movi-

miento intelectual en el mundo entero permanece en el estado en que se encuentra.

Son curiosísimos esos florecimientos rápidos, raros, extraordinarios que se operan en el seno de los pueblos en momentos fujitivos de su vida : parece que el espíritu oprimido y condensado por varios siglos, hiciera de pronto magnífica esplosion.

En cincuenta años (estudia y confronta las fechas) nacen en Italia Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci, Andrés del Sarto, Benvenuto Cellini, Ticiano, Juan Bologna (francés de oríjen, pero alma italiana) etc. La pléyade, en fin, que glorifica el arte italiano.

En medio siglo, despues de épocas históricas enteras, en las que solo se destacan las figuras, grave y serena la una, burlona y agitada la otra, de Montaigne y Rabelais, aparecen en Francia Boileau, Racine, Corneille, Molière etc.

Los enciclopédicos, no formaban una cohorte?

No hay en la historia de las letras épocas que se llaman siglos de Augusto, de Pericles etc.?

Observa un momento la literatura alemana : los ‘ Niebelungen ‘ se pierden, como las rapsodias griegas de la antigüedad, en la oscura noche de su cuna. Esos cantos populares, traducidos del antiguo franco-sajon y de éste al moderno aleman, cuando Lutero improvisó un idioma junto con una religion, han basta-

do durante diez siglos é mas al alimento intelectual de esas inmensas multitudes que se agitan en el vasto territorio del viejo imperio.

De pronto, el espíritu comprimido, estalla : Klostok aparece en la última mitad del siglo XVIII, su “Mesiada” sacude el corazon de la Alemania y en ménos de veinte años se levanta la falange colosal : Goethe, Schiller, Wieland, Ulhand, Burger, los dos Schelegell, Kœrner, el Tirteo de la guerra santa, y tantos otros que forman la cadena que se cierra brillantemente en Heine.....

Y en Francia, entre éstas dos fechas 1800 -1830 ?

Felices los que nacen en esos momentos de gloria : viven rozándose con los príncipes del espíritu !.....

Me querrás decir cómo he caído en esta disertacion pedantesca, é inútil, puesto que tú sabes tan bien como yo las cosas de que te hablo ?

En definitiva, eso no seria una razon, porque tú conoces de memoria el “Fausto” de Gounod y mas de cien veces, á tu vista y paciencia, he asesinado cobardemente, porque el autor no estaba presente para vengarse, la serenata de Mephistophéles.

A propósito de Gounod, sabes qué lo han tenido preso por deudas en Lóndres ?

Y llaman originales, y generosos y pródigos á los ingleses ! No somos ricos, en general ; pero detén en media calle un jóven cualquiera y pregúntale : Coo-

peraria vd. en algo para evitar que el autor de “Fausto” sea puesto en prision por deudas?—Tengo la seguridad de que te ofreceria un mes de su trabajo.

Poner preso á Gounod! Si hubiera sido ministro de Relaciones Exteriores en Francia, declaro *casus belli* semejante atentado.

Te hablaba de libros : adjuntos encontrarás dos—*Monsieur, Madame et Bébé y Entre nous*, ambos de Gustavo Droz.

Que no te alarme el título ; aunque parece un *réclame*, el autor no ha ahorrado talento.

Verás tambien que lleva sesenta y tantas ediciones : tampoco te alucines. “*La femme de feu*” disparate execrable en un tomo, de un Señor Belot, ha tenido cerca de ochenta.

Abre el volúmen y lee.

Desde luego, es un libro nuevo, de un autor nuevo.

Comprendes bien ? No te enamora entrar en un campo desconocido, libre, sin trabas, suelto tu espíritu para juzgar y gozar con independencia amplia y completa ?

Los pasajes oficialmente sublimes no son allí conocidos, allí no hay *quos ego. to be or not to be, qu'il mourût* etc. etc. ni los pensamientos aquellos que consagraba Boileau y que hacian trinar á Teófilo Gautier en sus “Grotescos.”

Droz es espiritual como Beaumarchais ; en el estilo tiene la encantadora lijereza de Dumas y en la pintura de cuadros sociales alcanza á Balsac y Dickens.

Creo que basta para que leas sin cuidado ese libro.

Entre las toneladas de papel impreso que nos llegan diariamente de Europa, hay algunos libros buenos ; pero son hoy tan conocidas las reglas para fabricar un volúmen, que se puede decir de las obras que aparecen constantemente, lo que un célebre crítico alemán de los ensayos poéticos de los sucesores de la pléyade de Gœthe y Schiller. “En el dia, es extraordinaria la cantidad de buenas poesias que se publican y no se encuentra un solo poeta.”

Esto va tomando proporciones colosales ; ántes de concluir, te diré, que nadie habla de política y sin embargo las discusiones de Club, sobremesa y café se van agriando mas y mas.

Estamos como los Capuletti y Montechi de Verona ó como . . . los Dávilas y Gordillos de la Rioja.

Han llegado dos compañías líricas.

En mi próxima te hablaré de óperas, teatros, opiniones, etc. etc.

Adios y cuida no destruyan los nidos de perdíz.

Tu afmo.

Mátho.

SEGUNDA

Te prometí en mi primera hablarte de música.—Aquí entre los dos y pidiéndote secreto respecto á mis opiniones, me atreveré tal vez á manifestarte algunas ideas, por las cuales seria condenado á garrote vil por un tribunal compuesto de *operistas* ó á ser quemado vivo por un jurado de *colonistas*.

La frase será todo lo vulgar que quieras, pero es exacta : en materia de música, las papas queman.

Los hombres mas sensatos, los espíritus mas distinguidos, los jóvenes mas cultos te plantan una groseria en media cara á los dos ó tres pasos de discusion musical.

No es ésto solo ; como los merodeadores en los dias de batalla, como los alguaziles que solo aparecen en las tormentas, las ranas con la lluvia, ó los mariscales en la víspera de una guerra, ha brotado de entre las columnas de los diarios, como el musgo de entre las grietas de las peñas, una multitud atroz de críticos musicales—Y para que la droga sea mas fuerte y su efecto mas enérgico, ha reventado una gaceta musical. de que no te hablo porque no me vas á creer.

No quiero referirme á ningun individuo en particular, ni es mi intencion indicarte á nadie ; de todas maneras, ten la bondad de reservar esta epístola familiar

para tí solo, porque su publicidad podria traerme algunos disgustos por equivocacion.

Voy á decirte lo que es y como se forma un crítico entre nosotros y te aseguro que no es invencion pátria el tal sistema.

Es una noche de *début*; el empresario que ha cobrado adelantado todo el importe de la temporada, que ha echado sus cuentas y reflexionado profundamente sobre la importancia positiva del desarrollo del gusto artístico del pueblo, se pasea con satisfaccian por el vestibulo del teatro durante un entre acto.

El aspirante á crítico se pasea tambien con la majestuosa fisonomia del que aun no ha fallado.

Apercibe al empresario.

—Oh! caro maestro! (El empresario á veces suele ser maestro y á veces no; pero como el aspirante necesita hacer su entrada en italiano y la frase “caro maestro” es clásica, resulta que la contingencia de la maestria del empresario desaparece y queda siempre una afirmacion absoluta.)

—Oh! mio caro amico! Ha oido el primer acto?

—Sono venuto un po tarde e non he potuto trovare ne meno un sol *tertulini* (!)

—E come lei, siempre mi amigo! Mañana mismo le mando una luneta por temporada. pues no faltaba mas. á propósito: siempre conserva Vd. relazioni cói giornali, eh!

— Abbiamo qualme amici nella prensa que.

--Doman avrete la vostra luneta.

Dios hizo el mundo en siate dies ; un empresario hace un crítico en cinco minutos.

Tú comprendes que ese hombre, ligado por el vínculo de la gratitud al empresario, encuentra á la segunda funcion á Monteverde notablemente mejorado de voz, á la Molina (la famosa cori-fea) con perfil griego y agilidad en la garganta y á Vanini con pié chico.

A veces sucede que el crítico ha viajado aunque no sea por Oriente como Lamartine, un compatriota y Chateaubriand pero que en fin, conoce algo de Italia —Suele suceder tambien (porque no hay tabla de lagarítmos que alcance á calcular las combinaciones humanas) que una tia de la contralto haya obsequiado en Nápoles á nuestro crítico con un plataso de macaroni ó un menestron de aquellos que en vez de ser comidos, nos comen el estómago íntegro.

Entonces la inspiracion del crítico toma un tinte mas poético y su gusto artístico, mesclándose al recuerdo del menestron, produce un conjunto tal que, sublimándose el autor, se cree transportado á un mundo superior y mirando por encima del hombro al pueblo, firma : *uno que fú,*

Entiendes ? *Uno que fú.*

Cualquier botarate que no entendiera jota del con-

trapunto y tuviera la maldita mania de completar pensamientos ajenos, leería así: *uno que fú... carnicero ó conductor de atmosféricos.*

Calumnias, puras calumnias; generalmente el crítico, como diría Beaumarchais, es un hombre honrado, que con un poco de talento, habría llegado á ser un escritor mediocre.

A mas, la eleccion del pseudónimo con que se ha de firmar una revista teatral, es un escollo sério.

La prima-donna, por ejemplo, en ves de cantar, gruñe—Pero es gorda y el crítico, que generalmente es flaquísimo, tiene una propension invencible á las gruesas.

Claro! se enamora de la soprano y al dia siguiente de dar Yona, firma Glauco, como habría firmado *perro judío* si las circunstancias se lo hubieran exijido.

Quieres una muestra de crítica musical?

Ahí va un *extractum liebíg criticorum.*

“Anoche se cantó “Il Trovatore” esa creacion portentosa del inmortal Verdi. La Berrutini, tan bella como simpática, se sobrepasó á si misma—Como atacó el “Tacea la notte placida”! Era un canario! Y luego, en las transiciones! En la frase que viene precisamente 127 compases despues del acorde unísono que precede á la fuga en *lá* del terceto, llegó á la altura de las reinas del arte.

“Manflorini, en su rol de Manrico, ha tenido momentos verdaderamente sublimes. En esa melodía original, profunda, verdadera joya de la música filosófica “di quella pira, l'horrendo fuoco” lanzó el famoso *dó* que produjo fanatismo. Manflorini es jóven y ya deslumbra: su génio lo hará inmortal.

“Gritone ha interpretado de una manera tan perfecta el difícilísimo rol de Conde de Luna, que cuando lanzó toda su potente voz para cantar el pasaje de fuerza “il balen dil suo sorriso” el público se entregó á un entusiasmo ilimitado.

“Como Azucena, la señorita Gambrossa, ha comprendido de una manera tal el espíritu del poeta al crear esa criatura original, que mientras cantaba su *schërzo* del segundo acto, se cayó tres veces al suelo. Sabido es que esa es costumbre inveterada entre los gitanos y que la señorita Gambrossa, polaca de origen, no podía ignorar.

“El maestro Alborata al frente de la orquesta, ha asentado una vez mas la fama gloriosa conquistada en la bella Italia.

“Los coros, inimitables.

“La mise-en-scène, irreprochable.

“Felicitamos á nuestro distinguido amigo el empresario Caquini, por los momentos agradables que nos ha proporcionado.

“Esperamos suba cuanto antes á la escena de nuestro

gran coliseo la ópera del inmortal maestro Apolloni, titulada *L' Ebreo* que ha colocado el nombre de su autor al lado de los de Mozart, Meyerbeer, Marchetti y Rossini."

Ahí tienes, pues, una crítica: pon al pié: "Uno que fú", "Adda" ó lo que quieras y tendrás una revista como las que aparecen todos los dias.

Pero noto que prometí hablarte de música y de todo me he ocupado ménos del arte sublime.

Te diré, pues, que tenemos dos compañías líricas sobre las que paso, crítico á mi vez, á darte mi juicio imparcial.

Desde luego será mejor que lo deje para el próximo correo, porque no quiero fatigarte con largas cartas.

Hasta la vista: si te preguntan mi domicilio, dí ante todo que se tirar muy bien las armas y que soy muy fortacho. Los críticos, amantes de la estética griega, se detendrán tal vez ante mi robustez.

Tuyo affmo.

MÁTHO

TERCERA

En las poéticas márgenes del Rhin, el rio sagrado de la Alemania, corre una leyenda encantadora, nacida en el espíritu de un poeta, en un momento de éxtasis.

Helada, desgarrado el corazón, rojos los párpados, una madre se encuentra reclinada sobre la cuna de su pequeña hija, muerta ya.

Se halla en una choza solitaria, abandonada en medio de un desierto de hielo:—por la entreabierta ventana, entran pequeños copos de nieve que van á azotar el inmóvil rostro de la madre.

La rubia criatura ha cerrado ya sus ojos azules; sus manecitas penden yertas y el sonrosado color de sus frescas mejillas, ha desaparecido ante la intensa palidez de la muerte.

El viento silba fuera; los árboles gimen y las aves nocturnas huyen despavoridas, lanzando su quejido lastimero.

La naturaleza entera parece sollozar y el sufrimiento infinito de esa pobre madre, semeja una nota perdida del colosal canto del dolor.

Ante el cadáver de su hija, ya no reza la madre desgraciada. Cuántas veces ha llamado á Dios! Cuántas quedó sola, triste y abandonada!

Ahora pide la muerte, el olvido; su alma empieza á confundirse y el agitado espíritu comienza á entrever las visiones pasajeras de los sueños.

De pronto, la tierra se ilumina; la nieve que cubre los árboles se transforma en el rosado tinte del último rayo de sol á la caída de la tarde; los vientos callan, un suave calor templá la atmósfera y por fin, llega á los

oidos de la estática madre, una armonía divina, trayendo entre sus ondas el timbre de una voz angelical.

El dolor ha desaparecido y la frente há poco cargada de las nubes del sufrimiento, irradia esplendorosa. Y la música celestial, ténue, deliciosa, suave como el murmullo de las alas de un ave atravesando los aires, viene á infundir la paz y la esperanza en el alma de la doliente madre.

El Universo se ha borrado para ella; tiende anhelante el oído, se arrastra hácia el mágico canto y en el éxtasis divino, cae sobre el cuerpo de la muerta criatura!...

Y el primer albor de la mañana alumbra dos cadáveres!

Oh! en esa dulce leyenda está el apoteosis de la música!

No hay dolor sobre la tierra, no hay amargura, que no se disipe fugazmente, cuando se hunde la cabeza entre las manos y se oye una melodía melancólica cantada por una mujer de corazón.

El espíritu abandona el mundo y bajo la influencia del canto, parece entrever un pedazo del cielo. Se sueña, se habla con esas mentidas fantasmas que pueblan la imaginación en los delirios de la noche.

La música, para las almas que saben gozarla, para las que comprenden el tesoro inagotable de sensacio-

nes esquisitas que encierra, es una necesidad absoluta.

Hay plantas que mueren cuando falta un rayo de sol que caliente sus hojas heladas; hay insectos que viven de la gota de rocío que cae del cielo.

Así, para los espíritus delicados, la música es una imprescindible necesidad, es el alimento intelectual, es el rayo de sol de la planta. . . .

Escribo en este momento, contemplando cuatro retratos que penden de las paredes de mi cuarto, y que parecen mirarse con la simpatía del génio.

Son cuatro maestros.

Tres de ellos han pasado ya sobre la tierra y á la manera de un rayo de luz, se han estinguido,

El otro, aun se agita entre los hombres.

Bellini, el espíritu ideal, el ángel humano, destaca su bello y armonioso rostro, animado de la inspiracion celeste.

Lo miro y los cantos de Norma murmuran en mi alma; la Sonámbula, como una mágica vision, pasa por mi espíritu y creo entrever la vaga figura de Beatriz.

Bellini no era un cantor del mundo; su música tenia algo de vaporoso y aéreo, propio de esas melodias místicas que las concepciones religiosas imaginan en los cielos.

Fué un astro que irradió un instante y se hundió en las tinieblas.

Brillaste y te perdiste,

En la noche de paz, meteoro triste!

Luego vienen Rossini, el maestro, el gefe, el creador, Verdi, el de la inspiracion enérgica y Donizetti el... padre de Lucia, Lucrezia y Favorita.

Amo á Donizetti sobre todos los maestros italianos. Su espíritu es simpático al mio.

Otros, prefieren la pasion foga, el grito incoherente de Verdi, necesitan sensaciones violentas y ásperas y su sentimiento se armoniza fácilmente con el estilo enérgico del autor de Macbeth.

Los amantes de la forma se encantan con Rossini y sus obras, artísticamente completas, especies de vasos cincelados por una mano maestra, preciosas filigranas, música tejida como el aire de Horacio, le son predilectas.

Son los cariños individuales que no responden mas que al gusto propio, formado por el temperamento, por un recuerdo querido que viene siempre ligado á tal ó cual trozo musical.

A este propósito, recuerdo que tu me contabas que aun conservas en la memoria un aire campestre, oido en una noche feliz para tí. Que bastaba que lo tarareases en tus momentos de desesperanza, para que vieran como un perfumado recuerdo, las horas inolvidables de la juventud trayendo la calma á tu espíritu. Para tí, la música de Meyerbeer, Gounod, Mozart ó

los italianos era pálida y descolorida, al lado de esa sencilla y primitiva canción.....

Lo repito, amo á Donizetti sobre todos los maestros italianos; pero si bien la Italia es para mí la tierra bendita de la inspiracion, si el nombre de ese suelo que ha fatigado la historia, reina absoluto en la region del arte, tengo allá en el fondo del alma, un cariño mas grande, una adoracion mas intensa. Miembro de la raza latina, siento en mi espíritu un profundo consuelo: quisiera que los hombres que venero, hubieran todos pertenecido á la gran familia de la raza de mis padres, como quisieramos que todos los astros bellos del cielo, se reunieran para brillar en el firmamento de la pátria.

Y mis dioses humanos se llaman Meyerbeer, Shakespeare, Miguel Angel, Gounod y Byron! Solo dos latinos!

Donde hablan ellos, todo calla á mi espíritu.

La poderosa inspiracion de esos atletas parece una luz intensa que irradiando de pronto, destruyera el efecto encantador de los cambiantes caprichosos del horizonte en una tarde de verano.

Bellini amaba como deben amar los ángeles y los hijos de su espíritu pasan siempre rozando la tierra; pero los de Gounod aman como quisieran amar los ángeles.

Y si el pensamiento pide su parte en el festin, si el alma necesita sacudimientos tremendos, al lado de delicias serenas, la figura de Meyerbeer se destaca grandiosa como la imágen del profeta Elias en el cuadro soberbio del Buonarrotti.

.....
.....

Estás, mi buen amigo tan habituado á los caprichosos giros que toman mis ideas cuando empiezo á escribirte, que escuso una vez mas pedirte perdon por estas digresiones románticas que tanto me dominan.

Tu querrás y en ello encuentro que usas de un perfecto derecho, que en vez de poner los ojos en claro hablándote de Donizetti, Gounod, etc., etc., te dé cuenta lijeramente de lo que pasa por estos mundos, tan léjos para tí.

En Colon se ha dado Hernani y Julieta y Romeo....

No tiembles de emocion, porque no es la partitura de ese nombre, de Gounod ; es la de Bellini.

En *Hernani* hemos oido:

A la Mariani—Delicadeza, gusto, sentimiento, reflejándose en una voz pura y simpática.

A Junca—Soberbia figura! Primer acto (Infelice, tu credebí, etc.): cantó de una manera á tenerle envidia á los que lo oyeron hace veinte años.

En el último acto, un maldito ataque perlático que

le dá regularmente siempre que se canta el *Hernani*, destruye un tanto el efecto del *tercetto* final.

Algunas señoras (de aquellas que calzan 43—3 melié) le han pedido que no oprima tanto las manos de la señora Mariani, en lo que tienen razon, y á la empresa que sustituya á Junca por Trivero en lo que dicen una barbaridad, salvo los respetos que me merece el bravo Sr. Trivero.

Olvidaba decirte que el Sr. Bassi sigue batuteando de memoria.

Pero el verdadero acontecimiento musical ha sido el debut de la Sra. Biancolini, en *Romeo y Julieta*.

Es una cantatriz de la vieja escuela, de aquellas que pasaban la mitad de su vida estudiando para contentar á Rossini durante la otra mitad en sus rôles erizados de dificultades.

Dá las notas altas (en fraseologia musical á la moda te diria: ataca los agudos) con una precision y fijeza admirables y cuando descende á las últimas notas de contralto, tomas involuntariamente el antejo para ver si tiene patillas.

Es una gran cantora y si su voz fuese homogénea en vez de flaquear en las notas medias, seria un portento.

No puedo pasar en silencio á la Sra. Durand. Tu comprendes que cantando al lado de la Biancolini, se hacian indispensables esfuerzos inauditos por su parte para conservarse á una altura digna: lo ha conseguido

cantando su delicadísima parte de Julieta con gusto y elegancia.

Con su traje blanco y azul, ceñido al cuerpo, airoosamente recojida la falda por un cordon de oro, estaba tan bonita, que de hoy á mañana espero media docena de revistas teatrales firmadas por otros tantos Romeos.

La ópera en general salió bien, aunque en verdad hubiera agradecido al maestro Bassi la supresion del alegre final del duo del primer acto—Vulgar y con mas dificultades que el puerto de Buenos Aires.

Estrañarás no te hable una palabra de la Opera. La verdad es que no he ido. Dan funciones el mismo dia en ambos teatros y mientras las dos empresas se empeñen en arruinarse mutuamente, tendré especial cuidado en no hacerlo yo.

Por lo demás, me gusta mas el teatro y la compañía de Colon.

Adios; muy pronto te hablaré de cierta solemnidad que se prepara para dentro de algunos dias. Como se tratará de música, se prohibirá entrar con armas.

ΜΑΤΠΟ

FAUSTO

Un escritor americano, Emerson, dice que todo aquel cuya inteligencia se ha levantado sobre las cosas de la vida hasta la region de las ideas absolutas, todo aquel que ha acercado su espíritu á la luz eterna, no puede caer al nivel vulgar de la vida positiva, sin que su existencia pase en el anhelo constante del infinito.

Esa observacion profunda vino á mi memoria al oir el *Fausto* : todo cae, todo cede ante ese raudal inagotable de poesia íntima, de belleza inimitable—Hay en esa obra un consorcio misterioso é inefable de las manifestaciones mas dignas del espíritu humano : el arte y el sentimiento poético.

Goethe, el parteista griego, resucitó en el mundo moderno el culto estético de la forma que distingue

la civilizacion helénica—Nacido entre una pléyade de pensadores abstractos, para quienes la esencia era el todo y la forma el medio indispensable, logró hacer revivir la simpatía por el arte, medio ahogado entre la fórmula severa de la ciencia y la especulacion árida de la metafísica—Sus *lieder* son poesías fugitivas de una armonía admirable, portentos artísticos para aquellos que conocen el aleman y que admiran hasta qué punto consiguió Gœthe suavisar esa dura lengua.

Pero en Gœthe todo era forma: desde su cabeza olímpica, irreprochable de belleza y armonía, desde su porte altivo, magestuoso como el de un Dios pagano, hasta sus creaciones mas bellas, tienen algo mármóreo, helado, que acaricia el espíritu, atrae los sentidos, pero no se siente en el alma.

En los versos de Gœthe, falta el corazon de Schiller.

Pero ese corazon late en el noble pecho de Gounod—Los hijos de su inteligencia, antes de venir á la vida, se han nutrido en su alma y aparecen en el mundo del arte bellos como una estátua de Fidias, poéticos como una muger del Correggio.

Ambos se completan: Gœthe el arte, Gounod la poesía—La música es la espiritualizacion absoluta de la manifeetacion artística—Empieza el arte en el monumento colosal, el culto de la materia; luego la estatuaria, siempre en el límite material, da un paso

mas acompañando la espresion á la forma, poderosamente auxiliada mas tarde por la pintura, que es un progreso, un triunfo del espiritualismo : la música, por fin, abandonando el campo restringido de la materia, del arte plástico entra en la region absoluta del espíritu y es su teatro de accion el alma.

.....

Los alemanes, entre ellos Heine, han comparado á Goethe con un árbol inmenso cuya sombra deliciosa ha cubierto á la Alemania de un letargo poético. El cantor de los viejos dioses de la Grecia dice que era tan alto ese árbol, que las estrellas parecian sus frutos dorados.

Una rama de ese árbol se ha extendido hácia la Francia y Gounod ha reposado á su sombra. El alma del poeta y la inspiracion del músico, parecen haberse unido á la manera del desposorio de los elementos en la mitología helénica y han dado á luz ese hijo bello como la primer palabra de poesía exhalada por los lábios de la primer muger.

Fausto es el poema mas acabado que el sentimiento humano ha producido ; la belleza perfecta de la forma en íntima armonía con la bella magestad de la idea.

Toda esa escena del jardin, á la *pálida claridad de los astros de oro*, mereceria ser cantada á la presencia del Eterno, como los coros del Adelghi.

Dicen que la cabeza de Gounod ha flaqueado en los

últimos tiempos y que él, el panteísta, se ha encerrado entre las confusas nubes del misticismo. Ah! no se puede tener eternamente una chispa de fuego divino en el alma, sin que se consuma la cáscara miserable que lo comprime; no se puede vivir encima de las cosas de la vida, sin que la inteligencia se haga pedazos en su propio esfuerzo.

Y con todo, el alma del poeta está en armonía consigo mismo; despues de la sublime tempestad, la dulce caída de la tarde, cuando los últimos rayos de un sol desfalleciente, doran las lágrimas del cielo que trémulas penden de las hojas de las flores: despues de la inspiracion vigorosa de *Fausto*, el *Ave Maria*, suave como la aspiracion de una vírgen: despues de la luz de fuego, el éxtasis misterioso!.....

A quieu escribe éstas líneas se le ha criticado mas de una vez su apasionamiento ciego por la obra maestra de Gounod. Se dice que de esas predilecciones irreflexivas, que brotan siempre en el corazon espontáneamente como las ideas en el espíritu, nace una intransigencia sistemada.

Ese cargo seria grave para un hombre dedicado á la crítica, pero no para aquellos que siguen los impulsos de su naturaleza, que tienden la mano á un hombre porque hallan lealtad en su mirada, aplauden un artista porque les toca el corazon ó adoran una muger porque tras los ojos adivinan un alma celestial!

.....

La ejecucion del Fausto como conjunto, no tiene precedente en Colon.—Falta algo fundamental: Mephistópheles, pero ese rol ha sido desgraciado entre nosotros. Desde Bonnetti, que suplía las deficiencias de su voz con su talento de interpretacion, ese papel se ha arrastrado en sus sucesores, incluso el actual, entre una variante fatal de gesticulaciones ó groserias insoportables.

Mephistópheles no es un changador de boca calle á quien se le revienta la faja riéndose á carcajadas porque Fausto “ casa de los cuadriles ” á Margarita, como diria Anastasio el Pollo.—No es tampoco un soldadote de caballeria, compadre y pendenciero que se mete á los bailes á pelear por lujo y que arrastra el sable con un ruido infernal.—Por el contrario es un hombre instruido que cuando Fausto no está en casa, recibe á sus discípulos y les espeta sendas conferencias sobre el microcosmos y macrocosmos, burlándose de la limitacion de la inteligencia humana con estraños giros de lenguaje y teorías incomprendibles.

En una palabra, Mephistópheles es una naturaleza sobrehumana, personificacion abstracta de ese espíritu de malicia irónica, *persiflage* como dicen felizmente los franceses, espíritu que entra en mucho en la organizacion intelectual de los hombres, sobre todo en aquellos para quienes la ilustracion y la cultura no son palabras vacías.

A nuestro juicio es imposible que un artista interprete regularmente ese papel si no ha tenido la prolijidad de leer algo mas que el libreto del Fausto.

Y lo mismo diremos de Margarita.—La pobre criatura no es una vírgen ideal, mística en su pureza aérea—Es ante todo una muger, cuyos sentidos ceden á la embriaguez de una noche de verano en que las plantas y los árboles exhalan voluptuosidades desconocidas—No es una vírgen alemana de cabellos, manos y dientes rubios, como diria Heine, el escritor que á nuestro juicio tiene mas puntos de contacto con Mephistópheles, que tan bien comprende y admira.

Margarita es simplemente inocente, para lo que no necesita el auxilio de la palidez exesiva ó de la exiguidad de formas—Puede tener el torso de una Vénus, el turgente seno de una Magdalena ó el porte de una Aspasia—Sus manos son toscas, porque ella hace las labores mas ínfimos del hogar y es necesario no olvidar que mientras canta la balada del rey de Thulé, está fabricando sencillamente un par de medias.

En eso está la verdad y la belleza de esa creacion que Goethe no vió nacer en su alma fria, pero que se reveló á él en la forma de una dulce niña, de quien el poeta fué el Fausto en los primeros años de su vida.

.....

LOS MÚSICOS DE LA MONTAÑA

Caminaba por una senda caprichosa practicada en el flanco de unas de las montañas mas pintorescas de los Alpes, en Saboya.

Era la hora de la tarde y una calma admirable reinaba en la naturaleza—El paisaje era encantador, como todas las grandes escenas del nacer y morir del dia en las montañas—La soledad predispone á la meditacion y las ideas que nacen bajo la influencia del aislamiento, vienen siempre envueltas en el vago perfume del recuerdo.

Hay un fenómeno curioso, exclusivamente propio de los espectáculos bellos ; el efecto inmediato es una fuerte impresion sobre los sentidos, pero el golpe va lentamente á herir el organismo moral;— mientras la vista ó el oido, si es un cuadro, una estátua ó una ar-

monia, se encantan con delicia, el alma se agita con dulzura, las impresiones de la vida real desaparecen y cae en un ensueño poético, durante el cual todos los recuerdos se agolpan, todas las esperanzas sonrien.

El que es rico en recuerdos, nunca está solo.

No me refiero á esas persistentes impresiones que los grandes sufrimientos ó los momentos de gloria gravan tenazmente en la memoria: un momento fugaz de felicidad, el furtivo contacto de una mano, una palabra impregnada de dulzura, cualquier ráfaga efímera que se encuentra remontando la ola de la vida, basta en ciertas naturalezas para formar un tesoro inagotable en la memoria. . . .

El sol se ponía trás la montaña, reverberando en las nevadas cimas; á mis piés un valle tranquilo se extendía gracioso en su fresco verdor, mientras un hilo de plata lo surcaba en giros caprichosos.

Seguía mi camino por la senda pintoresca, soñando en que ese mismo sol que se ocultaba para mí, llevando el último adios del día, resplandecería en breves horas sobre la frente de los seres queridos.

En ese momento un débil murmullo de voces, mezclado á algunas sueltas y discordantes notas musicales llegó á mi oído, despertándome de la dulce fantasía que me dominaba.

Lo primero que me ocurrió fué que algunos viaja-

ros melómanos, aprovechaban, como yo, la belleza de la tarde para dar un paseo por la montaña.

Debo declarar que esa suposición, á pesar de su naturalidad, era algun tanto aventurada.

Los viajeros de los Alpes me han parecido de una naturaleza especial; son generalmente ingleses y en los dignos hijos de Albion las impresiones, si existen, son tan íntimamente subjetivas, que escapan siempre á toda observacion—Si un viajero inglés que recorre las montañas se levanta al rayar el dia, no es ciertamente para presenciar el portentoso cuadro del amanecer, ni sufrir el golpe eléctrico de lo bello en toda su intensidad—Es porque la noche anterior el guía le ha dicho que partiendo á las tres de la mañana para tal ó cual escursion lejana, se conseguiria llegar á un punto determinado precisamente á la hora de almorzar—Y el inglés se levanta y marcha sin fijarse si el cielo está nublado ó si el sol comienza á dorar las nubes del horizonte.

Es por eso que es raro encontrar á la tarde viajeros paseando en las montañas; el reposo reclama esas horas, que para otros son momentos de vida exuberante.

Tan aventurada era mi idea, que pronto en el primer recodo formado por la espiral de la senda, ví aparecer dos pequeños saboyanos, una niña y un varon que se disputaban vivamente, mientras la fuerza de

la costumbre hacia que los dedos de la una arrancaran notas perdidas á las cuerdas de una arpa pequeña y vieja que pendia á su espalda, y el otro rascára con su arco estridente las cuerdas de un violin mas viejo aun que el arpa.

Parecian tener de diez á once años de edad y la semejanza de sus fisonomias morenas, de grandes ojos negros, pelo lácio y largo, caido descuidadamente sobre la frente y las sienas, revelaba que eran hermanos.

Su traje era el hábito tradicional de esos pequeños músicos ambulantes que hacen la delicia de los poco filarmónicos ginebrinos, que en las plazas y calles rodean solícitos esos violadores inocentes del arte sagrado; esto es, casaquilla de pana oscura, pantalon indefinido, ancho y largo como para un hombre de gran estatura, zapatos con clavos, y gorra, en el varon, corpiño de viejo terciopelo negro, saya tan indefinida como el pantalon y un pañuelo de color cubriendo la cabeza de la niña.

Al apercibirme, la disputa cesó y ambos se hicieron á un lado para dejarme pasar por la estrecha senda, mientras el varon se sacaba respetuosamente la gorra.

Habia en la cara de la niña una espresion de dureza particular; sus ojos tenian un brillo áspero y fijo que chocaba desde luego. Por el contrario la fisonomia del saboyano era abierta, inteligente y ya en los extremos

de su boca empezaban á dibujarse netamente esas lijerarrugas que revelan la habitud de la risa, signo del contento.

Ambos me miraban curiosamente, mientras yo me habia detenido á mi vez á contemplarlos, obstruyéndoles el camino.

Mi imaginacion, exitada por el cuadro de la naturaleza y por mis sueños de un momento antes, se empeñaba en dar un colorido poético á esas criaturas y los versos de la admirable elegia de Girard flotaban en mis lábios.

—Vais de prisa? les pregunté sentándome en la parte saliente de una roca.

Ambos sonrieron como si el suponerles una ocupacion cualquiera que reclamára su presencia á una hora dada, fuera cosa del otro mundo.

—No, señor Venimos de Trient y vamos á Ginebra, me contestaron en mal francés, fuertemente saturado del acento propio del dialecto de la montaña.

—Pero, criaturas, de aquí á Ginebra, al buen paso de mi carruage, hay por lo menos dos dias de marcha.

—Hemos hecho muchas veces este camino y siempre hemos llegado á Ginebra, donde se ganan muchos sueldos, replicó el niño que hasta entonces habia tenido la partida, mientras su hermana se encerraba en un mutismo absoluto.

—Y tú no sabes que en la montaña, sin necesidad de ir á Ginebra, se ganan algunas veces muchos sueldos tambien?

La fisonomía de la niña empezó á despejarse, mientras el alegre muchacho, que comprendió al instante, hizo un par de cabriolas teniendo el violin en una mano y el arco en la otra.

—Vamos á ver, tocad alguna cosa, la que sepais mejor, Oye, tú, déjate de dar saltos y retírate con tu hermana unos cincuenta pasos, acorda tu instrumento y vuelvan á lucir sus talentos.

La saboyanita clavó en mí sus ojos duros, dejándome adivinar el recelo de que en su ausencia me alejára sin darles la propina ofrecida. En cuanto al pequeño violinista, ya estaba á cuarenta pasos rascando las cuerdas de ese instrumento ingrato que, como decia el viejo Gotlieb en el cuento de Hoffman, fué inventado por el diablo para martirio de los hombres.

Apesar de la distancia, el arco irritante hacia su efecto lógico sobre mi oído. Generalmente cuando se oye música, la melodía, acariciando el oído, suaviza los contornos del paisaje que nos rodea; aquí sucedía lo contrario; la armonía de la naturaleza en esa tarde admirable domesticaba, per así decir, los salvajes y discordantes sonidos del violin del saboyanito.

Por lo demas, no es tarea larga para esos músicos ambulantes reconciliar momentáneamente un arpa con

un violin, que en guerra eterna viven. Observan el mismo proceder que los maestros de escuela con dos muchachos que se han peleado : les cogen las manos, se las hacen estrechar por la por fuerza y *velis nolis*, hételos amigos.

Templados los instrumentos y aproximados los artistas, la sinfonía comenzó--Como siempre, la Traviata suministró el tema.

La Traviata ha pasado á ser propiedad particular de los saboyanos--En todos los puntos en que un brazo envuelto en una manga de pena esgrime el arco de un violin, una melodía de la Traviata llega al oído.--El Trovador, si se quiere, es mas popular aun ; pero el saboyano prefiere la Traviata, sin duda porque ofrece menores dificultades de retencion. Mal que bien, oí en todos los tonos imaginables el “ De Provenza il bello suol ”. Mientras tocaba, el saboyanito miraba el cielo, las montañas, á mi, á todas partes indistintamente, como el músico vulgar de una orquesta que sabiendo la partitura de memoria, mira al paraiso donde tiene un amigo que lo espera para cenar, mientras se está cantando el duo del Fausto.

La niña miraba tenazmente la cadena de mi reló con ojos ávidos como los de un pick-pocket. El oro atraía su mirada, la sojuzgaba.

Aquella criatura, á pesar de su miseria, empezaba á hacerseme antipática.

Luego del *moreaux* de ejecucion por el que felicité ardientemente al muchacho que me agradeció con una sonrisa que significaba claramente “ tengo la conciencia que rasco como un perro ” vino el trozo obligado de canto.

La saboyanita cantó esa melodía dulce y monótona que habreis oido mil veces : una invocacion á Santa Lucia.

En general era entonada, pero sus esfuerzos para dar las notas agudas hacian una impresion penosa, aumentada por el violin del hermano, que no queriendo dejar en el mal paso á su compañera, producía unos sonidos imposibles, bajando el dedo sobre la cuerda hasta casi tocar el punto por donde pasa el arco.

No queriendo desanimar esas pobres criaturas que ganan miserablemente su vida, permanecia grave y sério oyendo sus manifestaciones artísticas. Concluido el canto, quisieron empezar otra pieza del repertorio, vasto si se quiere, pero siempre encerrado en los límites de la Traviata.

Me opuse de una manera formal y poniendo un franco en la mano de la niña, cuyo semblante manifestó una franca alegría, empecé á hacerles mil preguntas que contestaban alternativamente con facilidad y sencillez, pero sin dejar el maldito acento saboyano.

—Cómo te llamas, niña ?

—Juana, señor. Mi hermano se llama Antonio y es un haragan.

Antonio, profundamente embebido en ese momento en el estudio del puño de mí baston, no manifestó el mínimo indicio de haber oído el epíteto con que Juana lo obsequiaba.

—Dime, Antonio, ¿qué edad tienes?

—Nueve años, señor, y mi hermana doce.

Representaban la misma edad, tan pequeña y delgada era la niña.

—Y como siendo tú el varon, el hombre, el fuerte, te conduces de manera á que tu hermana te llame ocioso?

—Oh, señor! Esa es la historia de siempre. Juana me dice á cada momento haragan y yo pregunto al señor si tiene ese vicio un buen muchacho que cuando Juana camina cinco leguas en un dia, él anda otras tantas; que cuando Juana toca, él tambien; que cuando Juana canta, él la acompaña y por último, cuando le preguntan cuantos años tiene, contesta por él y por Juana.

Decididamente, Antonio era lójico como un discípulo de Port-Royal.

Lo hice notar así á su hermana, y ésta, como si estuviera habituada desde larga data á semejante debate, contestó rápidamente:

—Pero tú no dices al señor que cuando llegamos

á una posada, tú quieres gastarte la mitad de lo que hemos ganado en comer y luego dormir hasta muy entrada la mañana.

Antonio se me hacia á cada momento mas simpático, á pesar del rubor que la verdad de la acusacion traia sobre sus mejillas.

Un saboyanito sibarita !

—Pero, Juana, sé razonable; justo es que un niño que ha trabajado todo el dia coma y duerma bien durante la noche.

—Yo no digo que no coma, señor; pero que haga como yo. Con dos sueldos por la mañana y cuatro á la noche hay lo suficiente para alimentarse. Apesar de que yo le doy parte de mi racion, Antonio sin que yo sepa muchas veces, cuando el dia no ha sido malo, se come hasta diez sueldos.

Antonio se habia puesto á ejecutar melodias y variaciones imposibles á la sordina y parecia plenamente absorbido en su tarea.

—No te me enojas, Juana; pero, francamente, me pareces avara y ese vicio es muy feo, sobretodo á tu edad.

—Yo no sé si soy avara; pero á mi me gusta que cuando vuelvo á nuestra casa, que está en el valle de Trient, madre me bese con alegria y me haga abrazar por mis cinco pequeños hermanos, porque traigo un poco de dinero que ella guarda para el invierno.

Como el brillante oculto en la oscuridad y que al primer rayo de luz lanza mil resplandores, la frente de aquella niña se iluminó de pronto ante mis ojos.

Al sentimiento efímero de la curiosidad, sucedió en mi corazón una intensa y profunda piedad.

—No tienes padre, Juana ?

—Hace dos años que murió. Era guía y un día unos señores quisieron pasar el “Col d’Anterne”. Mi padre dijo que esa excursión era casi imposible en el mes de Octubre ; pero esos dos señores altos y rubios, que eran muy ricos, le dieron doscientos francos porque los acompañara, diciéndole que precisamente querían hacer esa excursión estando tan avanzada la estación. Mi padre dió el dinero á madre, nos besó á todos y partieron;—al día siguiente la tempestad cayó sobre la montaña y en el primer deshielo de la primavera, el cadáver de mi padre fué encontrado al lado de los dos señores, dando todavía la mano á uno de ellos;—madre y yo lloramos mucho ; todas las noches, ella en casa y yo donde me encuentre, rezamos á San Bernardo y á la Virgen por el alma del que murió.

Nunca he tenido rubor de mis emociones por pueril que fuera su causa ; las lágrimas son una bendición, porque si no brotan de los ojos, caen al fondo del corazón y allí parecen petrificarse en una misantropía árida y fría.

La breve narracion de la saboyanita humedeció mis párpados.

Antonio habia cesado su gimnasia musical y oia á su hermana en silencio, aunque no muy emocionado.

—Y tu buena madre, niña, en qué trabaja?

—Hace la ropa de los hermanitos y cuando tiene tiempo teje *tricot*.

Llámanse así unas medias en extremo gruesas que el viajero pasa sobre su calzado á fin de no resbalar sobre el hielo.

—Y con eso pueden vivir?

—Somos muy pobres, señor y le tenemos mucho miedo al invierno; pero madre haciendo *tricot* y nosotros corriendo los caminos, hemos ganado hasta ahora como vivir. Pronto los hermanitos serán grandes y Antonio podrá ser guia. Si Dios quiere, podremos seguir viviendo.

¡Pobre y buena criatura! ¡Y yo que te habia tomado entre ojos!

Me dí vuelta hácia Antonio, que abordando francamente la situación, se habia apoderado de mi bastón y contemplaba el puño á su sabor.

—Antonio, ya ves que soy un señor muy corriente; dime, pues, la verdad, cual ha sido tu mayor ambicion cuando has estado en Ginebra?

La cara de Antonio adquirió el colorido de los cua-

dros del Espagnoletto, un rojo subido, al par que, haciendo girar la gorra entre sus manos, miraba tímidamente á su hermana.

—Vamos, Antonio, dijo ésta : sé franco con el señor.

—Cuando tocaba en Ginebra delante de un café, murmuró el violinista, me gustaba pensar que algun dia podria sentarme en una mesa y comer de todo, como los señores.

—Juana, Antonio : tengo el placer de invitar á vds. á comer conmigo, dijo en el mismo tono de civilidad que habria empleado en Paris para convidar á dos relaciones de etiqueta.

Ambos abrieron tamaños ojos y se miraron entre sí.

—Nada ;—no me digas, Antonio, que tienes compromiso anterior.—Echate á andar por delante, tocando una marcha, si sabes, ó en postrar recurso el brindis de la “ Traviata ” que en último caso y con un poco de buena voluntad, convertiremos en un paso de marcha.

Tú, Juana, echa el arpa á la espalda y ponte á mi lado, la noche se aproxima y hay media hora de camino hasta Chamounix.

—Yo sé el aire de Pierrot, dijo Antonio cuyos ojos resplandecian ante las imágenes que cruzaban seductoras por su gastronómica imaginacion.

Y al son de esa bella melodia que Donizetti hace cantar á Pierrot en la “ Linda ” y que en ese momento

tenia un sabor local admirable, ¡nos pusimos alegremente en marcha.

Antonio no caminaba : saltaba, brincaba como un cervatillo.

Anda, salta, rie y goza, pobre saboyanito, que pronto las tempestades de la vida, que como las del cielo, caen sobre el pino jigante y sobre la planta pequeña, sobre el poderoso y el humilde, derramarán en tu alma todas sus amarguras.

Salta, saboyanito, por la alegre senda de la montaña, mira los cielos, aspira el suave perfume de los valles, sonrie de placer á las mágicas visiones de tu imaginacion de niño, goza al sol, que la nieve se acerca y cuando cubra tu cabeza, penetrará acerada á helarte el alma.

Salta, saboyanito ; los pájaros cantan, las nubes se tiñen de rosa, el lago brilla á lo léjos como un pedazo de cielo ; el porvenir está lejano para tí, los golpes rudos de la vida, no aquellos que fatigan el cuerpo, sino los que hieren el corazon, aun son fantasmas vanos que tu pensamiento tímido no alcanza.

Oh! como envidio tu alegria, jovial saboyanito que vas por la montaña, gozoso como un pájaro en la mañana ! El horizonte de tu espíritu es pequeño y si te abrieran el corazon, encontrarían un ángel dormido en el plácido sueño de la inocencia.

Dame tu alma, niño, y toma la mia. . . . no, pobre saboyanito ; guarda en tu seno el ángel que reposa y sigue tu marcha cantando por la alegre senda de la montaña !

Me miras y al ver las ropas que me cubren, la espresion de mi fisonomia, crees que vivo en el mundo de los felices, mientras tu andas por las villas y los caminos buscando, como las aves, el pan de cada dia.

Mira á los cielos, alegre criatura, que allí está la luz y la vida ; aparta tus ojos de los míos, porque puedes ver sombras que querrás huir ; aparta tus ojos, saboyanito, que esta tarde quiero arrastrar mi alma al mundo de la luz y vivir á tu lado la celeste vida de los niños.

Salta, saboyanito, que un humeante plato está cerca ; corre, niño, la mesa espera y allí serás feliz !

.....

Cuando llegamos á la posada donde me habia detenido en Chamounix, el posadero estaba en la puerta. —No manifestó la menor estrañeza al verme en tan rara compañía, lo que me probó que, en cuanto á originalidades, los ingleses habian completado de una manera perfecta su educacion.

—Hágame vd. poner una mesa del otro lado del corredor, en un punto que esté solo y que nos sirvan una buena comida para tres. Tengo invitados.

—El señor los esperará ?

—Hèlos aquí.

El posadero me miró de una manera particular ; pero sin duda tranquilizado por la espresion grave de mi cara, saludó y se retiró.

Pronto estuvimos instalados alrededor de una mesa que si bien hubiera sido indigna de un esclavo de Lúculo, presentaba todo lo que un gastrónomo puede aspirar en medio de la montaña.

Mis comensales, que al principio estaban tímidos y sobrecojidos, comenzaron á tomar confianza y una conversacion, deliciosa para mí, se empeñó entre Juana y yo, mientras Antonio, digno homónimo del amigo de César, atacaba los platos con una intrepidez muy superior á los miserables temores de indigestion.

Mil puerilidades, mil graciosas respuestas, escapadas en la inocente expansion de esos pobres niños y que mi áspera pluma no podria referir, hicieron para mi el encanto de esa comida original.

Todo tiene un fin en la vida, desde los poemas de Byron, que uno prolonga en el ensueño de la impresion, hasta nuestro banquete alpino que Antonio encontró corto como una ráfaga de felicidad.

Eran las nueve de la noche y era necesario pensar en recojerse ; hice preparar camas á mis amiguitos y como éstos se levantarían al alba para seguir su mar-

cha vagabunda, me despedí de ellos ántes de retirarme á mi cuarto.

---Toma ésta moneda de oro, pobre niña y cuando vuelvas á la choza donde tu madre te espera, dásele para que compre abrigos á los niñitos, porque el invierno será duro---Toma éstos francos para tí y Antonio, y proveáanse en Ginebra de zapatos fuertes para la marcha---Adios, pobres niños y Dios los guie en el mundo.

—Oh, señor ! dijo Juana llorando : V. ha sido muy bueno para nosotros, que no estamos acostumbrados al cariño ; dígame su nombre para que madre, yo y mis hermanitos le bendigamos y oremos por V.

---Recen mucho, porque Dios oye la plegaria de los humildes ; dile á tu buena madre que cuando hable con el Señor, le pida aleje todo dolor y sufrimiento del alma de . . . (y le dí un nombre querido á mi corazón)
—Adios, niños, y tú, Antonio, sé bueno y protege á tu hermanita.

Los saboyanitos se retiraron ; la luna en ese momento se alzaba blanca y silenciosa sobre las nevadas crestas de la montaña. Una emoción desconocida se apoderó de mi y mientras los cielos se iluminaban vagamente al resplandor de la pálida viagera de la noche, incliné la cabeza y pensé en la patria, en mi madre, en mi amada y en Dios.

RODOLPHE TOPFFER

NOVELAS GINEBRINAS

No es aventura de todos los dias encontrar un libro agradable, interesante y lleno de atractivo. El gusto fatigado del público moderno exige de los escritores de la época, no ya la manifestacion sincera de sus sentimientos ó la pintura fiel de la naturaleza, sino esfuerzos violentos, originalidades destempladas ó exageraciones sin limite.

Viajando por la Suiza, vi en la vidriera de una libreria, un libro asi titulado: "Nouvelles Genevoises, par Rodolphe Töpffer." Lo tomé como un producto del pais, aunque tèmeroso de encontrarme una série de

narraciones en que el hielo y la nieve hicieran el principal papel.

Julio Verne en su admirable viaje al polo Norte ha dicho la última palabra sobre esos cuadros desolados de la naturaleza en el hemisferio ártico.

El capitán Mayne-Reid, que después de haber escrito tres ó cuatro romances de primer orden, se ha dedicado á fabricar novelas, la mayor parte detestables, tiene también algunas páginas admirables sobre la vida entre los hilos.

Nada nuevo esperaba, pues, de Töpffer; un ligero sentimiento de curiosidad me hizo abrir el libro y un atractivo poderoso leerlo casi de un aliento.

La mejor manera de hacer conocer su estilo, sus ideas, su método, en una palabra, sería traducir una ó dos de sus fantasías; pero el trabajo de traducción, pesado y mecánico, es superior á mis fuerzas.

Sería inútil buscar en las novelas de Töpffer la poderosa originalidad de Poé, ni la intensidad del pensamiento de Hugo.

Lo que encanta, lo que seduce en ellas, es la sencillez, la admirable sencillez en el estilo, en la trama y en la exposición. Reflexiones sutiles, observaciones que muchas veces detienen ante su elocuente exactitud, imágenes deliciosas, figuras purísimas, llenas de luz, encantadoras, tales son los rasgos generales de esos romances tan naturales como hermosos.

Nada iguala la simplicidad: no ya esa prosa vulgar, ese estilo que se arrastra á fuerza de ser comun y que muchos escritores usan para hablar al pueblo inculto y soez.—Eso no es literatura, eso no es arte.—Toda manifestacion artistica tiene sus reglas invariables: muchas veces la simplicidad de un contorno ó la suave graduacion de una media luz, deben su belleza á la sencillez misma de la ejecucion.

Pocas narraciones he leído en mi vida mas llena de atractivos que la que Töeffler hace de los dos primeros años de su existencia bajo el título de “La Biblioteca de mi tio.”

Dos figuras aparecen en primer término, netas, definidas, dibujadas primorosamente, llenas de vida y vigor.

Un noble anciano, grande y generoso, viviendo entre sus libros, gozando entre sus pergaminos cubiertos de aforismos antiguos.

Un niño que se va transformando en hombre, sensible, tierno, entusiasta, enamorado del amor, sediento de cariños, tímido como una gacela.

Luego vienen las figuras que se agitan en segundo término, no menos completas, no menos bellas por su posicion secundaria,

Uno de los rasgos distintivos de las buenas obras, es que en ellas no hay figuras ni personajes realmente de segundo orden.

Shakespeare cuida cariñosamente desde su héroe hasta el último de los seres que se ajitan en el vasto cuadro de sus dramas.

En Hamlet, el sepulterero es un personaje de primer orden y no hace mas que aparecer un instante— Del mismo modo el viejo que vende á Romeo el veneno fatal, llama á sí la atención desde el primer momento.

La obra de mas aliento que el pincel de un artista haya emprendido, es á mi entender el “Juicio Final” de Miguel Angel. Delante del muro inmortal que lo contiene en la capilla Sixtina, he estado horas enteras contemplando ese hacinamiento portentoso de figuras raras, desoladas, imágenes terribles del dolor, del arrepentimiento, sin que en ninguna de esas fisonomías contraídas, desencajadas, brille el rayo divino de la esperanza.

Arrancadlas una por una, deshaced ese mundo infernal y cada condenado, desde el que en el primer término se aferra á la barca de Caron, hasta el que se pierde en las nieblas del fondo, os presentará en su espléndido conjunto la idea entera del autor;—cada uno vive por sí, porque á cada uno dió el Buonarrotti un alma propia.

En el Laocoonte, en el grupo admirable de Fedi, que se levanta en la plaza de la Señoría en Florencia, al lado del David de Miguel Angel, del Perseo de Benvenuto, de las Sabinas de Juan Bologna, sin que esa

vencindad lo ofúsque, cada figura es un poema concluido, perfecto.

En fin, la estatua que hoy causa la admiracion del mundo entero, la Vénus de Milo, formaba parte de un grupo; probablemente estaba recostada sobre el hombro de un Marte. Y hay nada, entre antiguos y modernos, que haya alcanzado esa perfeccion?

Es que las inteligencias verdaderamente artísticas no pueden sufrir la medianía: no fabrican personajes: condensan en el mármol, en la tela ó en el libro, las visiones de sus sueños poéticos.

Töpffer en su escala y en su género, ha segnido el proceder de los grandes maestros, lo que prueba que era realmente artista.

No conozco nada mas encantador que un pequeño episodio de “La biblioteca de mi tio.”

Una tarde el estudiante está en su ventana que dá sobre la calle, dejando vagar el pensamiento por esos campos dorados tan queridos á las imaginaciones jóvenes, habitados por las fantasmas del amor y de la gloria.

El viejo tio se encuentra en su biblioteca, sumergido en las reflexiones que le sujere la superioridad de la edicion Buxtorf sobre la de Cresius de la Sagrada Escritura.

De pronto una niña de figura angelical, grande, ojos negros, pelo brillante como el ála del cuervo,

fisonomía inteligente, pero velada por una expresión dolorosa, se detiene un instante en la calle como indecisa, hasta que entra resueltamente y sube á la biblioteca del tío Tom.

El jóven, cuyo cuarto no está separado de ese santuario mas que por un débil tabique, tiende ávido el oído.—Algunas palabras hebreas llegan hasta él y pronto vé salir á la jóven con un libro—La sigue con la mirada y la vé entrar al hospital que está frente á su casa.

Es una judía que ha venido á pedir un libro para distraer las tristes horas de su padre moribundo—El anciano muere y la pobre niña, que ha tomado el gérmen de su enfermedad durante las largas horas de velada, lo sigue bien pronto á la tumba.

Vuelvo á repetirlo; nada mas vago, mas triste, que esa figura melancólica que aparece un instante rodeada de la luz del martirio para ir á perderse en las sombras de la muerte, como una exhalación silenciosa en medio de la noche.

Ahí está el arte verdadero, hay está la chispa divina: de cuatro rasgos de pluma, crear un sér bello y simpático al corazón y hacerlo representar en su sencillez todo el poema colosal del dolor humano.

Esa visión pasajera deja en el alma del jóven una impresión poderosa y tenaz; todas las fuerzas de su

vida, concentradas en un cariño mudo y profundo, parecen aniquilarse cuando el astro cae.

Mas tarde, la accion del tiempo se hace sentir y sobre las ruinas de ese dolor agudo, nace otro sentimiento tierno y suave, otro amor inspirado por la virtud de una niña que es la paz y la esperanza de su hogar.

Sin afectacion, sin la pretension de una diseccion moral, hay allí un estudio del alma que podria ser firmado por Dumas hijo ó Sandeau.

En la “Herencia” hay cuadros admirables de los que tambien se destaca una figura angelical, miembro de esa familia ideal cuyo primer tipo fué creado por Goethe en Mignon.

Ahí tambien es el estudio de un corazon el motivo de la tela; pero la originalidad del estilo, la precision de ciertas ideas y la justeza de algunas observaciones, hacen de ese romance una pieza caprichosa y excepcional.

Luego vienen una série de aventuras en las escursiones de las montañas, alegre y elegantemente narradas en “Le col d’Anterne,” “El lago de Gers,” “El valle de Trient,” “La travesia,” “El grand San Bernardo,” etc.

En todos esos bosquejos, la parte narrativa domina en general, no quedando á las descripciones mas que la parte esencialmente necesaria.

No sé si será ese el encanto que encuentro á esas narraciones : pero la verdad es que nunca he podido sufrir el género descriptivo.

Balzac, deteniéndose ante una casa de un pueblo de provincia y describiendo con una minuciosidad matadora desde el portal á la cocina, empleando en ese trabajo de hormiga unas doscientas páginas, es perfectamente insoportable.

Como modelo en su género, debe siempre citarse á Teófilo Gautier, cuya pluma admirable tenia el colorido del pincel : — nada iguala á algunas páginas de “Madoiselle de Maupin” ó “El capitan Fracasse.” Sin embargo y á pesar de la admiracion sincera que tengo por el primer crítico francés, pese á Sainte-Beuve y á Janin, son precisamente esas páginas las que menor impresion han dejado en mí. No creo que la pluma alcance nunca al pincel; y si una escena flamenca de Quentin Masys encanta por la sencillez y la verdad, por cierto que la descripcion de una pieza de taberna en que cuatro holandeses toman cerveza, servidos por una vieja, seria pesada y fastidiosa.

La pluma debe ser el pincel del alma: la música y la literatura tienen el ancho campo del ser subjetivo. Quede á la pintura y la estatuaria el mundo exterior.

Solamente, en la elocuencia infinita de la armoni caben todas las manifestaciones del universo, desde el

sentimiento íntimo del corazón humano, hasta las vagas expresiones de la naturaleza.

Por eso, donde la voz de la poesía se detiene agotada, el ritmo musical se hace oír vigoroso.

Donde Shakespeare y Byron no llegan, Meyerbeer y Gounod se mueven como en su centro habitual;—jamás un verso de Musset, Bürger ó Leopardi, esos príncipes del arte, igualó una melodía de Bellini ó Donizetti. . . .

Töpffer, como lo he dicho mas arriba, tiene el encanto del estilo, la armonía suelta y fácil de la frase, la elegancia del período. Sin esas llamaradas de espíritu que sostenían la narración del viejo Dumas en sus buenos tiempos, sin ese brillo intenso de Saint Victor que hacía decir á Lamartine que era necesario leerlo con anteojos para que la vista no se ofendiera, hay en Töpffer un encanto especial, cuyo efecto inmediato es un agrado continuo y la ausencia completa de todo fastidio.

En cuanto á las pocas páginas descriptivas, son de colorido admirable. Töpffer no exhumaría un mundo perdido entre las nieblas de la historia, como Gustave Flaubert; pero el autor de “Salammbó”, no pintaría como él un paisaje encantado del Lago Lemán, en una tarde de verano, mientras el sol se oculta tras la cima del Monte-Blanco.

Uno de los héroes de Töpffer es pintor: el viejo tío Tom, el bibliomano, oponía á sus arranques artísticos

su calma de coleccionista y aunque habia escrito sobre la glíptica griega y conociese de memoria las obras de Fidias y las tres maneras de Rafael, el buen señor entendia poco de las artes de dibujo. Semejante en ésto á esos hombres á quienes la naturaleza ha negado por completo el sentimiento musical y que á fin de no quedar atrás en una discusion, leen y releen todos los volúmenes de crítica que caen en sus manos y no pudiendo ser melómanos, se hacen eruditos.

En cambio, el sobrino del viejo Tom es un verdadero artista. Sus ideas, impregnadas de un idealismo que hubiera hecho la delicia de Gautier, son siempre nuevas, frescas y vigorosas; cuando habla de un cuadro, la tela se presenta á la mirada y al través de la página del libro se adivina el colorido y el dibujo.

Durante diez dias, el volumen de Töpffer fué mi único amigo. Muchas veces encantó algunas horas de las que para el viajero solitario vienen acompañadas de una nube de tristeza.

Estas líneas, pues, mas que un estudio, son un simple recuerdo de viaje.

FACUNDO
6
CIVILIZACION Y BARBARIE

EN LAS
PAMPAS ARGENTINAS

POR
DOMINGO F. SARMIENTO

(CUARTA EDICION EN CASTELLANO)

Los que pertenecen á la generacion del que escribe estas líneas, pueden mirar el libro de Sarmiento con el ojo imparcial de la posteridad: fué escrito cuando aun no habiamos nacido.

Venidos á la vida en los últimos años de la tiranía, ni aun sospechábamos que ya corria por el mundo un

libro admirable, escrito por uno de los titanes de la santa lucha, por uno de aquellos hombres á cuyo esfuerzo decidido, á cuya inquebrantable perseverancia, debemos el tener una pátria, respirar en ella el aire de la libertad y aspirar legítimamente al magestuoso desenvolvimiento del progreso.

Sentimos dentro del alma una emocion grave y profunda, cuando la mirada se posa sobre uno de los viejos adalides de la libertad del Plata.

Que valemós nosotros, nacidos de ayer, que hemos recorrido nuestro corto camino en la vida, sin encontrar esas espinas que destrozan el cuerpo y petrifican el corazon, al lado de esas figuras titánicas, que aspiraron la atmósfera ardiente de la revolucion y lucharon sin descanso por la salvacion del pedazo de tierra que hoy llamamos pátria?

Como ante el anciano de la Grecia, todos nosotros debiamos levantarnos al aproximarse uno de esos hombres venerables; todos debiamos respetar con un secreto sentimiento de orgullo esas encarnaciones del pasado, esos hombres fuertes, muchos de ellos iluminados por el génio!.....

Cábenos hoy el placer de estudiar el *Facundo* de Sarmiento; gracias á la nueva edicion que acaba de hacerse en castellano.

Desprendámonos un momento de las consideraciones personales que jamás dejan de influir en el juicio de

una obra cualquiera:—olvidemos que el *Facundo* fué un grito generoso, un llamado al mundo del progreso, contra la barbarie entronizada en un país digno de grandes destinos:—olvidemos que quien lo escribió andubo veinte años errante, sin doblar su frente ante el poder de un tirano y miremos en sí misma esa obra, destinada á tomar proporciones gigantes cuanto mas corran los años.

El *Facundo* fué escrito en Chile en 1846.

Habian llegado, pues, hasta América, los écos de la profunda revolucion literaria que habia conmovido la Francia y el mundo civilizado diez y seis años antes. Si se tiene en cuenta que el cultivo de las bellas letras tenia entónces mas prosélitos en la República Argentina que hoy, se comprenderá fácilmente que los ánimos se hayan preocupados de la batalla intelectual que habia hecho bambolear en Francia los viejos clásicos sobre sus pedestales.

El abandono de la forma añeja, incapaz de armonizarse con el pensamiento moderno, los excesos naturales á toda revolucion, habian levantado en Francia aquella protesta poderosa que se estendia desde la tribuna parlamentaria hasta el púlpito y que tomaba formas positivas en las representaciones de *Hernani*.

Entre nosotros, el romanticismo fué bien recibido. Para un pueblo que acababa de desprenderse del yugo del coloniage, que no tenia mas pasion que la libertad,

bajo todas sus formas, no podia ser simpática la frase acompasada de Racine que hacia hablar á los romanos con la etiqueta prescrita por la voluntad del gran rey.

Habia algo en el espíritu que empujaba de una manera misteriosa á romper con todas las formas aceptadas, con el modelo obligatorio, para emancipar el pensamiento del mismo modo que se habia emancipado la conciencia. Como en la Francia del primer Imperio, el tierno laud se habia relegado al olvido para hacer sonar tan solo las viriles cuerdas de la lira de bronce.

Mas que retóricos, la atmósfera intelectual requeria Tirteos.

D. Juan Cruz Varela, educado entre los griegos y latinos, no estaba ya en la primera juventud cuando tuvo noticia del movimiento literario iniciado por Victor Hugo, Dumas, Musset, De Vigny etc. Habia formado ya, por decir asi, su conciencia estética y su espíritu rehusó renegar de sus viejos pénates para abrazar el culto nuevo. Varela permaneció clásico.

No así los recién llegados. Echeverria, Lopez, Gutierrez, Mármol, Cané etc. abrazaron con entusiasmo la revolucion literaria que, envuelta en la bandera deslumbrante de la libertad, no podia menos de arrebatarnos. Los viejos clásicos se cubrieron de polvo en las bibliotecas y se aceptaron casi sin exámen las tentativas mas temerarias de los gefes de la nueva escuela.

Marion de Lorme sepultó á *Esther*, como *Antony* suplantó á *Zaira*.—Se juraba por Hugo ó Dumas, como Boileau juraba por Júpiter ó Marte y eran tanto mas simpáticos los ensayos en la nueva senda, cuanto mas rompian con las viejas tradiciones aristotélicas sobre las tres unidades.

Habia plétora de entusiasmo y el pensamiento, vigoroso como un atleta de veinte años, no podia encerrarse en la forma estrecha del monótono alejandrino ó de la magestuosa octava real.

Sin embargo, los hombres reposados, no sin inclinarse hácia la nueva escuela, tomaban sus medidas y procuraban defenderse contra el entusiasmo demasiado irreflexivo de la mayoría. He tenido ocasion de ver un ejemplar de las obras de Victor Hugo, anotadas al márgen por D. Florencio Varela. Esas observaciones pintan de una manera admirable el carácter del malogrado publicista. Casi todas ellas son notas llenas de precision y madurez, crítica de algunos pasages temerarios, y hasta correcciones de faltas gramaticales. El Dr. Varela, que decia á menudo al doctor Cané, que su principal defecto era ser demasiado romántico, no podia admitir ciertas libertades muy comunes en la manera ámplia y atrevida de Victor Hugo.

Una prueba de que el romanticismo habia ejercido una influencia positiva en la literatura del Plata, la

tenemos en la *Cautiva* de Echeverría y la *Novia del Hereje* de Vicente F. López.

La primera es una descripción americana, suelta, vigorosa, que no tiene punto de contacto alguno ni con la *Araucana* de Ercilla ni con la *Argentina* del buen Arcediano Barco de Centenera. Hay en ella un soplo poético, una fuerza interna admirable, que no se encuentra nunca en los modelos clásicos. Brilla allí cierta inspiración expansiva que falta en el viejo estilo, donde todo es acompasado y donde la belleza misma reviste cierta forma arquitectural, siempre armónica, siempre simétrica.

La *Novia del Hereje* es admirable; hay en toda ella vida palpitante, juventud resplandeciente. Lima aparece como tras un vago celaje tendido para aumentar el efecto. Los personajes, las escenas, los sitios, todo tiene esa verdad que nunca se veía en el viejo romance de M. de Cottin ó de M. de Genlis. Enderson no tendría cabida en la literatura anterior á 1830 y el viejo contraamaestre habría hecho cubrir de rubor el rostro de una inglesa, habituada á las figuras ideales de Clarisse ó Lovelace. . . .

Nos hemos estendido sobre este punto, porque queríamos demostrar que el “Facundo” nacido en medio de esa atmósfera dotada de una influencia poderosa, no podía ser clasificado sistemáticamente ni en la escuela clásica ni en la romántica.

Rafael decia á los que le preguntaban de donde tomaba las figuras ideales que vivificaba sobre la tela: “ me sirvo de una idea que me viene á la mente. ”

Si alguien hubiera preguntado á Domingo F. Sarmiento, al concluir su “ *Facundo* ” donde habia *puisé* (no hay palabra en castellano que espresese esa idea tan gráficamente) la inspiracion sostenida que lo habia iluminado durante el tiempo todo que empleó en escribir su obra, Sarmiento habria contestado: “ Miré á mi patria para el dibujo y á mi alma para el color ! ”

En su admirable estudio sobre *Balzac*, Teófilo Gautier observa que es imposible buscar á su estilo y modo ninguna filiacion. No arranca de los clásicos y fué completamente ageno al movimiento romántico.— Observaba los hombres y la sociedad y trazaba esos admirables cuadros de la *Comedia Humana*, que tienen tanta relacion con las *Orientales* de Hugo, como con las blancas y torneadas estrofas de la escuela griega.

Lo mismo puede decirse del *Facundo*; es un cuadro inimitable, único en su género, reflejo exacto de un estado social *sui generis*, intermedio forzado entre el estado salvaje y la civilizacion.

Litré, obligado á trazar un cuadro general del movimiento humano, arrancó del hombre prehistórico;— pero luego, notando que el primer vestigio del trabajo de los hombres, lo encontraba en Egipto, con sus mitos, sus leyes, sus magos, sus faraones, con su civiliza-

cion positiva, en una palabra, quiso llenar la inmensa laguna que separaba ambas épocas y tomó, como tipo intermedio, la civilizacion americana anterior á la conquista.

A nuestro juicio, nada puede llenar ese vacio con mas ventaja que el *Facundo*.

Apartándonos del interés irresistible que tiene para nosotros los argentinos, ese libro puede ser considerado como la pintura fiel de un estado social por el que han tenido forzosamente que pasar, segun las leyes históricas, todos los pueblos de la tierra, sin habernos dejado rastros de él, desgraciadamente.

Quiroga no es un tipo único, caprichoso, que debe su existencia original á la conformacion de su cerebro ó á sus condiciones generales de subjetividad.

Es un producto lógico, ineludible, del estado de nuestro país en el momento en que nació.

Las grandes figuras históricas no caen de los espacios sobre la tierra como entes desconocidos que tienen que orientarse para emprender su camino. Son encarnaciones fatales formadas en la elaboracion misteriosa de las ideas.

La teoría triunfante hoy de la evolucion, que subordina tanto los fenómenos naturales como los acontecimientos históricos, á una ley inflexible, empieza á proyectar un débil rayo de luz sobre la formacion de esos seres escepcionales que vienen á la vida con un

programa invariable, para desaparecer así que lo han cumplido.—Alejandro, Cristo, Mahoma, Lutero, Colon Newton, Napoleon, no tienen patria : son hijos del mundo entero, petrificaciones de un estado patológico del espíritu humano, ideas—hombres, que requieren esa forma para imperar !.....

Las condiciones restringidas de un artículo de diario no nos permiten estudiar el *Facundo* con la detencion que esa obra maestra, la mas notable que haya producido la literatura americana, requiere y merece.

Sin vínculo personal de ningun género con el autor, sin consideracion ninguna que pueda cohartar la espontaneidad de nuestro juicio, sentimos un sincero placer en manifestar nuestra admiracion sin límites por un libro que no tiene igual.

Emerson dice, hablando de Montaigne, que el estilo del noble escéptico parece un trozo de carne viva, de la que chorrea sangre.

El estilo de Sarmiento es único, no tiene predecesores ni tendrá imitadores. No hay en él nada de rebuscado, nada de laborioso ; impera una originalidad impetuosa, que ante nada se detiene, que toma la palabra vulgar para representar netamente la idea, que salva toda barrera y estruja el lenguaje cuando éste se muestra rebelde y no ofrece pronto el color requerido al ávido pincel.

Luego, todos los hombres que allí se mueven, se ven

mover. Se sigue la vida de Quiroga con indescriptible avidez y cuando La Madrid entra en escena, uno se cree transportado á aquellos deliciosos tiempos de la infancia en que trastornaban la cabeza las crónicas heróicas del arzobispo Turpin. Hay, acaso, en algun poema, en algun romance, una figura mas interesante que ese negro Barcala que inspiraba respeto hasta sus mismos enemigos y enemigos salvajes? Cuál de los cuadros de Cooper puede parangonarse con los bocetos admirables del Rastreador y del Baqueano?

Cuenta Mrs. Horace Mann, que la lectura del *Facundo* impresionó de tal manera al autor de *Evangelina*, que ideó escribir un poema descriptivo, por el estilo de la *Cautiva*, bajo el título de *La Cinta Roja*.

Indudablemente, Longfellow habria escrito un poema de primer orden: pero no hubiera sido el *Facundo*.

Para escribir ese libro era necesario “haber salido de su patria desterrado por lástima, estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos en una de las bacanales sangrientos de soldadexca y mazhorqueros”.

Era necesario llevar en el alma la imágen de la patria enlutada y escribir mirando á la cordillera!

.....

La nueva edicion del *Facundo* trae una introduccion que no se encuentra en las ediciones anteriores.

Si se leen con detención esas páginas, se observará que contienen un programa de gobierno completo, resultado lógico de las ideas generales del autor sobre sociabilidad, política, economía, etc.

No entra en nuestro cuadro apreciar la política observada por Sarmiento (1); pero si observar que todo cuanto pensaba cuando escribió *Facundo*, lo realizó ó se esforzó por realizarlo cuando estuvo al frente del gobierno.

En momentos en que una cruel difamacion ha querido destrozár el alma de ese hombre, bueno es notar que los errores que pueda haber cometido en su vida, han sido sinceros y nacidos de una intencion inalterablemente pura.

Sarmiento no deja hijos que puedan saludar la estátua de su padre ántes de cincuenta años; pero deja un nombre que la posteridad pronunciará con respeto, porque honró al pueblo argentino.

1875

(1) Nos choca decir *el señor* Sarmiento; no se dice *monsieur* Hugo, sin Victor Hugo.

DOS PARTIDOS EN LUCHA

(FANTASIA CIENTIFICA)

POR EDUARDO L. HOLMBERG.

Nada hay mas difícil que conquistar una posición definida cuando se ha vivido por largos años en el retiro y se entra de golpe al mundo de la vida pública, arrojando valientemente á la crítica un nombre ignorado.

Es una lucha violenta y aquel que la prefiere á la tarea desagradable de la creación metódica de una reputación, cede mas que á un cálculo del raciocinio, á una necesidad natural, á una expansión lójica que vence la hábitud del retiro y el amor de la soledad.

Así ha sucedido á nuestro juicio al autor de un folle-

to característico, que acabamos de leer y cuyo título encabeza estas líneas.

Son tan raras las manifestaciones intelectuales entre nosotros, hay una indiferencia tan profunda para todo lo que se aparta del trámite vulgar de la vida positiva, que cada ensayo literario ó científico que vemos, nos produce una sensación agradable, á la que no es ajeno cierto sentimiento de respeto hácia aquel cuyo amor al culto de lo bello le dá el valor suficiente de publicar un libro en Buenos Aires, que es lo mismo que recitar un verso de Petrarca en la rueda de la Bolsa.

No conocemos personalmente al Sr. Holmberg y es ésta una circunstancia favorable para hablar con entera libertad de su obra, sin que la dulce é inevitable parcialidad de la amistad influya en el juicio.

Desde luego diremos que el plan general es, como dicen los franceses, completamente *manqué*.

La situación política en que se encuentra el país, los recuerdos vivos del sacudimiento violento que ha agitado la república, la influencia que han ejercido los acontecimientos pasados en el ánimo del pueblo, son otras tantas causas que dificultan de una manera poderosa el desarrollo de una parodia crítica de esos mismos sucesos.

En el debate científico que imagina el Sr. Holmberg, hemos buscado con curiosidad el interés dramático que en la concepción de la obra debía tener una importan-

cia decisiva y que á nuestro juicio hubiérase debido radicar en la analogía de circunstancias y caracteres con los momentos y hombres de la pasada lucha política.

En esa parte, la obra es débil. Quizá ha sido tal el pensamiento del autor ; pero desde el momento que se concibe un plan armónico, es indispensable desarrollarlo de una manera lógica, so pena de que la debilidad de un detalle importante perjudique al conjunto.

En otro momento menos agitado, cuya influencia fuera mas suave sobre el espíritu, habríamos buscado las analogías y alusiones de una manera mas vaga, tal vez siguiendo las inspiraciones de nuestros sentimientos propios, en vez de estar bajo la presión del hecho brutal é inmediato.

Un libro en sí mismo no es mas que el vínculo intelectual entre el que piensa y el que juzga ; es necesario pues, que el autor mire su obra á la luz del sentimiento general y que sacrifique muchas veces la forma abstracta de su concepción á la situación normal del espíritu de aquellos que van á leerlo.

El error, ó mas bien, el egoísmo aristocrático de la cultura alemana, es el origen de la oscuridad aparente de sus manifestaciones intelectuales. Los alemanes escriben solamente para aquellos á quienes el tecnicismo científico de su lenguaje es tan familiar como para el vulgo el idioma que se arrastra. Hablan para ellos y ellos se entienden, sin tener nunca en cuenta que la

opinion emanada del sentimiento general del pueblo es la única crítica racional, máxime cuando se ejerce sobre puntos que á todos interesan como hombres.

Y no solamente esa oscuridad, esa generalizacion agoviadora en la esposicion, constituyen un obstáculo difícil de vencer, sino que muchas veces es el plan mismo de la obra el que presenta caracteres análogos.

Si Hegel, Kant, Lessing etc, son inespugnables en el estilo, el segundo Fausto de Goethe es incomprendible en la concepcion.

El monólogo de Fausto en el aposento de Margarita se lee con delicia y se pasa como sobre áscuas sobre la noche de Walpurgis.

El alto concepto que nos merece la inteligencia del autor del libro que nos ocupa, nos ha llevado á hacer estas consideraciones, que son necesarias como fundamento á las observaciones que hemos hecho sobre el plan general de la obra.

Es el defecto lójico del que hace su primer ensayo, defecto inestimable por cuanto sirve de fondo oscuro para que se destaquen las partes luminosas del cuadro.

Del mismo modo que es imposible encontrar en un libro mas talento que el que uno tiene, lo es tambien juzgar si los datos científicos que *bona fide* acumula un

autor en un libro, son de buena ley, cuando ultrapasan el caudal de conocimientos de aquel que lee.

Generalmente ignorantes en ciencias naturales, hemos sentido un movimiento de orgullo al ver que un jóven como nosotros se ajita en el campo de la ciencia, fácil y libremente, hasta el punto de basar en axiomas científicos las fantasías de su espíritu.

Con un estilo suelto, muchas veces elegante, con los atractivos naturales al carácter humorístico de la narracion, el libro del Sr. Holmberg presenta algunas pájinas que cautivan.

Nada mas poético y nada mas curioso tambien como fenómeno natural, si el hecho fuese posible, que la resurreccion de una sensitiva que despues de treinta años de cortada de su tallo, sale de su letargo sombrío para reposarse en el sueño de la vida. Esas evoluciones admirables de la naturaleza, que conservan el gérmen misterioso de la existencia en el tallo árido y seco de una flor, debian tener la paternidad real de la verdad en vez de nacer en el espíritu encantado de un panteista. La planta vive y siente : sensaciones inapreciables para nosotros la agitan indudablemente y la observacion tenaz lo ha demostrado. No es bellissimo, pues, ese nuevo Lázaro del reino vegetal, como dice Holmberg, levantándose á la evocacion májica de un naturalista?

Sacrificaríamos nuestra dignidad de hombres acep-

tando la disgustante teoria de Darwin sobre la transformacion de las especies, con tal que el fenómeno de la resurreccion de la sensitiva fuera exacto.

Vulgarizado ese dato científico, cuántas plantas se alzarían adoradas por aquellos que las hubieran hecho nacer de la tímida flor caída en la suave ondulacion de un seno querido. . . .

No es nuestro intento entrar en el detalle del ensayo del Sr. Holmberg; el que lo lea encontrará páginas de primer orden, ideas vigorosas y una sorprendente firmeza en el que escribe.

Y empleamos á propósito la palabra ensayo, por que creemos firmemente que el autor vale mas que el libro. La luz intensa de una inteligencia superior ámpliamente desarrollada por el estudio, se desprende con vigor de esas líneas escritas á la ligera y que nos han venido á revelar que un nuevo espíritu elevado viene á reclamar su gerarquía legítima en la sociedad intelectual de nuestro país.

“ Soy una voz, pero soy un derecho ” decía ha poco el Dr. Ricardo Gutierrez dirigiéndose al primer magistrado de la nación, señalándole las necesidades sociales que es indispensable remediar. Ante el silencio general de la prensa que no ha encontrado una palabra de aliento para el que tan dignamente empieza, nosotros diremos : “ somos una voz, pero somos un deber.”

La primer vez que el nombre de Holmberg cayó

bajo nuestros ojos fué en una página gloriosa de la epopeya de nuestra independencia. El baron de Holmberg mandaba la artilleria patriota en la batalla de Tucuman, á las órdenes de Belgrano. El abuelo ennoblecíó su nombre en los campos de esa lucha santa; el nieto entra á la vida dignificando el suyo con el puro reflejo de una bella intelijencia.

1875.

UNA SOMBRA EN EL ESPIRITU

(ESTUDIO)

Mi querido Ricardo :

Vd. sabe cuando y por qué escribí esas páginas ; ambos nos reimos entónces de la puerilidad que dió origen á éste boceto—Hace mucho tiempo que está escrito ; si al leerlo viene á su memoria el cuartito del Luxemburgo, tengo confianza en que me perdonará haber puesto su nombre al frente de éstas líneas ; habrá conseguido por poca cosa el placer de un dulce reuerdo.

Suyo siempre.

M. C.

Il'est de vulgaire chagrin
Que celui d'une áme vulgaire.

A. DE MUSSÉT.

I.

Hay vidas que son una expectativa eterna.

La razon y el sentimiento se rebelan contra la lucha presente y la única solucion que encuentran es la especialidad del momento ; su prolongacion ó mas bien, la sucesion de días idénticos, acaba por destruir el prestigio de la esperanza y encerrar á los hombres en el campo de sus ilusiones, dentro de si mismos.

Allí, el mas leve sueño, la fantasia mas pueril, adquiere la importancia atrayente de una emocion nueva, llena de frescura y muchas veces, sabiendo que vivimos en el engaño, sonreimos tranquilos, temerosos de conferarlo, de miedo que el encanto se disipe.

Si nada hay fuera de nosotros, porque destruir con la brutal realidad la ficcion íntima y subjetiva?

Juan será la razon social cuando quiera que Alberto metodize su espíritu, y dé una direccion matemática á sus pasiones.

Alberto seguirá el grito de la naturaleza.

Cuan esplicable es ese sentimiento ! Todo aquello que se ha unido á nuestro ser, aunque sea en el relámpago da un momento, deja el rastro de su paso trazado de una manera indeleble. No se olvida el árbol á cuya sombra se ha jugado de niño, se ha amado jóven y se

ha pensado de hombre ; no se olvida el animal que nos conduce á las citas misteriosas de la tarde, como hay una secreta y profunda simpatia por la blanca lámpara que nos ha dado su luz en las noches de delicioso trabajo intelectual. Como se ha de olvidar una mujer, cuando, aunque la memoria duerma, los sentidos se estremecen al adivinar su imágen deslizándose en la claridad del espíritu ?

El orgullo, grande y noble cuando es iluminado por la inteligencia, es al alma como las fibras ténues de los tejidos á esas flores que al mas leve viento se replegan sobre sí mismas y se reposan en la inviolabilidad de su pureza.

Porque no se ha de sentir un ímpetu altivo cuando aquello que hacia el encanto celestial de un recuerdo, cae en el barro de la realidad y se oscurece ?

Laura del brazo de Poloski era para Alberto una página íntima de su vida arreglada á la escena como un sainete ; página fugaz, instantánea, perdida y sin importancia mientras está unida al libro del corazon, pero que cuando se arranca deja la ágría herida del despecho.

Entre cualquiera en su alma, leal y varonilmente: encontrará siempre esas sombras si hay luz para que se destaquen.

II

—Has hecho mal, Alberto, te has conducido como un niño, mas aun, como un hombre sin sentido.

—Creo que el momento no es propio para que me hagas esas reflexiones ; lo hecho, hecho está. Si tienes algun inconveniente en prestarme el servicio que te pido, dímelo con franqueza y escribiré á Vallier dos líneas.

—Tomas los extremos siempre, Alberto.

—Pues si sabes que siempre los tomo, que tal es mi carácter, mi naturaleza, á que repetírmelo á cada instante ? ¿Soy defectuoso ? Pues tú que eres mi amigo procura hacérmelo olvidar no recordandomelo.

—Te lo digo y te lo diré para que reflexiones y . . .

—Me corrija, no es así ? Son VV. encantadores con su teoria de la correccion ! Acaso el alma es un retrato que con un golpe de pincel puede cambiar de espresion ? Veinte años hace que oigo zumbar á mi oido esa idea de transformacion de que me haces una nueva edicion en este momento . . . Basta, por Dios ! Una vieja familia francesa tiene ésta noble divisa en su escudo: “prends moi tel que je suis”; no la olvides, porque es la mia.—Y ahora, mi querido Juan, te suplico reserves todas tus moralidades para otra circunstancia ; estoy nervioso y no quiero que se me escape una palabra ágría que bien sabes me haria sufrir

despues... A otra cosa. A que hora se reunen?

—A las cinco—Esos señores han tenido la atencion de avisarnos pasarian á esa hora por mi casa—Tienes algo que recomendarme especialmente?

—Que evites en lo posible recordar los detalles del incidente. Como espero que esos señores no tendran la idea de pedir reparacion de otra manera que por las armas, les abandonarás la eleccion.

—Me permitirás que te observe que siendo tu el desafiado tienes esa prerrogativa.

—Es esa una ley torpe é indigna á mi juicio. En general el desafiado es el ofensor. Así, pues, no quiero ni debo ampararme de ese derecho; por lo demas, sabes que me es indiferente. Vé, que es tarde ya; cuando hayan concluido vuelve y comeras aquí... olvidaba pedirte procures evitar que el lance tenga lugar demasiado temprano. Levantarse al alba es un sacrificio y tengo la idea de no hacerlos por nadie en el mundo.

—Tienes el espíritu completamente trastornado, Alberto; no he visto un hombre mas desgraciado que tú, agitándose en un médio mas propio á la felicidad! Si pudiera arrancarte algo de tu ser....

—Me tendrias que arrancar la vida, porque lo que me sobra es corazon.

—No; es lo que Shakespeare llamó: "la loca de la casa", la imaginacion.

—Despus de una tirada moral, una cita poética!... Solo te falta hablarme de la sociedad, de la religion y de Dios!

—Porque no dices: de Dios, de la religion y de la sociedad?

—Quieres dejarme tranquilo?

—Hace media hora te estás desgarrando el pecho con tus uñas y tus lábios brotan sangre. Insúltame, pégame, pero cálmate, por Dios! Si supieras en el estado horrible en que te encuentras!

—Curioso, curiosísimo! decirle á un hombre que se revuelca en el ánsia del dolor: “Si V. supiera como está V. sufriendo!” Pero te has vuelto imbécil acaso?... Es tarde, Juan: los amigos de Poloski esperan.... no me oyes?

—Pobre criatura! Con tanta fé, tantas esperanzas, vagando siempre en una nube de color de rosa, sonriendo á los cielos, á las flores, á los pájaros.... encantada de que su tímido pensamiento se repose confiado en el espíritu viril del hombre que ama.... dulce niña! Hace una hora estás hablando del momento en que vas á jugar tu vida y no has tenido uu recuerdo para el ángel que allá en la patria ora y espera!

—Maldita sea la palabra que abre ante mis ojos un horizonte feliz en momentos en que debo habituarlos á contemplar el cuadro sombrío de la muerte!

—Estás bárbaro como un ateo ébrio!

—Y tu insoportable como un espiritualista desvelado !

III

Caballero:

Nuestros padrinos acaban de arreglar definitivamente las condiciones del duelo; ántes que éste tenga lugar, creo de mi deber darle una esplicacion, á mi juicio necesaria.

No odio á V; pero V. ha sido causa de haberse despertado en mí un sentimiento indigno. . . . y V. que debe tener el alma enérgica, porque tiene la mirada franca, sabe que cuando una sombra nos inspira un terror instantáneo, que es otro sentimiento bajo, quisiéramos que esa sombra tomára vida y cuerpo para estrellarnos contra ella y vengar en otro la ruindad propia. . . . Adelante.

Hace una semana que conozco esa muger; por un puñado de oro ha sido mia, como de V. y como será de otros tantos, mientras la juventud brille en su cuerpo y en su espíritu. Esa muger no es mi querida, V. lo sabe; pero durante dos dias me ha hecho amar la vida y eso no se olvida. Amo las ilusiones mas que las realidades y en la sonrisa de Laura, en el elegante talle de esa muger y en el recuerdo candente. . . . que V. debe conservar como yo, habia un encanto irresistible

ble para mí. Sabia que mi alma para ella era el dinero, sabia . . . lo que V. sabe y eso me consuela.

Laura es un peligro; si no lo mato á V., no lo olvide. Dos noches inolvidables han bastado para hacérmelo comprender. Juré no volver, porque la vida debe tener para mi alma altiva, mayores horizontes que la alcova encantada de una mujer como Laura. Si el combate fué terrible, el cansancio de mi espíritu, impreso en mi rostro, lo ha revelado bastante.

Y bien! La primer noche que ví á V. del brazo de Laura, sentí dentro de mí un ímpetu desgarrador. El orgullo, los sentidos, la envidia . . . sí, la envidia miserable, todo junto y confuso, levantó en mi una tempestad. Pasé á su lado pálido y trémulo: V. sonreía tranquilo.

Cuando en la serenidad que imprimen al espíritu la quietud y la soledad, pensé en lo que habia sentido . . . el rubor cubrió mi rostro y sentí dentro de mí el fuego devorador de la verguenza. Yo habia tenido celos de V. por una mujer que no habia amado, que no era mi querida, que nunca pasó de mis sentidos para entrar en el santuario de mi alma!

La segunda vez . . . pasé de nuevo por su lado; un roce involuntario de mi hombro, me valió una mirada dura por su parte; la palabra ágría, el insulto luego, mi mano . . . fué brutal, pero la cólera turba todo en el espíritu!

Para los demás, vamos á batirnos por un incidente vulgar ocurrido en un baile.

Para mí.... y espero que para V. hay otra causa: V. la conoce ya.

Procure V. matarme, como procurará hacerlo.

ALBERTO C...

Caballero:

Mi nombre podria ir al pié de su carta, porque son precisamente mis impresiones las que V. ha detallado de una manera curiosamente exacta. Solamente, diré á V. que su carta ha sido completamente inútil. Consultándome á mí mismo, he adivinado su sentimiento.... y desde ese momento habia resuelto concluir con V.

POLOSKI.

IV

—Ha venido alguien á buscarme?

—No señor; solo han llegado cartas.

— Dámelas y déjame.

Alberto pasó á su escritorio.

Allí, solo y pensativo, contempló largamente y de una manera estraña, las cartas que tenia en la mano. En el timbre de una, cargada de sellos postales, habia una M; en la otra se destacaba una L.

Cual abrir primero?

En una estaba la nota del momento; en la otra el acorde suave de un sentimiento inalterable. Una se refería á una miseria íntima; la otra concretaba el lado mas luminoso del corazon humano.

Ante la idea moral, la M representaba la dignidad de la inocencia, lo que inspira respeto; la L... la palabra incisiva y vibrante de la vida de los sentidos, lo que inspira locura.

Alberto estaba solo: el sobre marcado M quedó intacto.

Laura hablaba así:

“Alberto:

“De una manera casual, por una carta tuya que he visto caer de la cartera de Poloski y que en mi curiosidad de mujer he leído, sé que van vds. á batirse y á causa mia.

“Tu has sido siempre fino, atento y generoso conmigo y sin engaño ninguno te he revelado mi franca simpatía. Yo no soy tu querida y bien conoces cual es mi vida: creo, pues, que tengo el derecho de vivir tranquila dentro de los límites de la ley... civil, como dice Arabella, que en sus primeros años fué mujer de un escribano. He sido amable contigo, lo mismo que con Poloski, porque la amabilidad es mi estado, es mi deber. Es la manera de pagarme hacerse pedazos á brutales golpes de sable y dejarme, en caso de desgra-

cia, no diré un remordimiento, porque no hay razon para él, sino un verdadero pesar?

“Es necesario que sean ustedes imbéciles para tener esos sentimientos que por mi parte no comprendo y que creia estaban ya únicamente destinado á ser llover las viejas porteras sobre las columnas de una novela de folletin.

“No se acerquen mas ni uno ni otro á mí, si quieren pero no cometan la tontera de batirse por una mujer como yo.---(Sabes que soy la primera en reconocer mi situacion en el mundo.) Te participo que acabo de escribir una carta idéntica á Polaski. Sean razonables, pues y no me den el disgusto de matarse.

LAURA.

Alberto arrojó la carta con repugnancia: luego su rostro se fué serenando y al abrir la carta de Maria, sonreia de una manera brutal.

Era larga y llena de ese suave calor que penetra hasta los corazones mas duros. Alberto concluyó de leerla conmovido y en la vaga fijeza de su mirada, en la serenidad de su frente, se veian cruzar pensamientos puros.

Alberto tomó una pistola y la examinó curiosamente.

V.

El duelo tuvo lugar sin aparato de ningun género. Dos hombres de honor, por consiguiente bravos, que las exigencias de la situacion llevan al terreno, concluyen siempre de una manera rápida y formal ese acto disgustante.

Hay sentimientos cuya cuna esclusiva es el espíritu ó mas bien fantasmas de pasiones que la ilusion intelectual reviste de todo el exterior de una sensacion positiva. La lógica moral que se forma en el contacto incesante de las leyes sociales, produce en la inteligencia la formacion de un sistema inexorable que la práctica hace tiránico. Tal es la profunda semejanza entre la verdad y la ilusion tenaz y reflexiva que la finge, que en el juego de pasiones que generalmente llena el escenario inmenso de la comedia humana, es una dificultad realmente agobiadora el distinguir de los cuerpos las sombras que los semejan.

Un fenómeno de ese género se habia operado en el espíritu de esos dos hombres: un instintivo impulso de soberbia, nacido como un miasma natural en el fondo del alma, habia dado lugar á la evolucion de la inteligencia que cuando no encuentra una causa racional se amarra á un objetivo secundario. Este, para Alberto, era Poloski y vice-versa: la causa para ámbos... desconocida, porque, de cierta manera, es la eterna y misteriosa cifra del ser humano.

Cuando el golpe brutal vino y la sangre enrojeció la tierra con su noble color: cuando verdaderos sentimientos dominaron, cuando el peligro, la lucha, el valor, agitaron las fuerzas morales, el odio reciproco de aquellos hombres, hallazgo de la inteligencia como solucion lógica á una sensacion inesplicable, desapareció como la luz de la lámpara del que sufre ó el que estudia al venir las francas claridades de la mañana.

Es un fenómeno curioso, que prueba la identidad general de la ley que ha presidido á la formacion del universo: en la retorta del químico, los ácidos mas poderosos desalojan violentamente á aquellos que solo producen tímidas combinaciones; en la retorta humana, el alma, la graduacion de las pasiones produce idénticos resultados. La caída del amigo se olvida en el momento de la traicion de la muger querida y el desplome del cielo no se oiria ante el cadáver de la madre....

VI

Alberto fué mortalmente herido: Poloski partió su frente y la repercusion del golpe rompió su alma.

Nada hay mas sombrío que el acto brutal que no se borra. Un minuto fatal, que cae como los demas en el inagotable seno de la eternidad, llevando el éco de una maldicion, ó humedecido por una lágrima arrancada sin justicia, pesa sobre el corazon como el pié colosal

del fantasma que destroza el pecho en las noches de vértigo.

Poloski veló al lado de los amigos íntimos de Alberto: sombrío y reconcentrado, esperó que la vida volviera á aquella frente para que la calma volviera á su alma.

Largas, tremendas horas de velada, pobladas por sensaciones estrañas, ideas enlutadas y lasitudes infinitas, interrumpidas solo por el entrecortado respirar de un moribundo ó la palabra serena del amigo que exige su hora de honor.

La fuerza que la naturaleza anida en los cuerpos jóvenes es el cómplice directo de la fatalidad que exige al hombre seguir el camino de la vida, á través de todos los dolores, hasta el repugnante momento en que el espíritu estinguído no se dá cuenta de la caída del cuerpo exhausto.

Esa fuerza hizo vivir á Alberto: sus lábios murmuraron un nombre y tendió la mano á Poloski.

La convalecencia fué rápida: la fatalidad va de prisa.

Dias antes del momento prefijado para dejar el lecho, Juan se acercó al herido y arreglando cariñosamente, su cabello, le dijo:

—Tengo cartas de la patria; ésto ha pasado ya y espero que para siempre tambien habrán pasado tus locuras. Eres rico, tu madre, tu amada te esperan, Dios te levanta casi de la tumba, no eres feliz?

Alberto miró profundamente á su amigo y una

estraña sonrisa plegó sus labios. Cerró los ojos y murmuró: “tan cerca del reposo y ahora. . . . de nuevo á la lucha, de nuevo á la vida.”

Lanzó un hondo suspiro y quedó inmóvil.

.....



RICARDO GUTIERREZ

I

Tengo delante de mi una de esas fisonomias profundamente originales, casi desconocidas en absoluto por el vulgo, porque las transformaciones radicales de su vida no se han desarrollado en signos exteriores.

Quien conoce á Ricardo Gutierrez?

Hay veneracion por el poeta y sus versos estan fijos en la memoria de todos los que alientan dulce predileccion por las letras; hay cariño y gratitud por el médico, á quien mas de una madre debe la paz y la felicidad de su alma.

Entretanto, el hombre pasa desconocido entre los hombres—La vida sujeta tiene esas ventajas; en la austeridad incommovible de su retiro, no está sujeto el

espíritu al destrozo brutal de los que no son capaces de comprenderlo.

Para los que conocen á fondo esas inspiraciones vigorosas, dantescas, que se llaman “lágrimas:” para los que han oido los acentos desesperados de *Exequiel* ó los soberbios estallidos de *Lázaro*, llamará curiosamente la atención, como una gran novedad, éste hecho, que jamás hubieran sospechado: Ricardo Gutierrez es uno de los hombres mas espirituales que conozco.

Antes de seguir, entendámonos bien y claramente sobre esa palabra de que tanto se ha abusado---Para mi, el hombre de espíritu no es aquel que tiene constantemente sobre los labios *le mot pour rire*, que vive tiranizado por su fama de gracioso y que seria capaz de sacrificar el honor del hermano, en obsequio al éxito de una ocurrencia. Esa es una peste social como cualquier otra y creo innecesario afirmar que Gutierrez se parece tanto á esos desgraciados, como Milton á Polichinela.

Llamo hombres espirituales aquellos que han abarcado en su conjunto el ideal del arte moderno; á los que han adivinado su carácter íntimo, esa mezcla inexplicable de grandioso y grotesco que lo distingue profundamente de las manifestaciones artísticas de la antigüedad. Para explicarme mas claramente si es necesario, recordaré que es ese el rasgo distintivo de los grandes maestros de los tiempos modernos; Shakes-

peare era rudamente criticado por los escritores del siglo XVIII precisamente por la antítesis constante de su espíritu: Falstaff al lado de Ricardo, Polonio junto á Hamlet. Entretanto, el criterio moderno lo ha realzado y justificado.

Que otra cosa es Mephistópheles al lado de Fausto Don Juan y Haydée, Rochester y Cronwell, que esa misteriosa alianza de lo que es grande y noble con lo grotesco y ridículo? Y es natural, por otra parte: el arte moderno está basado en la naturaleza humana y el ideal estético se ha modificado al través de los siglos tan profundamente como el criterio moral. Y acaso la naturaleza humana es siempre noble, siempre elevada, siempre idéntica? No entra lo grotesco en una inmensa proporción en su esencia misma?

Bien, pues: el que es artista por intuición, porque la naturaleza de su espíritu le impone seguir ese camino brillante, no se parece á los malos cómicos que solo se acuerdan del arte cuando están en las tablas y eso para ofenderlo. Son como aquellos viejos militares, que han pasado su vida en los campamentos y que cuando se entregan al reposo social, parecen, por su porte, por su estilo, por su aire, que se encontrarán siempre al frente de soldados.

Los verdaderos artistas lo son eternamente, desde el ladrón que en la comedia griega se detiene pensativo en medio de un escalamiento, meditando en la forma

artística que dará al agujero por donde piensa introducir su mano culpable, hasta aquel peregrino Pierre Gringoire, que durmiente entre bandidos en el Patio de los Milagros, hace sonreír por las plácidas visiones de sus sueños de niño.

Ricardo es artista y lo será siempre, sea que incline la cabeza cargada de ideas lúgubres y escriba la “Sombra de los muertos”, sea que se recueste en un banco del Luxemburgo y haga á su manera el análisis de la sociedad francesa.

Siempre me ha parecido que Ricardo posee cierto don de doble vista; de una mirada adivina un carácter y si en él encuentra un tinte ridículo, es el que primero se presenta ante sus ojos, microscópicos cuando observan, gigantescos cuando contemplan.

II

He vivido mucho tiempo con Ricardo Gutierrez y digo mucho tiempo, porque hemos viajado juntos y en viaje, cada día, espléndido en emociones desconocidas y encantos inesperados, equivale á un año de la monótona vida social de nuestra tierra en que solo se enciende la estufa cuando el almanaque marca invierno y solo nos acostamos cuando tenemos sueño.

He viajado con Ricardo casi toda la Europa, particularmente la Italia y la Bélgica y he vivido con él en Paris. Se podría creer que con un hombre semejante,

la vida contemplativa, estática, era el curso regular de nuestra existencia. Por mi parte declaro que si algo he observado en Europa, si algo he aprendido, lo debo á las ingeniosas vistas de Gutierrez sobre ese mundo que se mueve en la amplitud de una juventud vigorosa á pesar de nuestra mania en llamarlo viejo.....

No pretendo hacer un análisis lógico de ese carácter: dejo correr mi pluma bajo la inspiracion de mis recuerdos, con la dulce facilidad del fisionomista que cuanto mas se acerca al modelo que cópia, mas lo honra.

Ricardo tiene profundas antipatias artísticas y pasiones homéricas; idolatra á Byron, á Victor Hugo, á Gounod, á Meyerbeer y sobre todo á Miguel Angel: en cambio, profesa una antipatia tan decidida por Rafael y su escuela, que se parece mucho á un rencor pertinaz.

Entrábamos un dia al Vaticano, al través de aquella larga galeria, que es mas bien un panteon informe, porque allí estan amontonados los restos de la estatua, griega, desenterrados por los pacientes arqueólogos que no permiten jamás que la humanidad tenga una ilusion, sin requerir el pico y la azada para arrancar muchas veces de las entrañas de la tierra la amarga decepcion.

Cabezas, brazos, manos, torsos, piés, senos, todo confundido, sin forma, como el último vestigio de la potencia criadora de un pueblo inspirado.

Para gozar con esos despojos, no basta tener simpatía innata por el arte; es necesario haber encanecido ante un trozo de mármol, buscando el secreto divino de comunicarle vida y calor.

Por eso mirábamos con cierta impasibilidad esos restos venerables de un mundo desvanecido; entretanto, Ricardo observaba la anatomía de esos miembros separados del tronco.

Gutierrez me observaba que todo aquello junto, no valía el torso del David de Miguel Angel ni el pié de la mujer caída en el soberbio grupo de Fedi.

Por fin nos encontramos ante la tela unguida por el criterio universal, como la más perfecta manifestación del arte del dibujo sobre la tierra: la transfiguración de Rafael.

Miraba estático ese cuadro, con el sentimiento de misteriosa inquietud con que se lee por primera vez el *Giaour* de Byron ó se asiste á la primer cita de los deliciosos amores de los veinte años. A más, pesaba sobre mi espíritu la opinión de los grandes críticos y allá en el fondo de mi alma, la encontraba justa.

En tanto, Ricardo tenía clavados los ojos en la tela con hosca expresión. Por fin no pudo resistir y con acento apasionado, como si diera salida tumultuosa á ideas que combatían en su espíritu desde largo tiempo, enderezó á Rafael una agobiadora filípica. A su juicio, Rafael había usurpado su fama. No negaba su

mérito, pero encontraba que muchos cuadros modestamente designados por el catálogo y que llevaban al pié la firma de Andrés del Sarto ó Guido Rerni, valian mas que esa tela enalzada hasta los cielos. Luego, me hablaba del arte moderno y me recordaba el dia en que entramos á una miserable iglesia flotentina y descubrimos esa “Muerte de los Macabeos” de Cesari, poema colosal, que no tiene rival en la pintura moderna.

Yo protestaba con el secreto disgusto de aquel á quien se critica la figura de la muger de quien es amado. Quería conservar mi ideal, quería encontrar verdadero el tipo legendario de mis sueños, quería, en una palabra, si estaba engañado, vivir en el engaño.

Ricardo es implacable: una noche oyendo á Rossi hacer el Cid de Corneille, me impidió materialmente entusiasmarme, mediante algunas reflexiones hirientes sobre la tragedia, tomando de ella todo su enorme ridiculo. Otro dia, en Paris, me obligó á salir del teatro de la Opera, en el segundo acto de los Hugonotes, porque me confesaba no tener coraje para ver á Meyerbeer tan empequeñecido. En tanto me fué imposible vengarme en el cuarto acto, porque ambos estábamos absortos.

III

Si Gutierrez estuviera dotado de un poco mas de flexibilidad en el espíritu, seria un viagero inimitable. En cualquier punto en que se encuentre, cuando viaja, su primer preocupacion es conocer á fondo el carácter local y las costumbres de aquellos entre quienes debe vivir algunos dias. El terror de Ricardo en Italia, eran los Hoteles Franceses; recuerdo que cuando llegamos á Nápoles, en una noche memorable en que Juan Cruz Varela combatió como un héroe de Ossian, con una maleta en cada mano, contra una turba de napolitanos que en su dialecto quejumbroso pedian ser favorecidos para el transporte de los bagajes, Ricardo se nos desapareció.

Pasamos la noche en conjeturas mas ó menos positivas: unos creian que habia ido á pernoctar sobre la roca de Virgilio, otros al pié del Vesubio y no faltaron algunos espíritus escépticos que recordaban, haciendo gala de erudicion histórica, que Petroneo consigna que el antiguo Neapolis y la brillante Pompeya, eran los jardines de placer del imperio romano: en consecuencia, suponian que Ricardo se encontrase indagando si esa prerogativa persistia á través de los siglos.

Errores y calumnias todas! Al dia siguiente, cuando nos echamos á la calle, nos encontramos á Ricardo,

apoyado en el alfeizar de la única ventana de una pobre casita, perdida en un *vico* ignorado, en sabrosa plática con un viejo napolitano, de enorme gorro colorado y que parecía dignificado por su condición de huésped.

Ricardo nos invitó formalmente á entrar y nos comunicó con bastante sigilo, porque temia divulgar la noticia, que aquel viejo napolitano, tan sencillo en apariencia, y que al primer aspecto parecia reñido con las glorias mundanales, era el *ave fénix* de los *macaroni*. Que nadie como él sabia dar sabor á la salsa que envuelve la pasta, ni comunicar á la masa la suave consistencia que caracteriza á los grandes maestros del arte. Ricardo tenia razón y el enorme consumo de macarroni que hicimos en ese día memorable, basta para colocar al anciano, en el panteón de mis recuerdos, como benefactor de mi humanidad.

En sus ratos perdidos, cuando no estaba metido en algún hospital ó en algún museo, Ricardo solia dedicarse á hacer descubrimientos. Fué de esa manera que reveló al mundo (que entónces para nosotros se reducía á los amigos que estábamos reunidos) el famoso vino del Pausilipo, encontrado al salir de la bellísima gruta del mismo nombre y en una suave colina desde la cual se ven las deliciosas playas de la Merghellina, las risueñas riberas de Torre del Greco, el poético peñasco de Virgilio y ese claro y profundo Me-

diterráneo, que ha sido y será el eterno vehículo de la civilizacion universal.

Fué tal el éxito obtenido por Ricardo en su descubrimiento, que uno de los amigos que entónces se encontraba con nosotros, tentó la introduccion de una gran parte de vino del Pausilipo á Buenos Aires. Debo confesar que el éxito fué desastroso; pero los honrados vecinos de ésta ciudad encontraron malo ese vino, por la misma razon que el rey persa encontró detestable el manjar de los espartanos; no se habian bañado en el Eurotas, es decir, no lo habian tomado despues de caminar tres horas entre montañas y bajo la accion de un sol de fuego que ilumina hasta el lecho en que reposan las cristalinas aguas del golfo de Nápoles.

VI

Una noche estaba yo en cama, en Florencia, allá por el año 1870;—es historia antigua, puedo hablar libremente.

Ricardo estaba sentado á mi lado y charlábamos.

Hacia una hora que me fatigaba inútilmente por traer la conversacion á un terreno que parecíame monstruoso fuera antipático á Gutierrez: literatura.

Por fin, me resolví á jugar mi capital en una sola carta y formulé una pregunta, hasta cierto punto in-

discreta, porque nadie averigua de una madre cual es el hijo predilecto y me lancé:

—Cual és, Ricardo, de todolo que ha escrito, el verso que mas le gusta?

Si yo hubiera tenido los cuatro ó cinco años mas que hoy gravitan sobre mi, estoy casi persuadido no hubiera hecho esa pregunta.

Hoy sé muchas cosas que antes ignoraba; sé, por ejemplo, que Salvator Rosa despreciaba sus batallas por sus vírgenes (que eran detestables); sé que Gounod tiene enormes aspiraciones de versista y que Alejandro Dumas sonreia de placer cuando, en vez de quemarle incienso literario, se alababan sus talentos culinarios. Entónces hubiera supuesto que Ricardo obedecia á ese mismo fenómeno y no habria preguntado nada, temeroso de oir un verso descriptivo, allí donde esperaba una de esas estrofas profundas, que sintetizan una pasion del alma.

Y me hubiera engañado.

Con alguna dificultad, Ricardo accedió y luego de meditar un momento, recitó, sin declamacion, con grave acento, este verso inimitable, que tengo desde entónces gravado en la memoria:

Para subir un tramo de la tierra

Sobre mi corazon pisó tu planta!

Cain, Cain, que has hecho de tu hermano?

A donde duerme tu conciencia ingrata?

Ay! del que un palmo de la tierra sube,
Porque otro palmo de los cielos baja!
Pregúntalo á ese Dios que está mirando,
El fondo de tu alma!

Eso es poesia; ese es grande, eso levanta el alma,
como el trueno, como el espacio, como la luz!

Y mientras oia á Ricardo, cantaban sus versos en
mi oido. Uno tras otro, como ondas sonoras, venian
á dignificar ante mi alma aquel espíritu de primer ór-
den, que cruza hoy la vida, en medio á una sociedad
positiva, que lo desconoce y no lo honra, como deben
ser honrados los poetas!

Pregúntalo é ese Dios que esta mirando, el fondo
de tu alma! decia Ricardo y ese fué el punto de par-
tida de una larga conversacion, interrumpida solo,
cuando las primeras claridades de la mañana,

Cuando el rayo del albor primero
entra por el cristal de la ventana,
á encender, bajo el párpado que duerme.
el fuego de la vida en la mirada,

vinieron á traernos á la realidad.

Esa noche hablamos de Dios, del alma, del desti-
no, de la Providencia, de todas esas cuestiones ardien-
tes que solo temen abordar los espíritus débiles que se
acojen al cómodo amparo de la fé. Oia en silen-

cio, mientras Ricardo hablaba con una elocuencia soberbia, irresistible.

V

Yo era entonces, como casi todos los jóvenes de esa edad que han recibido una educación análoga á la una, un dechado de escepticismo, hasta cierto punto inconciente. No tenía ideas fijas, porque mis estudios habían sido vagos y superficiales. Había estudiado filosofía casi del mismo modo que se estudia derecho internacional, esto es, pasando revista á las opiniones de las autoridades consagradas por el juicio universal.

Voltaire y los enciclopedistas me parecían irrefutables, y las doctrinas materialistas no me presentaban duda ninguna. No comprendía el deísmo y no me asustaba el ateísmo. Hubo un tiempo en que me incliné decididamente al budismo, solo porque había leído un artículo de Barthelémy Saint Hilaire en que critica esa religion, por la ausencia de Dios.

Esas ideas, que forman hoy y formarán siempre la conciencia de los estudiantes de medicina, habituados á luchar constantemente contra la materia y que por lo tanto solo creen en la materia, creí encontrarlas en Ricardo Gutierrez.

Fué para mi una decepcion entonces encontrarlo persuadido profundamente de la existencia de un prin-

cipio divino, regularizador de la armonia universal y que, por la vaguedad de su concepcion, se acercaba muchisimo al panteismo aleman.

Tengo la idea de que en el espíritu de Ricardo combaten constantemente dos tendencias profundamente opuestas: una de ellas es la razon, clara, irresistible, tenaz; la otra es el vago sentido poético, si puedo espresarme así, que lo empuja á todo lo misterioso, á todo lo que puede engendrar una creencia íntima, un sentimiento caloroso.

Serian un motivo de estudio curioso, digno de la potencia analítica de Quinet, las opiniones religiosas de los grandes poetas que han cruzado sobre la tierra. Pocos de ellos escapan al misticismo, porque si bien ese sentimiento es condenable si se juzga á la luz implacable de la filosofia positiva, el hecho es que no puede ménos que hacerse simpático á las imaginaciones poéticas que solo ven en él, el lado inmaterial, el vínculo etéreo del espíritu humano con una causa primera y soberana.

Gutierrez no es místico, ni mucho ménos: ha venido muy tarde á un mundo muy viejo, como dice Musset. Pero á mi juicio hay en él la tela de un sectario y mas de un arranque impetuoso, de un estallido formidable que he observado en sus manifestaciones íntimas, me han hecho meditar sériamente en la obra.

que una fuerza de ese género podría llevar á cabo, aplicada á un solo objeto.

Ricardo tiene en el alma bastante energia para ser ateo y habria comprendido sin asombro el gigante sentimiento de Hegal, cuando éste manifestaba que para él, el hombre era Dios. Sin embargo es deista; creo que no se puede exigir mas de una inteligencia clara.....

VI

Pedro Goyena ha escrito admirables páginas sobre las poesias de Ricardo Gutierrez: Macaulay juzgando á Byron.

Pero Pedro Goyena no ha conocido á Gutierrez y de esa falta de comercio intelectual ha nacido cierto error de apreciacion, que al par que envuelve un cargo gratuito á Gutierrez, es completamente injusto.

Goyena busca, no solo la filiacion literaria de Gutierrez en la escuela byroniana, sino que encuentra en el *Infiel*, en el *Lara* y el *Corsario*, el modelo del *Lázaro* y el *Exequiel*.

No desconozco la influencia ejercida en el espíritu de Ricardo por la lectura de Byron; pero creo sinceramente que si el poeta inglés no hubiera existido ó si Gutierrez no lo hubiese conocido, su índole literaria habria sido tal cual se presenta hoy.

Byron es (y eso lo sabe perfectamente Goyena) la

espresion de un estado especial del espíritu humano. No es una individualidad aislada, que bebe en su ser intimo todas sus inspiraciones y que no pertenece á ninguna época.

Los poetas son siempre la espresion de su siglo; en los grandes dias de la Grecia, Esquilo, Eurípides y Sófocles: en la decadencia, Lucius y Apuleyo. Ese fenómeno se ha repetido en todos los paises que cuentan con civilizaciones seculares. Sin necesidad de esponder las causas fundamentales de ese fenómeno persistente en todos los tiempos, bastaria acaso citar grandes nombres que son pruebas vivas: Dante, la Edad-Media, Voltaire, el siglo XVIII.

Byron en Inglaterra, Gothe en Alemania (que son Werther, Wilhem Meister y Goetz de Berli chingøn sino los precursores de Lara y Childe-Harold?) Leopardi en Italia, Musset en Francia, Espronceda en España, que son, sino la espresion de ese sentimiento vago, indefinible, de eterna duda, de desaliento constante, que caracteriza nuestro siglo?

Han variado acaso tanto las causas en cincuenta años, para que se juzgue exótica una planta de la misma familia, solo porque haya aparecido sobre el suelo de la América?

Esa montaña en el alma que pesa en nuestro tiempo sobre los hombres de espíritu, ese grito de duda, lanzado desde la aurora del mundo de lo alto de la ro-

ca maldita, por Prometeo y desde el fondo del cenagal por Job y que ha venido á estallar en el siglo XIX, gravita aun hoy sobre todos aquellos, que, como el mismo Goyena, ven en los horizontes del espíritu algo mas que el materialismo de la vida.

Que extraño, pues, que Gutierrez, desde el fondo de su celda de estudiante, haya reflejado en sus versos admirables el sentimiento íntimo de su alma?

Todo es lúgubre allí, todo respira muerte y desolacion, se dice. Hola! Quereis raudales de armonias en las horas de amargura? Dadme un mundo en que los dioses se paseen sobre la tierra, poblad de ondinas y náyades los lagos y los rios, dadme guerras titánicas por la conquista de una muger, amarradme el ideal aquí en el suelo, y yo os daré Homeros é Iliadas y Odiseas!

Reproducid en el tiempo y el espacio los momentos solemnes de la resurreccion del espíritu humano, trás la larga noche de la Edad-Media, evocad un nuevo Renacimiento, dadme una corriente de ideas infantiles henchidas de esperanza, una juventud inagotable y tendreis David y Perseos levantándose en las plazas públicas, Madonas arrancando á los cielos el tipo de su belleza, estrofas del Tasso y cúpulas del Burnalesco.

Pero si creis que los poetas son hombres y como tales sujetos á las influencias fatales de todo lo que les rodea, no os asombreis que en un mundo oscuro, materia-

lista, descreído, sin fé, sin grandes pasiones, los poetas sean sombríos como las tumbas y tristes como la noche.

Por mi parte, no entiendo de otra manera la poesia; perdido entre la muchedumbre, mi humildad no me sustrae á la accion general y como los poetas, porque el aire envuelve á las águilas como á los insectos, sufro tambien la influencia de la época.

Leemos aun las obras maestras de las literaturas desvanecidas; nos inclinamos ante Virgilio y Horacio y todavia se encuentran algunos intrépidos que conocen las tragedias de Séneca; pero lo que el mundo moderno busca allí con preferencia, es el dato histórico, porque muchas veces un verso de Juvenal arroja mas luz sobre los dias del Imperio que un libro entero de Suetonio.

Pers acaso esos libros responden al ideal misterioso, perdido vagamente en el fondo del espíritu, que cada uno de nosotros lleva en si y que dá vida á las emociones que el espectáculo de la belleza puede despertar?

No; necesitamos sensaciones fuertes, tremendas, porque en la apatia constante de la vida moderna, la sensibilidad se embota y es necesario herir para impresionar.

Shakespeare mismo empieza á parecernos tímido, Shakespeare, á quien el siglo XVIII llamó "el gran salvaje:" si quereis gozar hoy en el drama, necesitais

que se desarrolle ante vuestros ojos, una de aquellas pasiones brutales, arrancadas de la vida íntima para arrojarlas sobre la escena á la voracidad de un público ávido de emociones fuertes.

Y quereis que los poetas canten idilios, sigan el curso de la luna á través del espacio, recostados muellemente en la popa de un barquichuelo, modulen cantares dulces, al pié de los balcones ó describan las plácidas escenas de la tarde, cuando la luz moribunda se disuelve entre los celages nacarados del horizonte!

No, el poeta es el pelícano, como ha dicho Musset, que arroja al mundo como pasto su propio corazón y que muere en un amor divino.

De esa escuela gigante es Ricardo Gutierrez, y por eso es grande entre los poetas!.....

VII

He hablado del hombre y del poeta; no puedo olvidar al médico, sintiendo que los límites restringidos de un artículo de éste género no me permitan presentar ese carácter bajo todos sus aspectos.

Gutierrez salió de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, con la fama de un hombre de inmenso talento, pero de un estudiante poco aplicado.

Su tesis hizo época, porque todos, profanos é iluminados, se arrebataban esas páginas soberbias, inspiradas por un altísimo sentimiento de caridad y escri-

tas con una elevacion de estilo desconocida entre nosotros.

Conoci á Ricardo en Paris, poco tiempo despues de su llegada á Europa á completar sus estudios. Ignoro si tenian razon los que impugnaban en la Escuela de Medicina su poca aplicacion, pero puedo asegurar que ningun estudiante de Paris era mas asíduo que Gutierrez á los cursos y á las clínicas de los hospitales. Ricardo ha llevado esa vida durante años, en los dos viajes que ha hecho á Europa, profundizando sus conocimientos en una especialidad que transforma al médico en un agente divino; las enfermedades de niños.

Casi todos los dias, despues de haber recorrido tres ó cuatro hospitales en las horas de la mañana, se reunian á almorzar en un pequeño restaurant del barrio latino, frente al Odéon, Ricardo Gutierrez é Ignacio Pirovano, ese otro predestinado á dar gloria á su patria en el campo de la ciencia. Allí cambiaban sus observaciones, discutian sus dudas y se cimentaba esa amistad estrecha que solo se desarrolla vigorosa al amparo de la estimacion recíproca.

Cuantas veces Pirovano, á quien por cierto jamás se ha tachado de falta de constancia en el estudio, me hablaba de los profundos conocimientos de Ricardo!

Si Gutierrez, en vez de dedicarse á la vida de sacrificios que es la parte del médico en la tierra, hubiera

seguido otra direccion cualquiera en las letras ó en las artes, siempre habria sobresalido, porque hay espíritus que se ahogan en la mediania y que se consumen en el anhelo de una curiosidad implacable.

Gutierrez ha conseguido, con una constancia admirable, adivinar en los niños hasta el mas leve sufrimiento escondido, en esos cuerpos débiles como el tallo de una flor. Mas de una vez lo he visto observar el quejido de un niño y por él deducir que dolor lo mortifica; sin embargo, Ricardo sostiene que en esas adivinaciones, los médicos quedan muy atrás de las madres.

VIII

Creo sinceramente que si Ricardo hubiera muerto, todos los argentinos tendrían su nombre incrustado en la memoria para repetirlo en los momentos en que se habla de las glorias nacionales.

Tengo fé en la sinceridad de mi entusiasmo, porque antes de conocer al hombre, veneraba al poeta. Hoy me liga á Gutierrez uno de esos vínculos que solo puede desatarlos el cansancio de la vida ó el olvido eterno de la muerte. Pero cuando recuerdo que ántes de ver en él un hermano, veía solo un espíritu luminoso que subyugaba al mio, lo dominaba con el despotismo irresistible del génio, siento henchirse de orgullo mi corazón, porque ha sabido despertar en el alma del gran poeta un afecto sincero y leal.

Debo confesar mi impotencia; cuando empecé á escribir éste artículo, destinado á la vida efímera y fugaz de un diario, pensé hacer un retrato de Gutierrez, vendiendo mi pasion por el escritor y mi amistad por el hombre. No lo he podido conseguir: á medida que esa fisonomia noble, franca comola mirada de un niño, leal como el cariño del hermano, se ha ido desarrollando ante mi, la idea preconcebida, la forma, el estilo elegido, se han desvanecido y solo he visto como fuente, mi corazon palpitante de afeccion y mi espiritu entusiasmado!

Ricardo Gutierrez es una gloria argentina y cuando cantan en mi oido algunas de sus estrofas, pienso en el porvenir, la patria eterna de los espíritus elevados y pienso en mi patria que será grande en el mundo de la inteligencia, solo por el esfuerzo gigante de esa alma iluminada.

1875

LA VOZ DE DIOS

Llegué á Ginebra enfermo y con esa tristeza íntima que imprime al espíritu una salud profundamente alterada—Los encantadores paisajes del lago Lemán, las aguas cristalinas de ese caudal diáfano como la luz, no despertaban en mi alma mas que el sombrío sentimiento del contraste entre esa naturaleza espléndida de vida y vigor, al lado de mi exhausta existencia.

Todas las sombras, todas las tinieblas de la desesperacion obraban sobre mí ; mi soledad, mi aislamiento me hacia sufrir un estemecimiento glacial.—La promesa de morir pronto, pero en mi tierra, en el seno de los seres queridos, hubiera sido para mi la bendicion de un poder divino.

Pinto mi estado tal cual era, porque es necesario

saber hasta que punto habia llegado el decaimiento de mi espíritu, para comprender que poder inmenso tenia la fuerza que lo levantó.

Cuando llegó la tarde, la triste hora de los recuerdos para el viajero solitario, supe que en una iglesia, la Catedral de San Pedro, habia esa noche un concierto de órgano.

La música es la pasión poderosa, invencible que domina en mí; muchas veces ha hablado más alto á mi alma que otros sentimientos, más humanos, y generalmente más violentos.

Tomé un carruaje y empecé á trepar la altísima colina sobre la que se asienta el viejo coloso de piedra, recorriendo las calles solitarias, como sucede en todas las ciudades religiosas el día del Señor.

La iglesia estaba perdida entre las sombras; al entrar á la nave principal, vaga y débilmente iluminada por una pequeña lámpara, noté unas cien personas, silenciosas como sombras, sentadas en esos largos bancos de madera de donde el protestante oye la palabra del pastor.

La iglesia es inmensa y de un severo estilo; grandes arcadas sostienen la cúpula y la luz penetra por inmensas rosáceas de vidrios de colores. Todo estaba sumido en la oscuridad y desde mi sitio, adivinaba más bien que veía la grandeza del templo.

Hay algo grande y solemne en el grave silencio de

una iglesia protestante; la desnudez de las paredes, la ausencia completa de la ornamentacion que distingue al culto católico, predispone el espíritu á ideas severas, á pensamientos altos y serenos.

En el fondo del alma se despierta y toma vida el gérmen del sentimiento religioso; el espíritu se serena, se siente que sobre nuestras cabezas se cierne algo superior á nosotros, una voluntad mas poderosa, una inteligencia mas intensa y cuando el pensamiento se satura de esa atmósfera sagrada, se hinca la rodilla, pronunciandose el nombre de Dios.

Esa noche mas que nunca hubiera deseado orar, pegar mi frente contra la tierra é implorar la calma para mi espíritu.

Como el poeta, "arrodillé ante Dios mi corazon" y si mis lábios no murmuraron la plegaria perdida en la memoria, el voto íntimo y mudo de un hombre que sufría subió hacia el cielo.

Como el vago murmullo de cien almas que nacieran á la vida, como el preludio divino que acompaña en el corazon del hombre el despertar de la esperanza, un acorde suave y prolongado vino de pronto ondeando hasta mi oído.

El órgano sonaba.

Qué se tocaba? No lo sé ni en ese momento me importó saberlo. Eran admirables armonias, como solo salen de ese instrumento excepcional que parece

haber arrancado á la tierra y á los cielos, á los mares y á los vientos todos sus misteriosos ruidos, todas sus lamentaciones, todos sus quejidos. El alma de la naturaleza parece vivir allí; y trás la ráfaga impetuosa que se desborda en una armonia terrible que sacude la atmósfera como un golpe eléctrico, viene el canto lejano de un coro dulcísimo, como si los ángeles temerosos de los ruidos de la tierra, desplegaran las alas y se alejarán en pausado vuelo cantando los amores de los cielos.

O horas sagradas! Como se agitaban las fibras de mi alma embalsamada por esa música divina! Como comprendía mi espíritu el lenguaje de ese órgano, que tenia dentro el alma de la naturaleza!

En la callada soledad de un templo, léjos de la patria, léjos de la alegría y léjos de los cielos, como tomaba esa música santa la voz de la esperanza para mostrar á los ojos cansados por el insomnio, los cuadros benditos del hogar, en que la madre ora y la amada espera!

Como si todo se agrandase al rededor, los grandes cariños crecen y los recuerdos adquieren la intensidad de una vision.

Los sueños toman vida, las fantasias que ayer se dibujaban vagas como nubes en el espíritu, se coloran y se condensan, mientras figuras blancas y luminosas

pasan sonriendo, guiadas por niños angelicales, por sendas color de cielo!

Y el órgano suena siempre, tan pronto terrible y majestuoso como la voz soberana de la tempestad en las montañas, ya ténue y delicada como un canto de adios en la tranquila soledad de los mares. Luego... todo ha pasado, gritos de lucha, cantos de amor himnos de gloria. Los que han caído en la batalla de la vida, yacen helados, pálida la frente y yerto el corazón. Un eco resuena y el tristísimo cantar de la caída se levanta de las ruinas del dolor.

Todo gime, todo llora, como en el día terrible; la luz ha huido del cuadro de muerte, las tumbas se han abierto y las aves negras cruzan los cielos: todo gime, todo llora

Salud, aurora divina que te anuncias en la armonía sonora de la esperanza! Salud, luz diáfana, días serenos, cielo azul, lagos transparentes! La vida empieza á palpar, las plantas se estremecen, los pájaros lanzan al viento sus notas vibrantes y el espíritu del hombre comienza á serenarse, mientras la fé renace en el corazón.

Salud, aurora de la esperanza!

Tu vienes trayendo la paz y espárses á tu alrededor la armonía, que es tu esencia.

Salud, salud mil veces, aurora de la esperanza!

El órgano calló un momento; entónces levanté la cabeza que habia tenido entre mis manos. La misma calma, el mismo silencio solemne reinaba en el templo. Solo una que otra muger orando y algunos hombres perdidos en la sombra, inclinados profundamente sobre el oratorio, revelaban que la ráfaga divina acababa de pasar por allí.

Cuantos dolores, cuantas amarguras habrian caido al fondo de esas almas, para hacer lugar á los dulces recuerdos que dormian y que venian á la vida evocados por una voz mágica!

En esos momentos solemnes, el vínculo humano se estrecha entre los hombres; sin hablarse, los espíritus se comprenden y las notas pérdidas del sentimiento individual, se unen y se estrechan para formar una armonia única y sagrada.

El alma es siempre igual, porque los dolores de la tierra son siempre los mismos; el sufrimiento modela el corazon.

El órgano ha vuelto á hablar. Es un prelude delicado, es un aire conocido que viene al oido como la voz de un viejo amigo. Es la meditacion de Gounod sobre un quejido de Bach.

Dejad volar al cielo esos cantos de paz; han pasado cerca de nosotros, se han empapado en nuestra vida y llevan el sello de nuestro espíritu.

Dejadlos volar!

No, los cielos no están vacíos. De onda en onda, estremiendo el aire á su paso, sacudiendo la atmósfera imperceptiblemente, esos cantos llegaran á los cielos, porque son hijos pródigos que vuelven al hogar de la gloria eterna.

No importa que sean dirigidos á un fantasma de la fé; desde la plegaria del salvaje, hasta el quejido del filósofo, toda oracion llega al seno de Dios!

Dejad pasar esos cantos que derraman en el alma
la paz celestiel

.....

Vengan numerosos los años sobre mi cabeza, ó baje pronto bajo la piedra helada, jamás se borrará de mi memoria el recuerdo de esa noche inolvidable.

Habia entrado al templo agitado, triste, lleno de siniestros pensamientos: salí tranquilo, sereno, soportando los sufrimientos del cuerpo con valor, con resignacion.

Una nueva vida parecia abrirse ante mí y mientras bajaba la colina, mil proyectos color de rosa nacian unos, tras otros en mi espíritu.

Habia recibido el bautismo de la esperanza!

Habia hablado con Dios!



JULIAN GAYARRE

EN LOS HUGONOTES

Jamás se ha aplaudido en Buenos Aires, como anoche en Colon, al concluir el 4.º acto de los Hugonotes: jamás tampoco se ha aplaudido con tanta justicia.

Toda esa música es un triunfo del espíritu humano; es un timbre de gloria para nuestro siglo, que ha arrancado del vago terreno del ideal, el sueño eterno de los antiguos: la espirilituazion del arte.

Que secretos infinitos, sobrehumanos, tiene el génio, para jugar con las pasiones y levantar las almas ménos poéticas, al nivel divino de la suya?

Oyendo los Hugonotes, se olvida el teatro, el artista, el creador, se olvida hasta la propia personalidad y

mientras se escucha bajo el imperio de un encanto indescriptible, solo domina un sentimiento de conjunto, una armonía panteística, por decir así, que une á las pulsaciones secretas del corazón, la nota entremecida que viene, entre las vibraciones del aire, á inflamar el espíritu y á levantarlo sobre la vida positiva.

El mundo moderno está fatigado: pesa sobre él la ciencia de veinte siglos y la tremenda responsabilidad de un porvenir incierto---Aquellos fulgores juveniles, brillantes de entusiasmo, que hacían del pueblo griego, el bello y eterno adolescente, que Apolo representaba en el cielo y Alcibiades sobre la tierra, ya no volverán para los que miramos el mundo antiguo con el melancólico sentimiento del anciano que contempla silencioso al niño jugueteando en la playa con las nacaradas conchas del mar.

Una lira de tres cuerdas, murmurando una vaga y monótona armonía, una estrofa de Píndaro ó una leyenda de Homero, he ahí un pueblo feliz, batiendo frenético las palmas!

Días felices para la humanidad! Aun reinaban los Dioses, el cielo era su morada y todavía no se había aplicado la fórmula abstracta á las maravillas celestes!

Venid á arrebatár á las sociedades modernas á la gloria y á la muerte con un verso de Tirteo; habladla de divinizar el génio de un artista y de perdonar á

Aspasia porque hizo feliz á Pericles! Os contestarán con el sombrío dogma católico ó con el árido principio del utilitarismo que acabará por matar en la conciencia de la humanidad hasta el último vestigio de la adoracion por la belleza estética !

La civilizacion avanza sin duda alguna en el sentido de la dignificacion de la especie: sabemos mas, valemos mas. Somos mas felices?

Preguntádselo á Byron,arrastrando entre tumbas una vida infernal; preguntádselo á ese mismo Meyerbeer, inspirándose en la fuente eterna del dolor y solo grande cuando en ella se encierra.

Las armonias delicadas de la naturaleza, la plácida quietud de los cielos y los mares, el celestial encanto del hogar, ningun espectáculo sencillo tiene ya poder sobre nuestra organizacion cansada, fatigada por el cálculo, aniquilada por la duda. .

Para nosotros, la agitacion es el placer: aquel que entre en nuestro corazon y lo conturbe, aquel que sacuda frenéticamente esas fibras de profundas raices por donde corre la amarga sávia de la vida, ese es el maestro, ese es el artista para nosotros. . . .

Verdi lo ha comprendido y teniendo por delante ese objetivo invariable, ha escrito y ha escrito mal, porque las inspiraciones no vienen jamás como una leccion que se obtiene en el mundo: nacen en el alma de los

hombres y cuando éstos se llaman Meyerbeer ó Donizetti, resplandecen en los *Hugonotes* ó la *Favorita*.

He dicho que para nosotros la agitacion es el placer y he dicho la verdad;—nos domina una lascitud imponderable, una monotonia íntima que nos abruma y cada vez que un grito profundo repercute en el fondo de nuestro corazon, parece que se alejára de encima del pecho el férreo pié del fantasma gigantesco que lo oprime implacable.

Por eso antenoche, hemos seguido estáticos el desarrollo magnífico de esa fuerza hercúlea que se llama Gayarre; por eso, reteniendo el aliento y temblando el corazon como en las horas ya desvanecidas de las primeras emociones, hemos contemplado ese triunfo altísimo del espíritu humano.

De donde ha arrancado ese frio aleman las poderosas inspiraciones que ha arrojado á raudales en ese esfuerzo titánico que se llama el *duo de los Hngonotes*?

Goethe, para escribir el Fausto, tuvo que hundir en el infierno de la desolacion á una dulce criatura á quien dominó su olímpica belleza—No basta el génio; es necesario que en el camino de la vida se hayan destrozado las carnes en las espinas ásperas del sendero; es necesario tener sepultado en el fondo del corazon un recuerdo punzante, es necesario haber sufrido todo lo que los hombres reunidos pueden sufrir, para imperar despóticamente sobre el alma de los hombres.

Y Meyerbeer impera.

Desde el ente sencillo, que se arrastra sobre el suelo sin mas mundo intelectual que las combinaciones de un grosero mercantilismo, hasta el jóven lleno de vagos anhelos, enamorado instintivamente del ideal, todos han sentido anteanoche que un soplo divino habia pasado sobre ellos. Todos han visto en Gayarre mas que un artista, mas que un hombre, una idea, un sentimiento. No se puede cantar así, no se puede enterrar a nota vibrante en el alma absorta del que escucha, sin que algo mas poderoso que el arte domine en el espíritu del intérprete.

Son momentos especiales, combinaciones misteriosas de circunstancias que escapan á la apreciacion humana: Gayarre no volverá á cantar como ha cantado anteanoche.

Por qué?

Lo sé yo acaso? Preguntad á los que consumen su vida en la observacion del corazon humano, por qué Gounod no ha escrito mas que el *Fausto*, porque Dante no tiene en su obra colosal nada que se parezca al Canto V de su Infierno.

Gayarre ha cantado anteanoche como cantaba la Malibran: sobre la tumba prematura de esa mujer divina, otro desventurado de los que cruzan la vida como un relámpago, Alfred de Musset, arrancó de su alma éste grito soberbio:

Ne savais tu donc pas, comédienne imprudente
Que ces cris insensés qui te sortaient du cœur,
De ta joue amaigrie augmentaient la pâleur?
Ne savais-tu donc pas, que sur ta tempe ardente,
Ta main de jour en jour se posait plus tremblante,
Et que c'est tenter Dieu que d'aimer la douleur?

No se juega, Gayarre. con la propia fuerza, cuando ésta es soberbia y puede aniquilarlo todo en su estallido.

Y sobre todo, un poco de piedad para el que oye: cuando se ha levantado el espíritu sobre las pequeñas cosas de la vida, para hacerle entrever el mundo del ideal, no se vuelve á caer sobre la tierra sin infinita amargura. El despertar viene rodeado del fúnebre cortejo que acompaña eternamente las decepciones humanas.

1876.

LAS ARMONIAS DE LA LUZ

Hacia tiempo que estaba en Nápoles: una cruel enfermedad, la mas sombría de todas, porque nos va minando la vida, mientras conservamos clara y neta la conciencia de nuestro estado, hasta el punto de vernos morir, la tisis, me habia clavado bajo aquel clima, aspirando como una suprema esperanza, las tibias emanaciones de aquella naturaleza fecunda. Nadie sabe el martirio infinito que va aparejado á ese lapso de tiempo, fugáz como un relámpago, que sufren aquellos que cruzan el mundo condenados á una muerte prematura. Todas las ambiciones generosas, todos los sueños dorados de la adolescencia se amontonan en el espíritu de aquel que vé desvanecer su vida hora por hora, dia por dia. Todo parece be-

llo en el mundo; los placeres se presentan irresistibles y se cree que el amor, la amistad, los grandes sentimientos, son bastante fuertes para disipar las amarguras fortuitas de la existencia. . . .

Y luego. . . . todo se envidia! Hay cierta puerilidad en sentir dentro del corazón algo como un deseo vago de arrancar los pulmones al primer paisano robusto que cruza el camino; los goces ajenos, el espectáculo de la felicidad en otros, en vez de arrastrar el alma al nivel celeste del cuadro de tranquilidad que se contempla, la amargan, las acibáran, la destronan. De ahí la irascibilidad constante de los tísicos, su desconfianza implacable. Pero la naturaleza es siempre y eternamente admirable: el tísico no tiene mas que una vida, mas que un sosten, que es aire para sus pulmones viciados, sangre para su corazón exhausto, bálsamo para su cerebro enfermo: la esperanza! Como en el corazón de un hombre que ama profundamente, todos los sentimientos se van debilitando á medida que la pasión dominante se desarrolla, así, en el alma del triste condenado, todos los afectos de la tierra, todas las ilusiones de la vida desaparecen ante ese gigante que todo lo abarca y subyuga, la eterna, la cariñosa esperanza.

Ella me sostuvo tres largos años de lucha, llevando mi cuerpo exhausto bajo todos los cielos, buscando en las vigorosas ráfagas del mar, en las enérgicas brisas

de los bosques é en las ardientes auras de los trópicos, el remedio anhelado para fortificar la miserable máquina en que se encerraba mi alma. Bajo su influencia, una credulidad infantil determinaba mis resoluciones: una palabra oída al azar en la conversacion confusa de una mesa redonda, el consejo indiferente de un compañero de viage ó la lectura accidental de un romance, cualquier incidente insignificante para otro, tomaba en mi espíritu las proporciones de una profecia y me empujaba irresistiblemente á obedecer la inspiracion que nacia bajo su influencia. Cuenta Dumas en sus memorias que cuando publicaba en el folletin de un diario de Paris ese sombrío y admirable estudio que se llama "Amaury", recibió la visita de un hombre viejo ya, en cuya fisonomia se traslucian las huellas de un sufrimiento íntimo. El anciano tenia una hija de diez y seis años, tísica, que la ciencia habia ya condenado á una muerte próxima. La pobre niña seguia anhelante la narracion de Dumas, porque veia alli admirablemente reflejado su propio mal. El padre preguntó á Dumas que suerte habia preparado para el enfermo de su romance; el noble escritor fué leal y confesó que en el fondo de su espíritu estaba decretada la muerte de Amaury. Ante la desolacion de aquel anciano que comprendia facilmente que el desenlace de la novela seria un golpe de muerte para su hija, Dumas suspendió inmediatamente la publica-

cion diaria de Amaury, dió una razon trivial al público y remitió á la pobre niña un manuscrito conteniendo el final de su romance, arreglado de manera á levantar el espíritu de la enferma, por una solucion feliz.

Cuando la pobre niña bajó á la tumba, Dumas acabó su “Amaury” y lanzó á la voracidad de un público indiferente ese libro escrito sin duda para mostrar que la pluma que habia creado las grandes figuras de las épopeyas históricas, sabia analizar los sentimientos íntimos del corazon humano.

Comprendia la impresion de aquella niña y la desolacion del padre, testigo desesperado de la lenta caida de la pobre condenada y en el fondo de mi alma agradecia á Dumas su noble proceder.

La “Germaine” de About, en que esa dulce criatura recupera la vida bajo la influencia vivificante del benigno clima de las islas jónicas, me llevó á Corfú, donde pasé un invierno. Por fin, despues de vagar como un condenado que busca, por última gracia, el sitio donde debe abandonar la vida, me fijé en Nápoles, obedeciendo los consejos de mi médico, un hombre generoso que me habia tomado íntima afeccion y que luchaba sin descanso por amarrarme á la vida.

Nápoles no es precisamente el punto mas aconsejado para los enfermos del pulmon; el clima es ardiente y la exhuberante vitalidad de una vegetacion

admirable, impregna el aire hasta el punto de hacerlo irresistible para los tísicos. Fueron especialmente esas causas las que habían determinado ese punto como mi morada definitiva. A ese respecto me hizo una larga disertación, de la que solo comprendí que donde el comun de los mortales de mi especie se morían, yo debía vivir. Cualquier punto sobre la superficie de la tierra me era indiferente: se me dijo Nápoles y en Nápoles me fijé.

II

No entra en mi propósito hacer estensas descripciones de la soberbia naturaleza de Nápoles, ni tampoco estudiar las costumbres especiales del pueblo que vejeta en las faldas del Vesubio, como dominado por cierto fatalismo inconciente que determina la infatigable indolencia de su carácter. El que haya leído la "Graziella" de Lamartine, sabe ya que es posible poetizar lo ménos poético que hay sobre la tierra, el populacho napolitano; quien ha pasado un par de horas deliciosas con el admirable cuadro de costumbres de Marc Monnier, "Donna Grazia", conoce tambien hasta donde es posible explotar los tipos especiales de aquella sociedad original.

Yo pasaba mi vida ocupado en conservarla; seguía estrictamente las prescripciones de mi médico, hacia ejercicio, me levantaba temprano, iba poco á la ópera,

porque la música producía efecto violento sobre mi sensibilidad prodigiosamente sobreexcitada, me abstenía de tomar parte en discusiones acaloradas y leía solamente aquellos libros que perfuman el espíritu de cierta esencia rosada que se parece tanto á la esperanza que es fácil confundirla con ella.

Después de comer y cuando el sol se había ocultado tras las montañas, iluminando aun los cielos y el mar, mientras la ciudad se reposaba en la suavidad de las sombras, tomaba mi sombrero y mi libro y me dirigía á las costas del golfo, allí donde se extienden Torre del Greco y la Merghellina. Muchas tardes volvía sin haber avanzado una línea en mi lectura; confundido en un grupo de pescadores, aplaudía y reía como ellos ante las grotescas contestaciones y salidas licenciosas de un *improvisatore* que sentado en una peña, rascaba deplorablemente su guitarra, con gran contento de los circunstantes. Los improvisadores napolitanos de la leyenda, tales como se entienden generalmente, no han existido jamás. He oído varios y á no ser que el espíritu de los hijos de la antigua Campania haya degenerado tanto, que los improvisadores de hoy sean simples imitaciones de los viejos, el hecho es que no he encontrado ningun Ovidio, si es que es cierto aquello de *quod loquabat, versus erat*. En un ritmo monótono, van desarrollando las ideas que el paisaje, la asociación, los circunstantes, la úl-

tima hazaña de Polichinella, un ave que pasa, un perro que aulla, un fraile que recolecta, una muger que pega á su hijo, cualquier incidente ó reminiscencia, en fin, originan en su espíritu caloroso. Los que han oído á nuestros gauchos cantores, detenerse de pronto en medio á una décima para lanzar un cumplimiento al dueño de casa que se presenta en la puerta de la ramada, sin perder el tono y obligando al verso improvisado á plegarse á las exigencias del ritmo, pueden hacerse facilmente una idea de lo que es la manera del *improvisatore* napolitano.

Otras veces, seguia con interés la marcha de un bote de pescadores que se acercaba silencioso á la playa, deslizándose sobre las aguas con la elegancia de un ave marina. La tarde tiene en si misma la poderosa facultad de subyugar el espíritu y la materia misma hasta llevarlas á su nivel íntimo. Los árboles se recojen, las aguas se tranquilizan, los pájaros callan, el aire se reposa, la atmósfera se serena y en el fondo del alma se adormecen las pasiones que han vibrado en el dia, levantandose suavemente una nube mágica que viene henchida de recuerdos, tristes, pero no amargos. En nuestras llanuras, nada comparable al anochecer; aun en el seno de la familia, la influencia irresistible de la naturaleza se hace sentir y cuando las primeras estrellas empiezan á salpicar el firmamento, todo calla, todo se adormece, desde el cor-

derillo que se acoje á la madre hasta el hombre que se arranca á la realidad para solo vivir en su memoria.....

Una de esas tardes, ví llegar á la playa una pequeña embarcacion de las que se emplean para ir á Sorrento y sus alrededores; cuando se detuvo junto al embarcadero, que era la playa misma, donde el botecillo encalló, ví descender un hombre como de unos cincuenta años de edad, de dulce y triste fisonomia, que con esquisita solicitud casi levantaba en peso á una niña que parecia tener diez y seis años, para depositarla suavemente en la arena. Un lijero movimiento del bote hizo perder el equilibrio al anciano y su brazo libre se agitó, buscando instintivamente un punto de apoyo: me encontraba á dos pasos, me adelanté y tendí la mano. En tierra ya, el caballero me agradeció mi oportuna ayuda con algunas palabras corteses y la niña me saludó con una espresion que no podria calificar de sonrisa, pero que indudablemente era un esfuerzo en ese sentido. Nada mas fugaz que la espresion pasagera, instantánea, de la fisonomia, bajo la influencia de un incidente cualquiera; sin embargo, nunca he olvidado ni olvidaré la tristeza infinita, profunda, de la cara de aquella criatura.....

Pagados los barqueros, el anciano dió el brazo á la niña y empezó á caminar lentamente en direccion á

la ciudad. Era mi camino; me puse á su lado y pregunté si mi compañía seria molesta.

El anciano me miró y con cierta espresion vaga de contrariedad, dióse vuelta hacia mi y me contestó, de manera á que la niña no viera su rostro mientras hablaba:

—No, señor. Solamente, agradecería á V. tuviese la bondad de no dirigir la palabra á mi pobre hija. . . . no oye, señor y sufre enormemente cuando por casualidad se le dirijen. A mas, su delicada salud me hace temible cualquier contrariedad.

Miré admirado al anciano, en la duda de si era aquel un pretesto para alejarme de la jóven ó si realmente me habia dicho la verdad. A mas, hay ciertos defectos físicos que no inspiran simpatia ó que por lo ménos no revisten el carácter interesante de otros que imponen al alma, á su solo aspecto, una conmisericordia respetuosa é inagotable. Nada mas profundamente triste que una niña ciega.

Pero la sordera, que habitualmente ataca á las personas en los últimos años de la vida, cuando ya les es fácil buscar compensacion al comercio intelectual de que se ven privadas, en el mundo de sus recuerdos, no produce la misma impresion.

Sin embargo, aquella niña inspiraba un sentimiento de profunda piedad, al par que despertaba una curiosidad ardiente; delgada, con un cuerpo que habria si-

do admirable sin su escesiva flacura, alta, de rostro demacrado, ojos grandes, abiertos, nadando en una expresion indefinible, mezcla de desden y desesperacion, todo en ella imponia: era imposible mirarla con indiferencia.

Me incliné ante la observacion del anciano y continuamos nuestro camino hasta las primeras casas de la ciudad, cuyas calles empesaban ya á iluminarse y á despertar del letargo de la tarde. Habiamos hablado largo rato sobre la vida napolitana, cayendo insensiblemente en asuntos mas personales. Cuando le dije la razon de mi permanencia al pié del Vesubio, cuando supo que vivia bajo el peso de una sentencia de muerte, pareció desvanecerse la máscara de frialdad que habia cubierto su rostro; me miró con atencion y empleando palabras de consuelo, me alentó á persistir en mi empeño de su traerme á una muerte prematura. Desde entónces me habló con intimidad, desarrollando ante mi espíritu maravillado los tesoros de un pensamiento altísimo, enriquecidos aun por una ilustracion escepcional. Llamáse Andrea Tanarotti y hacia solo seis meses que vivia en Nápoles, con su hija Magdalena, que componia toda su familia. Una vez llegados á la ciudad, nos separamos, no sin ántes habernos prometido buscar las acasiones de hacer mas íntima relacion. Durante el curso de nuestra conversacion, no habia dirigido una sola vez la palabra á

Lena, como la llamaba su padre; pero la niña nos habia mirado constantemente y aunque sin desplegar sus lábios, su fisonomia revelaba que habia comprendido lo que hablábamos. Cuando me incliné ante ella en signo de despedida, me tendió la mano y con voz débil pero dulce, me dijo:

— Repetiré á V., señor, la palabra con que mi padre me dá diariamente la bendicion del despertar: valor y esperanza!

III

Aquel encuentro produjo en mi espíritu una impresion profunda; vivia preocupado y en los incidentes mas insignificantes de la vida parecíame encontrar puntos de contacto con las impresiones que me dominaban. Sentia un secreto deseo de volver á ver á Andrea y Lena, pero no me atrevia á buscarlos directamente, porque no me daba cuenta exacta del sentimiento que me impulsaba. Veia en aquel hombre un sosten para mi alma enferma y en Lena una criatura ligada á mi por el vínculo, triste pero sublime, del sufrimiento. Seguia como siempre mis paseos vespertinos, aunque ya los encantos de la tarde, los cuadros bellisimos de la playa y los horizontes vagos del mar, no me ofrecian aquellos atractivos deliciosos que ántes me subyugaban. Empezaba á dejarme dominar por la melancolia, porque en el estado de debilidad intelec-

tual en que me hallaba, la menor contrariedad influía poderosamente sobre mi espíritu.

Un día entré á la biblioteca; tenia necesidad de un dato sobre un punto histórico, indispensable como base de un ligero trabajo en que empleaba algunas horas del día, cuando el fastidio se hacia insoportable. Pocos momentos despues de haberme sentado con un libro en la mano, solo en una vasta sala, entró Andrea Tanarotti. Cuanto me vió, se dirigió hacia mi y tendiendome cordialmente la mano, se sentó á mi lado:

—He buscado á V., Señor, durante los últimos días, en mi paseo de la playa, le dije.

—He tenido á mi pobre hija enferma. Está ya mejor y ella misma se ha empeñado en que venga á continuar mis investigaciones; he cedido á mi pesar; la he dejado delante de su órgano y espero que eso la distraerá un rato. El día está bello, añadió mirando al cielo.

El órgano! murmuré para mí; pero no era sorda? Andrea pareció comprender en mi fisonomia el pensamiento que me habia asaltado, y con lentitud, con dolor, me habló de ésta manera:

—El otro día hize á V. un pedido que sin duda alguna le habrá parecido extraño. La simpatia instintiva que siento por V. me impone el deber de aclarar ante su espíritu algo que habrá encontrado oscuro. No he tenido mas hija que Lena; casado tarde ya, des-

pues de una juventud borrascosa, persiguiendo el ideal de todo italiano patriota, la unidad de la patria, pensaba reposarme de las tormentas de mi vida en el seno tranquilo del hogar. Dios (y Andrea sonrió de una manera dolorosa) no lo ha querido así. A los dos años de mi union, Magdalena murió dando á luz á mi pobre hija. Se nos acusa á nosotros, hombres de la ciencia, de profesar doctrinas filosóficas subversivas al órden social; se nos acusa de pregonar el materialismo, el ateismo y de hundir á la humanidad en la desesperacion de la duda. Imbéciles! no comprenden que ante el cadáver de esas criaturas inocentes y puras que caen al principio de la vida, si creyésemos en Dios, habituado como está nuestro pensamiento á la lógica eterna, solo comprenderíamos un Dios sombrío é inconciente! Si Dios rije los mundos, si él dá y quita la vida, si es necesario orar ante su imágen para conservarla, como puede ser un Dios de bondad, sino se ablanda ante el dolor colosal de un corazon sano, ante la desesperacion de un espíritu útil á la humanidad? El dia que murió mi Magdalena, tuve en el alma un consuelo profundo de no creer en Dios: lo hubiera maldecido!

Andrea calló un momento; ocultó su cabeza venerable entre las manos y su frente se sombreó, como si la ola de los recuerdos amargos hubiera pasado sobre ella. Yo estaba subyugado y oia en silencio.

— Los tres primeros años de la vida de mi hija han sido una lucha sin trégua para arrancarla á la muerte; su constitucion es débil, enfermiza y hace cuatro años me he convencido de que tiene una afeccion profunda al corazon. A la edad de diez años sufrió una larga y penosa enfermedad; mis cuidados incessantes y el auxilio poderoso de la ciencia la devolvieron á la vida; pero cuando se levantó, no oia ya. En el sacudimiento espantoso que habia sufrido, todo su organismo se conmovio y el oido se habia atrofiado completamente. Se le han hecho mil géneros de operaciones; se la ha mortificado años enteros sin resultado ninguno. Con un espiritu despierto, una inteligencia clara y la pasmosa penetracion de las criaturas que nacen predestinadas á una muerte prematura, mi pobre hija se vé privada del comercio intelectual

--Pero, le interrumpí casi involuntariamente, el otro dia observé que, al dirigirme aquellas cariñosas palabras, parecia haber comprendido nuestra conversacion.

—Habrá V. observado que no quitaba sus ojos de nuestros lábios. La costumbre le hace adivinar por el movimiento de éstos, la palabra que pronuncian. Sobretudo á mi me es casi innecesario emplar los signos; mirandome al rostro, parece oir. No sucede lo mismo con los estraños y entónces su suceptibilidad,

su delicadeza de muger sufre y es esa la razon de haber pedido á V. no se le dirijiera.

—Y no hay esperaza de curarla?

—Ninguna ya y hasta diré á V. que esa preocupacion ha desaparecido ante otra mas grave: siento que la vida de mi hija se disipa como un sueño, siento que un dia ú otro al posar mis lábios sobre su frente por la mañana, voy á besar un cadáver. He procurado reunir á su alrededor todo lo que pueda distraerla. Lena pinta bastante bien, ha leído muchísimo, ha viajado conmigo y es buscando distracciones á su espíritu que he conseguido realizar para ella el sueño de un fraile del siglo XVIII.

—El sueño de un fraile? . . .

—No le llamó á V. la atencion hace un momento el que dijera que habia dejado á Lena sentada delante de su órgano?

—En efecto.

—Es simplemente un órgano de colores. Los goces celestiales de la música, ese supremo consuelo de las almas tristes y enfermas, estaba vedado á mi pobre hija; he querido encontrarle un placer análogo para sus ojos y creo haberlo conseguido, porque el primer dia que su mirada atónita se fijó en aquellas maravillosas armonias, en aquellos raudales de luz que se sucedian como las cambiantes de las mil facetas de un brillante colosal herido por el sol de los

trópicos, su espíritu se agitó, sus ojos se dilataron y prreció arrancar su alma de la sombría melancolia en que yacía.

No volvía de mi asombro. Un órgano de colores! Aquello me parecía tan extraordinario que necesité recurrir á todo el respeto que inspiraba Andrea para creerle.

—Curioso, curiosísimo! . . . murmuré.

—Jehan de Castel, amigo, fué uno de esos frailes sencillos que, desde el fondo de su convento, como Alberto Magno, Rogerio Bacon y tantos otros, preparaban el advenimiento de la ciencia, por medio de estudios profundos, en los que, buscando muchas veces vanas químeras, como los alquimistas, tropezaban con principios fundamentales que legaban á la posteridad. Nacido en 1688, Castel vivió 69 años, habiendo pasado los últimos cuarenta persiguiendo su ideal, que para los hombres de entónces era uua utopia. En 1740 publicó su famosa "Optica de los colores" que contiene principios que hubieran admirado á Newton mismo.

Poco ántes habia visto la luz pública un opúsculo admirable que lleva por título "Nuevas experiencias de óptica y acústica". (1) Es en ésta última obra que se ha estendido sobre lo que llamó "clavicor-

(1) Publicado en las "Memoires de Trévoux", Paris, 1735.

dio ocular”, pretendiendo encontrar en la luz y sus infinitas modificaciones, un filon tan rico en emociones para los sentidos, como en la escala cromática misma. Pasó sus últimos años construyendo su aparato y murió sin conseguir un resultado favorable, aunque convencido de la posibilidad de alcanzar éxito completo.

— V. me perdonará, Señor, pero mis estudios en física han sido superficiales: confieso que ignoraba ese curioso detalle. Quisiera V. esplicarme en que se fundaba Castel?

— Procuraré hacerlo. V. sabe que una sustancia infinitamente sutil y elástica llena el mundo entero y penetra los cuerpos mas duros: es el éter. La luz consiste en un sacudimiento imprimido á ésta atmósfera, cuya tenuidad es tal que no incomoda los movimientos de los astros, como el aire ó cualquier otro gaz. Toda sustancia que ilumina, hace vibrar este éter y Euler compara el sol á una campana inmensa cuyos movimientos, trasmitidos por el éter, obran sobre el nérvio óptico como las vibraciones del aire obran sobre el nérvio auditivo, sin que jamás la campana ni el sol pierdan nada de su sustancia. Del mismo modo que una piedra arrojada al agua determina pocas ondulaciones cuando ésta es muy espesa, así el sonido, siendo el aire mucho mas denso que el éter, va mucho ménos lijero que la luz; pero ninguna de

éstas velocidades es instantánea y la teoría de los movimientos ondulatorios, como la experiencia, demuestra que hay estrellas cuya luz emplea cien ó mil años para venir hasta nosotros, de manera que si un astro estuviese destruido, no nos apercibiríamos de su desaparición, hasta cien ó mil años mas tarde. La luz de algunas estrellas tal vez no ha llegado aun hasta nosotros. En fin, cuando una cuerda se estremece, el sonido que produce varia con la rapidez y la amplitud de sus temblores y V. sabe que un sonido está en la octava del otro, cuando el primero tiene doble número de vibraciones que el segundo. El éter vibra tambien de un modo muy variable y son esas variaciones las que determinan uno ú otro efecto sobre nuestros ojos.—Sobre éstos principios, el padre Castel hizo su clavicordio, en el que los colores reemplazaban los sonidos, pretendiendo que con algunos pedazos de género, diversamente coloreados y combinados, se podría agrandar á los ojos, como la música agrada á los oídos (1).

—Y V. señor, pregunté con un respeto creciente, ha realizado ese sueño maravilloso?

—Oh, mi jóven amigo! Ninguna gloria me cabe por ese esfuerzo. Cuando V. contempla uno de esos

(1) Véase "Newton y sus descubrimientos" por "Paul de Rémusat."

admirables vasos de porcelana de Sévres ó de Saxe, transparentes como el cristal y adornados con los tesoros de la pintura, piensa V. acaso en el obrero ignorado que consume su vida en esas obras ó en Bernardo de Palissy, el alfarero de génio? Lo que para el padre Castel era imposible, á mi me ha sido fácil con el auxilio de la ciencia moderna, porque se han medido las vibraciones del éter, y la longitud de las ondas luminosas. Así, esas vibraciones son, por milésimo de segundo, 699.000,000 para el violeta, 522.000,000 para el azul y 477.000,000 para el rojo.

—Y un simple clavicordio basta para poner en juego todos los elementos necesarios?

—Era esa otra de las dificultades que se efrecian al padre Castel; en su tiempo solo se conocia el clavicordio elemental, que hoy ha sido, en la música, completamente sustituido por el piano. Dentro de poco, verá V. que el piano mismo cederá el sitio al órgano, que ofrece mas combinaciones y tiene el privilegio, á mi juicio definitivo, de dar vida y espresion al sonido, por medio de su mayor ó menor prolongacion. Por esa razon preferí el órgano, como base de mi trabajo y el éxito me ha dado la razon.

—Pero siendo, como somos, mucho mas rápidamente sensibles á los colores que á los sonidos puesto que podemos ver simultáneamente un número inmenso

de los primeros, no es necesario que ese órgano sea tocado con una velocidad vertiginosa?

—Sin duda ninguna y mi Lena lo ha conseguido con la práctica, sin que su ejecucion le cueste trabajo de ningún género, tal es la esquisita sensibilidad, si puedo espresarme así, del instrumento. Por lo demás, mi jóven amigo, como noto en su fisonomia una curiosidad implacable ¿quiere V. honrar la casa de éste viejo y venir mañana á medio dia á gozar un momento de un espectáculo desconocido para V?

No creí encontrar términos bastantes calorosos para espresar mi gratitud. Tomé la mano del anciano la estreché entre las miasy me despedí, mientras Andrea, sonriendo de una manera triste y bénevola, se dirigia lentamente hacia un estante atestado de viejos libros en pergamino.

IV

Salí de la Biblioteca con la cabeza ardiendo; las sienes me latian tumultuosamente, sentia correr mi sangre empobrecida con una rapidez inusitada y parecíame no haber aire en la atmósfera para mis pulmones ávidos. No era precisamente el esfuerzo intelectual hecho para alcanzar las explicaciones científicas que me habia dado Andrea, lo que habia producido en mi ese estado. En la vida de quietud inalterable que llevaba, mi organismo moral se habia, por decir

así, destemplado, olvidado del hábito de las emociones y aquella revelacion de un fenómeno tan admirable ante mis ojos, me hirió profundamente. Vagué toda la tarde por la Chiaia y por las orillas del golfo: buscaba mi mirada ansiosa toda combinacion de colores en los cielos y en la tierra y siguiendo el impulso del pensamiento predominante, cerraba los ojos; en las profundidades de la retina, creia ver mezclados de un modo sorprendente los trémulos matices de las nubes que velaban el lecho del sol, en el confin del mar, con los sombreados tintes de los árboles silenciosos que inclinaban sus hojas sobre la cuesta de la montaña. Las aguas fosforescentes, las luces rugitivas de la ciudad, que parecian jugar con las ráfagas de la tarde, ya apareciendo brillantes, ya ocultándose temerosas, los eternos y amarillentos vapores que se escapan del cráter del Vesubio, todo se confundía, se amalgamaba y por fin tomaba ante mi vista estática la forma armoniosa que encontraba el pobre loco de Balzac delante de su tela querida, informe para los demás, radiante de belleza para él.

La noche que pasé, casi sin dormir, fué una noche de sueños vagos, indefinidos, que ondulaban en mi espíritu, se alejaban, se disipaban y volvian á renacer bajo nuevos aspectos. Todas mis impresiones queridas, las que habian poblado mi alma de recuerdos adorables, se referian por sí mismas, sin la menor intervencion

de mi voluntad, á mi preocupacion dominante. En ese ensueño conciente, porque hasta cierto punto uno es testigo mudo de los fenómenos que se desarrollan en el espíritu, creia oír una á una, cantar en mi oído, como de costumbre, las sublimes melodias del *Fausto*; pero la impresion no era la misma. No sentia mi alma mecerse blandamente al compás de una música que solo ella oía; por el contrario, un inefable silencio dominaba la creacion y allá en el fondo del jardín de Margarita, los pájaros, de variado y vistoso plumage, se agrupaban mudos, y ante los rayos últimos del sol, abrian sus alas jaspeadas, sacudian sus plumas abri-llantadas, cambiaban de posicion, jugueteaban en el aire y en incesante movimiento, giraban alrededor de Fausto y Margarita, que asidas las manos, húmeda la mirada, seguian estasiados las variaciones sin fin de ese cuadro espléndido de vida y de silencio.

Luego la escena cambiaba lentamente, como esos cuadros diorámicos que van disipandose insensiblemente ante el ojo del espectador, mientras que en el vago fondo de la tela comienzan á delinearse los contornos principales de un nuevo panorama. Árboles y flores, pájaros y cielo, Fausto y Margarita, todo se desvanecia silenciosamente, perdiendose en una nube indefinida en la que mi mirada se hundia ávida, buscando luces y formas. Mi espíritu, en pasmosa actividad, parecia aguardar un átomo para crear un mundo y la

primer resplandor sombrío que brotó de aquella masa informe, un cuadro completo se desarrolló en un horizonte visible. En las orillas del mar, entre viejos torrenes y rocas escarpadas, bajo un firmamento opaco, en el que sombras colosales rodaban confusas, se destacaban dos figuras supremas, indefinibles: una de ellas, alta, esbelta, robusta, apretaba las sienes entre sus nervudas manos, mientras su cabello renegrido se herizaba sobre el cráneo; la otra, á lo léjos, como pisando firmemente en las brumas del mar, parecia un viejo caballero, erguido sobre una gótica tumba de la Edad Media, á la poderosa evocacion de una fuerza irresistible. Tenia el brazo derecho estendido y en el mortal silencio, una voz profunda, ajena al espectáculo, retumbaba en mi alma y creia oír el nombre de Hamlet cerniendose sobre mi delirio. . . .

Cuanto tiempo duró aquella exitacion? No lo sé; pero cuando al dia siguiente entró la luz por mi ventana y quise arrojarme del lecho sentí una fuerza invencible que me impedia dejar la cama. Desde ese momento, mis recuerdos se confunden; luchas, protestas, halucinaciones, paisages encantadores, visiones horribles, sueños delicados y pesadillas espantosas. . . todo confundido parece haberse gravado en mi memoria.

La grande y serena figura de Andrea se destaca de ese cuadro de confusion; creo recordar su actitud triste

y suave á la vez, creo oír sus palabras de consuelo y persuasion, pero casi sin conciencia, como los últimos vestigio del delirio.....

Despues he sabido que durantes un mes he estado entre la vida y la muerte, bajo la influencia de un ataque cerebral que turbó profundamente mis facultades. En los quince primeros dias de mi enfermedad, un extranjero, de venerable aspecto, habia venido diariamente á pasar dos ó tres horas á mi lado, siendo el único que tenia bastante dominio sobre mi para hacerme tomar los medicamentos que rechazaba instintivamente.

Habia delirado continuamente ; hablaba de órganos, luz, colores, éter, vibraciones y nombraba á cada instante al padre Castel, á Andrea y Lena. Cuando el extranjero me oía, su rostro se sombreaba y caía en profunda meditacion. Pero dos semanas despues de mi caida, no habia vuelto el anciano.

Mi primer cuidado, así que recobré completamente la posesion de mi mismo y que pude ensayar mis fuerzas, fué dar instrucciones á fin de que se me trajeran noticias de Andrea Tanarotti y su hija. A fuerza de investigaciones, conseguí saber su paradero; no habia nadie en la casa, que parecia completamente abandonada.

Todas mis pesquisas fueron vanas y cuando tres meses despues, completamente restablecido y con la espe-

ranza de haber regenerado mis pulmones, pensé en volver á mi país, uno de los pocos pesares que sentia en mi alma, era no saber nada de la suerte de Andrea y su hija.

Dos dias ántes de partir, quise aprovechar la belleza de la tarde para ir á despedirme de los sitios que me habian sido queridos, tomé lentamente el camino de la playa y mirando intimamente cada grupo de *lazzaroni* que encontraba, como dandoles mi último adios, fuí insensiblemente hasta el punto en que, seis meses ántes, habia tendido mi mano á Andrea para descender del bote. Recordaba todos los incidentes de ese acto, la expresion triste de Andrea y la demacrada fisionomia de Lena, ni paseo hasta la ciudad en su compañía... y siembargo, parecíame no tener conciencia plena de que todo aquello no fuera un sueño.

Sumido en profunda meditacion, no habia notado que el portero de la casa en que me hospedaba, venia hácia mi con paso acelerado. Cuando estuvo cerca, agitó una carta en su mano. Sabian que á esa hora me encontraba en la playa y habia dado orden que se me remitiera allí toda comunicacion.

La abrí precipitadamente y lancé un grito: **era una carta de Andrea.**

Decia así:

“Mi jóven amigo:

“Tenia un pensamicuto en el cerebro, un sentimien-

to en el corazon, una ilusion en la tierra y una esperanza en el cielo; hoy, mi cráneo está seco, mi corazon petrificado, la tierra es un desierto árido y el cielo se ha desvanecido para mi: Lena ha muerto!

“En una noche sombría se ha estinguido en mis brazos, sonriendo dulcemente al pobre viejo que queda, en el espacio y el tiempo, ante la tremenda soledad de la duda. . . .

“Espero que V. habrá perdonado al pobre anciano, causa inocente de su sufrimiento, porqué sé que ha pasado V. el peligro---Adios, sea V. feliz en este mundo, en que ha muerto Lena y vaga sin reposo, la sombra del espíritu de

Andrea.

Cada hombre tiene en el fondo de su espíritu una imágen querida que se le apareco cuando la íntima tristeza lo invade; felices aquellos para quienes esa imágen vienerodeada de dulces y risueños recuerdos! En cuanto á mi, hoy que la lucha de la vida ha dejado sobre mi frente y en mi corazon sus amargas huellas, no puedo caer en el éstasis silencioso del pasado, sin que se levante en mi alma la figura delicada de la pobre Lena, con sus grandes ojos, sus mejillas descarnadas, evocando en su órgano maravilloso, las combinaciones indescriptibles de la luz. en sus espléndidas armonías.

LA SELVA DE LA YERBA-BUENA

—
(TUCUMAN)
—

A las seis de la mañana de un día admirablemente propio para la jornada, nos encontramos unos setenta ginetes reunidos en la plaza de Tucuman, preparados para emprender el anhelado paseo á la puerta de San Javier. Las damas habían sido escluidas de la cabalgata por las dificultades que ofrece el camino.

En Tucuman, como en casi todo el Interior, los caballos, con rarísimas excepciones, son de sobrepaso. Ese andar menudo y parejo parece propio para los largos viages á los que no cuentan con otro medio de locomoción; — me quedo, sin embargo, con los nuestros, á cuyo paso, trote y galope estamos habituados.

Durante el camino, no dejaba de reflexionar sobre

una circunstancia que me parecia curiosa. Iba yo montado en un caballo de propiedad de D. Antonino Taboada, personaje á quien no conocia, sino por haber escrito algo poco agradable para él, sobre su régimen de gobierno en Santiago. Taboada habia puesto su casa á disposicion del gobernador de Tucuman para que fueran albergados allí los ministros diplomáticos y habia remitido unos cuantos caballos al Dr. D. Angel Padilla á fin de que sirvieran para el paseo á S. Javier. El Dr. Padilla puso uno de ellos á disposicion de Rufino Varela y otro á la mia. Debo declarar que los jamelgos santiagueños, habituados á la llanura, se condujeron brillantemente en la montaña, trepando las cuestas con la seguridad de una cabra ó de un caballo de Tafi.

Despues de hora y media de marcha, penetramos en la selva de la Yerba-Buena. Fué entónces que se ofreció ante nosotros un espectáculo maravilloso, que se prolongó durante dos horas, hasta llegar á la cumbre, sin perder un momento su grandiosidad, ganando á cada instante por los paisajes que se desarrollaban al pié del cerro, á medida que trepábamos.

Cuando he empezado á escribir éstos recuerdos de mi viaje á Tucuman, he estado á punto de abandonar la empresa, solo pensado en que llegaria un momento en que meseria indispensable la descripcion de lo que he visto en la selva de la Yerba-Buena. Sea que el gé-

nero descriptivo me ofrezca dificultades insuperables, sea que la sequedad de la narracion impida desarrollar aquel cuadro en toda la intensidad de su belleza, el hecho es que me siento aniquilado ante el simple recuerdo de aquella maravilla: jamas he visto una vegetacion semejante; he viajado por Europa y he estado varias veces en Rio Janeiro, admirando la fecundidad de aquella tierra en que las palmeras brotan á la orilla de los caminos y en los iusterticios de las rocas. He contemplado las selvas de la Francia, los bosques de la Italia y aquellos pinos gigantes que en los Alpes suizos nacen en el abismo y levantan su cabeza buscando la vivificante luz del sol. Todo es pálido, todo cede ante la opulencia agobiadora del suelo tucumano. Hay algo de intensamente primitivo en esa grandeza salvaje; parecen restos de otras épocas perdidas en la edad del mundo y para encontrar una vaga analogia en el espectáculo, se necesita recordar las ilustraciones que traen los libros de los viajeros de la India.

Laureles gigantescos, cuyo tronco formidable mide tres ó cuatro metros de circunferencia, levantándose al cielo arrogantes y esbeltos; lianas y enredaderas monstruosas que los cubren por completo, cayendo desde su copa en brazos sueltos de cinco á seis pulgadas de espesor, meciéndose lánguidamente bajo la accion del viento; miles de parásitos incrustados en el árbol y

viviendo de la generosa vida del gigante, especie de cactus arraigados en la bifurcacion de sus brazos, conservando en su espléndido tallo, el agua fresca y cristalina que apagara la sed del viagero, si un arroyo que parece correr sobre un lecho de diamantes no bajára serpenteando caprichosamente; naranjos silvestres que embalsaman el aire y encantan la vista con sus frutos de oro y sus hojas de un verde oscuro que contrastan bellísimamente con el claro color del nogal silvestre, que á su vez parece pugnar en tamaño con los titánicos laureles; el arrayan, que ostenta su pequeña fruta roja, como rubíes engarzados en hojas de esmeralda; una vegetacion vaga, indefinida, indescripible que se levanta confundida hasta veinte piés del suelo, con sus mil colores, con sus flores de toda especie; precipicios profundos á ambos lados del camino, cuyo fondo no se alcanza á ver, porque las copas de los árboles que arrancan de su lecho se elevan hasta la cumbre en que marchais, formando un velo impenetrable á cuya sombra parece entregarse la naturaleza á las misteriosas y secretas ansias de la fecundacion y luego allá, á lo léjos, al pié de la montaña, el valle entero de Tucuman, surcado por mil rios que dibujan sobre el verde elegantísimos filamentos de plata; . . . he ahí los elementos de ese cuadro que hace inclinar la cabeza, que ensancha el corazon y acelera la sangre entre las venas!

Pienso y pienso en vano que maestro en el paisaje podría arrojar sobre la tela una sombra de ese magnífico espectáculo ; no lo encuentro y solo veo una pluma capaz de delinear ese panorama sin igual que parece arrancado á un rincón virgen de la India de las Radjas: la pluma de Méry.

.....

Despuess de trepar tres horas por un angosto sendero practicado en la roca viva, llegamos á la puerta de San Javier, que es la cumbre de la primera série de montañas que forman la cadena del Anconqui-ja. Allí el pais varia, presentándose estensos valles entre dos colinas, *guasanchos*, como allí les llaman, admirablemente propios al pastoreo.

Allí hicimos un opíparo almuerzo, en pleno campo teniendo por delante todo el famoso valle de los Calchaquies, tan querido de los conquistadores. Todas as fisonomias revelaban un contento íntimo, expansivo. Se hablaba, se brindaba y los proteccionistas confundian á los líricos liberales, mostrandoles aquella fecunda naturaleza que brinda al hombre, con su aspecto solo, todas las riquezas que puede imaginar.

Al caer la tarde, echamos los caballos y cada uno tomó el que primero le cayó á mano, procurando equivocarse siempre, siguiendo la culta costumbre de los centros de poblacion, en detrimento del prójimo.

Descendimos por el ancho cauce de un río, seco en-

tónces, pero que á las primeras lluvias del verano se convierte en un torrente que lleva por delante cuanto encuentra á su paso, arrancando árboles colosales que luego emplea como arietes para derribar otros mayores y que va á morir en la llanura alimentando infinidad de acequias que corren generosas á vivificar la raiz de la caña azucarera, riqueza de Tucuman.

Cuando llegamos á la Yerba-Buena, entraba la noche; toda la comitiva habia pasado media hora ántes á galope tendido y no se oía mas ruido que el rumor del viento entre las hojas y uno que otro murmullo de las aves que moran allí á millares. Seguimos el camino paso á paso, aspirando voluptuosamente las vivificantes emanaciones de aquella naturaleza exelsa que parecia reposarse en la inviolabilidad del sueño.

Cuando descendí del caballo, estaba rendido; sin embargo, hubiera jurado que aquel dia solo habia tenido seis horas.....

1876.

Pertuccio á la

Biblioteca de

Don Leandro N. Alem,

el gran republico argentino

J. J. Lovell

1924.

ÍNDICE

Dos palabras	pág.	3
Positivismo	"	9
* * *	"	15
Viejo tema.....	"	19
Música.....	"	25
Si jeunesse savait!.....	"	31
El canto de la Sirena.....	"	39
Honor moderno.....	"	51
Nessun maggior dolor!.....	"	57
La Africana.....	"	83
Jorge Travel.....	"	87
Cartas á un amigo.....	"	105
Fausto.....	"	127
Los músicos de la montaña.....	"	133
Rodolfo Töpffer.....	"	151
Facundo.....	"	161
Dos partidos en lucha.....	"	173
Una sombra en el espíritu.....	"	181
Ricardo Gutierrez.....	"	197
La voz de Dios.....	"	219
Julian Gayarre.....	"	227
Las armonías de la luz.....	"	233
La Selva de la Yerba-Buena.....	"	259

